



SÍSIFO,

EL HOMBRE QUE ENGAÑÓ A LA MUERTE

POL GISE



temas de hoy

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Cita

INTRODUCCIÓN

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

AGRADECIMIENTOS

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Muchos conocen el mito de Sísifo, pero pocos saben algo de su vida.

El castigo divino del hombre que tiene que empujar una roca esconde la terrible historia de un rey dispuesto a hacer cualquier cosa para no morir. Pero los mortales morimos, es lo que tiene. Es nuestro triste e inevitable final. No hay nada que podamos hacer para librarnos de la muerte... ¿o sí?

Sísifo fue un hombre que amó la mentira por encima de todo e hizo de ella su personalidad. Ahora, sin embargo, ha decidido renunciar a ella, romper su silencio y contarnos cómo acabó cumpliendo esa condena con la que el resto de los humanos nos sentimos tan identificados. Un castigo tan tedioso como necesario para dar sentido y orden a su existencia.

Conoceremos cómo fue su infancia, sus relaciones — aparentemente— amorosas, las perpetuas peleas con su hermano Salmoneo y cómo logró vivir más que cualquier otro mortal.

Pol Gise nos acerca uno de los mitos más relevantes de la cultura popular y que más han marcado nuestro imaginario colectivo, una historia apasionante que tiene mucho que ver con los tiempos que corren.

SÍSIFO, EL HOMBRE QUE ENGANÓ A LA MUERTE

Pol Gise



A Neus, por compartir roca

Hay que imaginarse a Sísifo feliz.

ALBERT CAMUS,
El mito de Sísifo

INTRODUCCIÓN

Lo que me apasiona de la mitología griega es que nos muestra que los humanos no hemos cambiado lo más mínimo. Por mucho que ahora tengamos vehículos con los que desplazarnos a una velocidad que nuestros antepasados de hace veintiocho siglos jamás se habrían imaginado y podamos comunicarnos de manera instantánea con otros de nuestra especie en cualquier parte del planeta, seguimos teniendo los mismos problemas que los protagonistas mortales de los mitos griegos, pero nosotros disponemos de redes sociales para compartir nuestro sufrimiento. El amor nos sigue moviendo, nos da miedo estar solos, amar a alguien que no nos ama de vuelta, o que nos engañen y nos rompan el corazón. Los estándares de belleza aún rigen nuestros cuerpos y nos presionan a adaptarnos a lo que se considera hermoso. El poder sigue siendo ansiado por muchos y corrompe a los que lo obtienen, que no dudan en usarlo para abusar de él. Continuamos temiendo a la muerte e investigamos de manera incansable para alargar nuestra vida e incluso obtener la inmortalidad. Y seguimos rezando a criaturas divinas a las que responsabilizamos de todo lo que nos pasa. Lo más gracioso es que creemos que hemos cambiado y progresado muchísimo y nos encanta fardar de ello. Pero en realidad somos una magdalena hecha con tres ingredientes a la que constantemente le cambian el envoltorio y, cada vez que lo hacen, lo anunciamos como si fuera una mejora del producto.

De todos los mitos griegos con los que podemos sentirnos identificados, el de Sísifo está en un indiscutible primer puesto. Aquí la mitología griega refleja uno de nuestros dilemas más atemporales a través de uno de los mitos que aún sigue estando en boca de todos, aunque no en su totalidad. Porque Sísifo es famoso por su final, pero muy pocos conocen su historia completa. Este hombre es el humano más humano de toda la mitología griega, con todo lo bueno y lo malo de la naturaleza de nuestra especie, y considero que su final solo puede comprenderse conociendo el inicio y el resto de su vida. El hombre que empuja una roca es mucho más que eso y te invito, encarecidamente, a descubrirlo.

Para los nuevos lectores, mis novelas de mitología griega están llenas de ficción, más allá de lo que escribieron los primeros poetas, pero no con la intención de modificar el mito, sino de rellenar los vacíos argumentales y respetando, siempre, las personalidades de todos los personajes de este universo.

Estás a punto de sumergirte en una historia que te hará empatizar con un hombre de moral más que cuestionable, así que te aconsejo que te prepares un buen té, café, mate o brebaje similar y tomes asiento, que se viene chisme mitológico del hombre que engañó a la muerte... y a todo el mundo.

1

Siempre he odiado a mi hermano. Y él a mí. Según nuestra madre, nacimos a la vez. Obviamente, nunca la creímos. Nos parecíamos lo mismo que una roca a una puerta. Yo tenía los ojos verdes y el pelo castaño y muy rizado mientras que él los tenía azules y una melena rubia y lisa. Siempre pensé (o al menos eso deseaba) que lo habían encontrado en la basura... y que debían haberlo dejado allí. Desde pequeño, Salmoneo ya me caía mal. La voz de pito que emitía cada vez que hablaba hacía que me entraran ganas de retorcerle el cuello, pero por suerte se le fue agravando con el tiempo. Tenía una obsesión enfermiza con los rayos y los truenos; siempre que había tormenta se arrimaba a la ventana e imitaba el sonido de esos ruidos estruendosos y yo rezaba para que el dios Zeus se tomara aquello como una falta de respeto y uno de esos rayos acabara impactando en la sien de mi odiado hermano. Esa fijación también se agravó. Yo también tenía mis obsesiones, pero no daba por saco con ellas, me las guardaba para mí, como cuando me dio por observar las estrellas; me podía pasar las noches en vela mirando al cielo, pero en silencio, sin incordiar. Salmoneo, en cambio, el muy pesado, tenía que gritarlo todo a los cuatro vientos. Cuando le dio por los caballos se pasó meses trotando por todas partes e imitando el sonido del galope con la boca. Era insoportable, sí, pero la parte buena de esos momentos era que entonces no se metía conmigo. Hasta que un día descubrió los peines y empezó mi tortura. Se los cogía a nuestra madre y se peinaba sin parar, en todas partes; el

cepillo le resbalaba por el cabello como un trineo por la nieve y esa sensación le volvía loco.

—¡Tú no puedes hacerlo! —me dijo un día.

—¡Porque tú lo digas! —respondí enfadado.

Le arranqué el cepillo de la mano y me lo puse en la cabeza listo para peinarme, pero en cuanto hice el movimiento, se enredó con mi pelo y tiré tan fuerte que se me saltaron las lágrimas del dolor. Lloré mucho, pero mi hermano rio más. Y, desde ese momento, todo se convirtió en una competición. Por eso nuestra madre no nos quiso decir nunca quién había nacido antes, pues hasta en eso nos habríamos medido.

Competíamos para saber quién era más alto o fuerte, quién saltaba más o corría más rápido, quién lograba esconderse durante más tiempo de los criados... En eso último gané yo: estuve dos días desaparecido, escondido en el establo de los caballos de los soldados de nuestro padre, pero me pillaron cuando se disponían a iniciar mi búsqueda por los alrededores de la ciudad. No volvimos a medirnos en eso porque descubrí que Salmoneo ni siquiera se había escondido. Había sido una de sus artimañas para poder pasar más tiempo con nuestra madre. Al fin y al cabo, competíamos sobre todo por ella.

Cuando formas parte de una familia real tienes de todo menos amor. Mi padre era el rey de Eolia (también era el padre de mi hermano, pero no quiero estar hablando en plural todo el rato). Su nombre era Eolo. Y sí, el reino se llamaba así por él. Me encantaría describirte su personalidad, pero estaría inventándomela; no es que no sea capaz de hacerlo, me fascina la desinformación y el apabullante y maravilloso universo de oportunidades que aparecen cuando mientes como un bellaco, pero, por una vez, quiero renunciar a ello para contarte mi historia. A estas alturas, el engaño

ya no me sirve de mucho. Eolo trataba a todos igual, desde el encargado de limpiar las letrinas hasta su hijo mayor. Éramos sus súbditos. La única con la que se comportaba como una persona de carne y hueso era mi madre, la reina. De puertas para dentro solo ellos sabían cómo actuaban pero, en público, mi padre le susurraba todo el rato cosas al oído mientras se cubría el rostro con una mano, supongo que para que nadie viera ni una sola emoción que pudiera bajarlo metafóricamente del trono y convertirlo en un simple hombre más. Mi madre se llamaba Enárete, que significa «virtuosa». Era una mujer muy hermosa e inteligente. Eso daba sentido a su nombre, pero, además, también era muy consciente de ello. Los demás reyes la trataban con condescendencia cuando veían lo presumida que era, como si fuera inviable invadir sus reinos y tener una *skincare routine*. Y eso, ella, lo usaba a su favor. Al no ser considerada una amenaza, utilizaba sus amistades con las reinas y las princesas de otros reinos para asistir a los eventos que organizaban y, con un gesto tan sencillo como equivocarse de habitación al intentar llegar al servicio, recopilaba toda la información necesaria para trasladársela a mi padre. Era fascinante. Usaba la errónea percepción que tenían de ella para desarmarlos. Amaba mucho a su rey, a su reino y, sobre todo, a sí misma. A sus hijos no tanto, pero siempre nos dedicaba un rato a la semana o incluso cada día cuando éramos recién nacidos. Y yo hubiera podido disfrutar de ello, pero no nací solo. Mientras el resto de mis hermanos habían disfrutado de ser «el bebé» durante sus primeros años de vida y de que los sujetara en brazos nuestra maravillosa madre, yo me vi obligado a compartirla. Tan solo pude disfrutar de un brazo de la persona que me parió. Y no solo durante esa etapa de mi existencia, no. También durante el resto de mi vida. Pero a una edad muy temprana decidí que no estaba dispuesto a ello. Y mi hermano Salmoneo tampoco.

—¿De dónde habéis sacado esas espadas? —preguntó nuestra madre.

Nos miraba, con sus hermosos ojos verdes, muy cabreada. Mi hermano y yo estábamos de pie, uno en cada esquina de la habitación de los castigos. La llamábamos así porque era donde nos encerraba para regañarnos después de habernos peleado. Teníamos diez años y habíamos decidido luchar en un combate a muerte con espadas, aunque no éramos capaces de levantarlas ni un palmo del suelo.

—¡Os he hecho una pregunta! —insistió.

—No somos unos chivatos, mamá —dije.

Nos las había conseguido un criado al que habíamos amenazado con acusarlo de hacer comentarios lascivos sobre nuestra madre si se negaba. Obviamente accedió.

—Está bien. Entonces os pondré en la silla de los abrazos hasta que me digáis quién...

—¡Ha sido un criado! —gritamos a la vez.

La silla de los abrazos era el peor de los castigos. Eran dos asientos en uno con cuatro mangas de cuero que estaban situadas de tal manera que abrazabas a la persona que tenías enfrente y viceversa. Nos había castigado una vez con ello y pensamos que, al estar tan pegados, podríamos abofetearnos, pero no era para nada como habíamos creído. Estábamos completamente inmovilizados. No podíamos ni darnos patadas. Tan cerca y a la vez tan lejos.

El rey consideró que no había ninguna excusa para dar armas a dos niños sin supervisión y, menos aún, a sus propios hijos. Así que el criado fue condenado a muerte y, como castigo para nosotros, nos obligó a presenciar la ejecución. Tenía mucho miedo de ver morir a alguien, la muerte me daba pánico. Dejar de existir, de sentir... solo de pensarlo ya me ponía malo. Pero, contra todo pronóstico, no fue

eso lo que más me impactó, sino el público. Los rostros de la gente supuraban odio. Gritaban, insultaban y lanzaban tomates y otras cosas no tan blandas a ese pobre desgraciado durante sus últimos minutos de vida. Querían sangre, querían muerte. No tuvieron ningún tipo de piedad. «¿Qué lleva a alguien a desearle la muerte a otra persona?», me pregunté. Pero, acto seguido, vi a Salmoneo sacándome la lengua. Cuando la espada del verdugo cortó el cuello de ese pobre hombre, la euforia se apoderó de la plaza. Recuerdo que el ruido me atolondró la cabeza. Me tapé los oídos y corrí hacia el carruaje que nos había llevado hasta allí para esconderme dentro. A los pocos segundos entró mi madre de la mano de Salmoneo.

—¡A Sísifo le da miedo el ruido, a Sísifo le da miedo el ruido! —se burlaba mi hermano.

Mi madre le pegó un guantazo que sonó como un aplauso y, acto seguido, me dio otro a mí.

—¿Queréis acabar como él? —preguntó refiriéndose al criado.

—No acabaremos como él, somos príncipes —respondí después de un largo silencio durante el cual mis músculos faciales volvieron a su sitio.

—Para el resto de los mortales sí, pero hay mucho más que nuestros ojos no son capaces de ver.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Salmoneo.

—Ahora mismo, Tánatos se está llevando el alma de ese hombre al reino de los muertos...

—¿Quién es Tán...?

—Es la muerte —me interrumpió mi hermano hablando a toda velocidad—. Es un dios muy bello que, si te toca con el dedo, te mueres y te lleva al inframundo, que es el reino de los muertos. Me lo contó Creteo.

Ese era nuestro hermano mayor.

—¿Ahí no es donde vive el dios Hades? —pregunté excitado por tener un poco de conocimiento sobre el tema.

Nuestra madre levantó un dedo y ambos nos agachamos.

—Ni se os ocurra volver a hablar de los dioses como si os estuvierais refiriendo a algún primo lejano.

Asentimos en señal de disculpa.

—Ellos nos han dado la vida y pueden quitárnosla cuando les plazca —siguió—. Así que, o empezáis a mostrar respeto por ellos o no podré protegeros de vuestros propios actos. —Hizo una pausa para asegurarse de que el peinado de su bella cabellera oscura seguía en su sitio—. Llevo rezando a la diosa Afrodita desde que os peleasteis por primera vez cuando apenas teníais un año. Le he suplicado que os améis, que el odio que sentís el uno por el otro se desvanezca y lo reemplace un bonito amor fraternal, porque no hay nada más doloroso para una madre que ver como sus hijos se pelean. —Una lágrima intentó caer de su ojo izquierdo, pero sacó un pañuelo y se la enjugó con tanta rapidez que creí que me la había imaginado—. Pero parece que mis ruegos a la diosa del amor no dan resultado; cada vez sois más mayores y estúpidos. ¡Cada vez sois más hombres! ¡Maldita sea!

Salmoneo y yo nos miramos de reojo, desafiantes, preparados para ver quién se disculpaba mejor con ella. Pero aún tenía algo más que decir.

—Me veo en la obligación de advertiros de que si, en una de vuestras peleas, uno de los dos muere..., no será yo la que castigue al que sobreviva, sino que serán los mismísimos dioses.

Sí, nos queríamos matar, literalmente. Éramos príncipes, teníamos todas nuestras necesidades cubiertas, pero lo único que nos impedía ser felices era la existencia del otro. Así lo sentíamos en ese momento: pensábamos que, una vez solucionado esto, nunca más

tendríamos problemas. No podíamos estar más equivocados. Es irónico que mi mayor miedo fuera perder la vida y, aun así, quisiera luchar a muerte contra Salmoneo, pero estaba tan convencido de que podía acabar con él que en ningún momento pensé que era yo quien podía morir. Así que imagínate mi tremenda decepción al saber que, aunque lo venciera, también perdería la vida.

Cada reino tiene sus propias leyes y no tienen por qué coincidir con las de otros lugares. Por ejemplo, hay quien huye de su país porque allí existen leyes que atentan contra su persona; otros viajan para pasar unos días fumando alguna planta que está prohibida en su reino e incluso los hay que se mudan para pagar menos impuestos. Pero los dioses también tienen sus propias leyes y no importa donde vayas, ningún mortal puede escapar de ellas: está prohibido creerte igual a los dioses, ponerle los cuernos a tu cónyuge y matar a alguien de tu misma sangre. Si infringes alguna de estas leyes, estás jodido. Tres señoras con sangre en los ojos, serpientes en la cabeza y unas alas tan grandes que pueden rodearte y sumergirte en la más profunda oscuridad solo con ellas, son las encargadas de condenarte por estos crímenes: las Erinias. Aunque los nombres de cada una son Alecto, Megera y Tisífone. La primera castiga la soberbia; la segunda, las infidelidades, y la tercera, los crímenes de sangre.

—No lo entiendo, madre —dije angustiado—. Si mato a Salmoneo, ¿Tisífone me matará o me castigará?

La reina lo había explicado veinte veces de camino a palacio, pero varias horas más tarde, cuando yo ya estaba vestido con mi túnica para acostarme, había pedido a un criado que fuera buscarla para que me resolviera más dudas.

—Sísifo, querido —suspiró visiblemente harta—. Lo único que tienes que saber es que no debes hacer daño a tu hermano.

—Pero ¿y si lo hago? ¿Moriré?

Mi madre puso los ojos en blanco.

—Pues no, cariño, no morirás. Pero desearás estar muerto.

—Eso es imposible, yo no quiero morir nunca.

Se sentó a mi lado y me agarró de las manos. Hacía mucho tiempo que no la sentía tan cerca, pero su mirada estaba lejos de ser cariñosa.

—Tisífone te perseguirá para siempre, Sísifo. No se despegará de ti nunca. Te azotará con su látigo de hierro y sentirás cómo tu piel se cae a trozos, pero no lo hará. Seguirás intacto por fuera mientras que en tu interior notarás cómo te vas rompiendo poco a poco. Seguramente no será solo por ella, sus hermanas también se unirán a tu castigo y las tres te atormentarán durante el resto de tu vida hasta el día que te mueras. Pero eso no es todo, querido hijo, porque cuando lo hagas, acabarás en lo más hondo y tenebroso del inframundo, el Tártaro. Y será entonces cuando desees morir, pero ya estarás muerto y no habrá nada que te libre del eterno sufrimiento.

No hice más preguntas. Esa noche no pude dormir. Me la pasé dando vueltas en la cama con los ojos abiertos como un búho angustiado. Me emparanoié con que mi hermano se moría de golpe, de un paro cardíaco, y me responsabilizaban a mí por haberlo estresado. Pensaba que cada ruido que oía, por pequeño que fuera, era obra de la temible Tisífone y entonces yo me hacía una bola: me abrazaba las rodillas e intentaba esconder la cabeza entre los brazos. Como si así la Erinia fuera a confundirme con un bicho bola y me librara entonces de su castigo. Al día siguiente corrí a buscar a mi hermano para ver si estaba bien e intentar hacer las paces con él, no porque lo sintiera con sinceridad sino por miedo a la reprimenda divina. No lo encontré en sus aposentos ni en la sala de juegos, así que decidí ir a desayunar y después seguir con su búsqueda, pero

no hizo falta. Estaba en el comedor, concretamente en mi sitio, lamiendo mis cubiertos como si le fuera la vida en ello. Me encendí. Por un segundo sentí que sufrir eternamente valía la pena si podía darme el gustazo de pegarle una paliza. Pero no lo hice, porque la venganza es un plato que se sirve frío y aunque, en este caso, no podía servirlo yo directamente, bien podía cocinarlo. Eso sí, me escondí detrás de la puerta y, en cuanto Salmoneo salió, le pedí a un criado que me cambiara los cubiertos y, tan pronto como me quedé solo, escupí tanto en el plato de mi hermano que casi me deshidrato. A partir de ese momento empezó nuestra guerra fría. No era violencia física, ni siquiera verbal. Nos boicoteábamos. Pero debíamos ser creativos para que nuestra madre no se diera cuenta. E incluso, a veces, ni siquiera nos dábamos cuenta nosotros mismos. Estuve una semana entera meando en su cama y dejaba abiertos los postigos de las ventanas para que pareciera que había entrado un animal. A decir verdad, me delaté yo mismo porque aquello no tenía gracia si Salmoneo no sabía que el culpable era yo. «¿Estás durmiendo bien estos días?», le pregunté estallando de la risa. Esa sensación de triunfo fue muy bonita mientras duró. Pero duró poco.

—Sísifo, tendrás que dormir en el cuarto de invitados hoy —dijo mi madre, asustada como si hubiera visto un monstruo—. Parece que el animal que hacía pis en la cama de tu hermano no está solo y... —se puso la mano en la boca como si fuera a vomitar— hay que desmontar tu habitación y hacerla de nuevo, cariño. Lo siento mucho.

Nunca supe cómo lo hizo. Había tantos excrementos que era humanamente imposible que hubiera sido solo él. Quizá había encerrado a algunos animales, o incluso obligado a los criados a hacerlo, lo creo capaz, pero, de ser así, estos nunca confesaron. Me pasé un mes entero durmiendo en la habitación de invitados: fue

horrible. Estaba en el piso de abajo, se podían oír los pasos de mis padres y, sobre todo, de mi hermano, que quería dejarme claro que él estaba por encima. No caminó tanto en su vida.

Obviamente, la cosa no acabó aquí. Recuerdo untarle las sandalias con puré, afeitarse una ceja mientras dormía, esconderle la ropa después de bañarse y obligarlo a cruzar medio palacio desnudo... Esto último fue muy gracioso. Ni se os ocurra sentirse mal por él, ¿eh?, que a mí me empapó el cabello con una especie de pegamento y tuvieron que afeitarme el cráneo entero. «Cabeza-huevo», me llamaba el muy idiota. Y como estas, mil más. Así fue nuestra relación hasta que cumplimos la mayoría de edad. El día de nuestro cumpleaños, la reina nos citó a primera hora de la mañana en el recibidor de la entrada de palacio para darnos su regalo. Recuerdo estar muy excitado, no sabía qué podía ser, pero estaba convencido de que iba a recordar aquel momento durante el resto de mi vida. Y así fue, pero no cómo esperaba.

—Es hora de que os marchéis —dijo mi madre.

Salmoneo y yo nos miramos confusos.

—Vuestro padre y yo —siguió— creemos que ha llegado el momento de que fundéis vuestro propio reino.

—No pienso fundar nada con este —dijo Salmoneo señalándome con desprecio.

—¿Y piensas que yo sí, mamarracho?

La reina inspiró y espiró como le había recomendado una de las sacerdotisas a las que recurría para calmar sus nervios, claramente provocados por mi hermano.

—Vuestro padre preferiría abdicar y hacerse frutero antes que obligaros a compartir una de sus tierras —añadió mientras liberaba aire—. Os iréis cada uno a una punta.

—Pero... —dijimos a la vez.

—¡Ni se os ocurra protestar! —gritó—. Me tenéis harta, ¡joder! ¡Me hacéis decir incluso palabrotas! —Resopló y, con cuidado, se palpó su peinado—. Toda la vida persiguiéndoos como el perro y el gato sin importaros lo más mínimo cómo me afectaba. ¿Sabéis lo que he tenido que soportar? ¿Sois conscientes? ¿Os pensáis que la gente no se da cuenta de estas cosas? ¿Que no chismorrean sobre nuestros trapos sucios? —Hizo una pausa para coger aire—. ¡Contestad!

Ambos negamos con la cabeza al unísono.

—Dicen que el motivo de vuestras riñas era yo —siguió—. Que competíais por mí, que estabais celosos el uno del otro, como si yo fuera un trofeo que ganar.

—Madre... —dijo Salmoneo.

—¡Ni madre ni leches! —lo interrumpió enfadadísima—. Yo os quiero, os he querido y os querré siempre. Pero ninguno me ha ganado, al contrario... me habéis perdido.

El corazón me dio un vuelco. Sentí frío, como si un gigante de hielo me acunara entre sus brazos. Y durante unos segundos no fui capaz de respirar. Pensé que había llegado el momento, que me estaba muriendo. Pero no, tenía que vivir con eso.

—¿¡Qué!? —exclamé al recuperar el aliento.

—Madre, por favor, no digas eso... Al menos no a mí, sabes tan bien como yo que todo esto es culpa de Sísifo.

Me volví hacia él histérico.

—Pero ¿cómo te atreves!? ¡Todo esto lo empezaste tú cuando te reíste de mi pelo!

—¿Lo ves, madre? ¡Aún no ha superado una tontería que pasó cuando éramos niños! ¡Arrastra sus traumas y nos hace pagarlo a todos!

—¡Basta! —gritó ella.

Me lancé al suelo de rodillas y Salmoneo me imitó. Lloramos desconsoladamente como bebés que no son capaces de dormir por sí solos. Nos arrastramos hasta ella y la intentamos agarrar de las manos, pero retrocedió y nos dio la espalda.

—Perdonadme, hijos míos. Lo he hecho lo mejor que he podido —dijo conteniendo el llanto.

Hizo un gesto con la mano y una docena de guardias entraron con nuestro equipaje ya hecho, seguidos por nuestro padre, el rey. Se nos cortó la llorera nada más verlo. Caminó solemnemente hacia nosotros, con la cabeza tiesa. Dio vueltas alrededor nuestro cual águila imperial, mirándonos con desprecio por el rabillo del ojo, como si tuviéramos que agradecer el esfuerzo de que sus pupilas nos enfocaran. Después de orbitarnos durante un larguísimo rato, se detuvo enfrente de nosotros, dejó caer las manos hasta apoyarlas en nuestras cabezas y habló:

—No volváis. Nunca.

Mis padres me echaron de casa, me dejaron tirado en un trozo de tierra en el que no había ni un triste pozo para beber agua y, aun así, fundé una ciudad desde cero. Bueno... no exactamente. O sea, también me dieron un gran número de soldados y civiles que, con sus manos, construyeron la ciudad, claro, no lo iba a hacer yo solo. Sé que solo es un detalle, pero, como ya he dicho, quiero ser sincero. La idea fue mía, eso sí. Les dije dónde construir.

Mientras mi ciudad se levantaba, pensé en mi hermano. «¿Qué estará haciendo Salmoneo?», me preguntaba día sí, día también. No sabía nada de él. Cuando nos fuimos de Eolia no nos despedimos y partimos en carruajes separados. Tenía mucha curiosidad por saber qué estaría tramando, cómo sería su tierra, si por casualidades de la vida habría muerto por el camino... La incertidumbre me quitaba el sueño, así que mandé a varios de mis soldados a espiar. A las pocas semanas volvieron y me dieron la desoladora noticia de que Salmoneo seguía vivo. También me contaron que su tierra era muy similar a la mía, cosa que me tranquilizó un poco; supuse que mis padres habían tenido eso en cuenta a la hora de escogerlas para que no hubiera más disputas. Pero también me dieron la noticia de que mi hermano también estaba construyendo su propia ciudad y eso solo podía significar una cosa: competición. Era cuestión de tiempo que Salmoneo enviara a sus espías y averiguara mis planes de construcción, si es que no lo había hecho ya, o que incluso intentara boicotearme de algún modo.

Ordené hacer registros diarios a todos los trabajadores, incluso en las tiendas de campaña en las que vivían. Algunos se mostraron reticentes y tuve que pronunciar un discurso para explicar que había motivos para creer que nuestra ciudad corría peligro; técnicamente, aquello era mentira, no había pruebas, así que me las inventé. Para colmo, era la primera vez que me dirigía a un grupo de personas y, encima, siendo rey. Qué mal lo pasé. Me sentí ridículo. Aún no tenía mi palacio con balcón, estaba en una tienda como el resto, así que me subí a una caja de madera para hablarles. Puse una voz grave, intenté imitar la melodía que entonaba mi padre en sus discursos y gesticulé mucho con los brazos, parecía que me estuviera dando un apechusque. Lo dicho, ridículo. Pero, sorprendentemente, no solo me creyeron, sino que aplaudieron. Y también los que se habían enfadado por los registros. Fue un alivio momentáneo; después me vine abajo porque me di cuenta de que mis ciudadanos eran idiotas si se habían creído lo que había dicho, pero luego resurgí de mi decepción y me adentré en la alegría de saber que los podía manejar como me diera la real gana, nunca mejor dicho.

Mi primera medida como «abusón de poder» fue meterles prisa para acabar la ciudad antes que mi hermano, porque estaba completamente seguro de que Salmoneo estaría haciendo lo mismo y no le iba a dar el gusto de joderme con eso también. Los siguientes dos años fueron muy intensos, mis hombres trabajaron día y noche, pero lo conseguimos y con muy pocas bajas. Cuando, finalmente, se colocó la última piedra, yo mismo fui a visitar a mi hermano. Llevé un mapa para mostrárselo; lo equivalente ahora sería hacer un *house tour* y etiquetarlo, pero eran otros tiempos, más rústicos, e iba con una sonrisa en el rostro que casi daba la vuelta y se juntaba en mi nuca. Era mi momento de humillarlo, seguro que aún le quedaba alguna ala de su palacio o parte de su

muralla por construir, pensaba. A medida que llegábamos y su ciudad se veía con más claridad, mi sonrisa fue desapareciendo progresivamente al darme cuenta de que, quizá, había participado en una competición sin oponentes. No le faltaba un ala del palacio o un trozo de muralla. Le faltaba media ciudad.

—¡Deténganse! —gritó alguien.

Una docena de soldados nos cortaron el paso cuando mi carruaje estaba a punto de entrar en la metrópoli. Discutieron con mi conductor a grito pelado, pero no entendía una sola palabra de lo que decían, así que tuve que bajar para enterarme de qué estaba sucediendo.

—¿A qué viene este alboroto?

—Alteza —dijo un soldado con una leve reverencia—. Tenemos órdenes de que no entre en Élide.

Así se llamaba la media-ciudad de mi hermano.

—No sé con quién os creéis que estáis hablando, pero yo soy Sísifo, soberano de Éfira. —Así llamé a mi ciudad-entera—. Y vuestro rey es mi hermano.

—Lo sabemos, alteza.

—¡Pues entonces apartaos inmediatamente de mi camino!

—El rey Salmoneo dio órdenes de que no le dejáramos entrar.

Me quedé en silencio durante unos segundos. No me esperaba algo así.

—Eso... no es posible. ¿Por qué iba a...?

—Nos dio esta carta para entregárosla en el caso de que os acercarais.

El soldado sacó un sobre de su cinturón y me lo ofreció. Lo agarré con cierta agresividad y entré en el carruaje para leerlo. Esto era lo que ponía:

Mi odiado hermano:

Nuestras peleas han destruido parte de nuestra vida y no puedo permitir que acabe con el resto de la mía. Después de este tiempo separados el uno del otro, me he dado cuenta de que, aunque no podamos matarnos, podemos olvidarnos. Yo ya lo he hecho. Sísifo, para mí ya no existes. Esta es la última vez que me dirijo a ti. Quiero que sepas que no te deseo que las cosas te vayan bien, pero tampoco que te vayan mal. De corazón te digo que me la suda. Nunca te he querido, pero ya no te odio. Hasta nunca.

Con indiferencia,

SALMONEO, rey de Élide

—¡Nos vamos! —le grité al conductor.

—¿Disculpad? —preguntó confuso.

—¿¡Estás sordo o qué!? ¡Maldito inútil! —grité pateando el suelo del carruaje—. ¡Que nos vamos, he dicho!

El conductor fustigó a los inocentes caballos y nos marchamos a toda prisa bajo la traviesa mirada de los soldados que, seguramente, habían leído esa carta antes de dármela. «Primero mi madre y ahora mi hermano», pensé. Por muy contradictorio que pueda parecer, odiar y amar es casi lo mismo, el sentimiento es diferente, pero existe, está ahí. Que una persona a la que amas se aleje de ti es doloroso porque corta de manera unilateral esa mutua estima, pero pasa lo mismo cuando lo que os ha unido es el odio. Me dolió mucho la separación de mi hermano; de hecho, lo hizo más que la de mi madre, porque mientras que con Salmoneo nos odiábamos con igual intensidad, ella no me quería tanto como yo a ella. Pero al menos mi madre tuvo la decencia de decírmelo a la cara, no como mi hermano, que lo hizo a través de una carta que ni siquiera me entregó él. Maldito cobarde. Eso había sido una puñalada por la espalda. El muy traidor no me había dicho nada hasta que me superó. Qué injusto. Podíamos haberlo hecho a la vez, incluso competir a ver quién lo olvidaba antes, pero no, hasta en eso jugó sucio. Y yo, como un imbécil, aceleré la construcción de mi estúpida ciudad. Pues no, no iba a olvidarlo y menos después de romperme el

corazón de esa manera. Había dedicado cada segundo de mi vida a destruir la suya. ¿Y ahora me quería quitar eso? Y una mierda para él. Esto no se había acabado y no iba a hacerlo hasta que uno de los dos cayera. Palabra de Sísifo.

Pasó poco tiempo hasta que me enteré del verdadero motivo de la ruptura con mi hermano: había conocido a una princesa de la Arcadia llamada Alcídice e iban a casarse en cuanto terminaran de construir la ciudad. Había sentado cabeza, como diría mi madre, y ahora se centraba en su futuro, en formar una familia; por eso había olvidado su pasado, o sea, a mí. Yo no tenía novia, nunca la había tenido, ni siquiera amigas. Ninguna mujer ajena a mi familia había entrado en mi vida y tampoco es que yo hubiese mostrado interés. A decir verdad, nunca había pensado en invertir tiempo en ello y ahora creía tener más motivos para querer que esto siguiera así. En mi cabeza rulaba el pensamiento de que Alcídice era la segunda mujer que me separaba de Salmoneo, habiendo sido mi madre la primera. Eran las dos únicas mujeres que estaban presentes en mi vida y las dos me estaban fastidiando, pensaba yo. Y tú dirás: «¿Acaso te llevabas bien con los hombres?». Pues tampoco, pero esta pregunta que puede parecerte tan obvia ni siquiera pasó por mi cerebro y toda esta situación derivó en mi época de menosprecio hacia las mujeres. Esa fue mi *incel era*, como la llamo yo. Esta parte de mi historia quizá te sea más difícil de comprender, pero creo que es de vital importancia que la cuente, ya que no soy el único hombre al que le ha pasado o le pasará algo similar.

¿Sabes eso que hacemos, a veces, las personas de exigir más a quien nos hace caso que a quien nos ignora? Pues eso me pasó con mi padre y mi madre. ¿Cómo podía odiarla a ella por no quererme

como yo quería y no a él por no mostrarme el más mínimo afecto? Porque creía que mi madre debía hacerlo, pero mi padre no. ¿Y por qué pensaba yo esto? Porque me habían enseñado desde siempre que las mujeres cuidaban y los hombres hacían lo que querían, que ellas tenían responsabilidades familiares y nosotros no, pero que ante el menor acto de conciliación por nuestra parte se nos debía ovacionar. En parte por eso, solo veía mi mala relación con las mujeres y no con los hombres. Si hasta fue él quien nos dijo a mí y a mi hermano que no volviéramos después de intimidarnos y humillarnos, mientras que nuestra madre nos pidió perdón por no haber sabido hacerlo mejor. En fin, qué vergüenza.

El tema es que no llegué a esa conclusión hasta mucho más tarde y me pasó algo similar con la esposa de mi hermano. No la odiaba a ella, sino a él, pero me resultaba más fácil ponerla en mi punto de mira porque si pensaba que Alcídice quería alejarme de Salmoneo, entonces, al contrario de lo que pasaba con mi hermano, el desprecio era mutuo. Pero todo aquello era fruto de mi imaginación. Me obsesioné con ella hasta tal punto que tenía a espías que me contaban todo lo que hacía, que no era más que pasarse los días revolcándose con Salmoneo en su tienda de campaña y salir apenas para coger aire. Pero quería ir a por Alcídice porque hiriéndola a ella le haría daño a él y de esa forma mataba a dos pájaros de un tiro.

—Os he reunido para que me ayudéis a decidir qué hacer con ella.

Estaba paseando por el jardín de mi palacio junto con dos de mis consejeros de más confianza, de los que, por mucho que os sorprenda, no recuerdo ni una puñetera letra de sus nombres.

—Mi rey, la opción de matarla es viable. Además, al no haberse casado aún, no goza de la seguridad de una reina y sería más fácil acabar con ella —dijo el consejero uno.

—Sí, pero ¿cómo? Hay que ser creativos para que Salmoneo no sospeche de mí —respondí dirigiendo la mirada hacia el consejero dos.

—Pero, mi hermoso señor —siempre añadía un calificativo positivo cuando se dirigía a mí—, ¿no dijisteis, precisamente, que la gracia es que lo sepa?

Resoplé con disimulo.

—Eso era antes, cuando lo más grave que podía hacerle era mear en su cama y no teníamos un ejército cada uno.

—¿Y cree, mi bello rey, que, si derrochara su brillante y glorioso orín en la cama de Alcídice, su hermano le declararía la guerra?

—Conociéndolo y teniendo en cuenta que ha sustituido su odio hacia mí por el amor hacia ella... sería raro que no quisiera rebanarme el cuello.

—En ese caso, agraciada excelencia, no quiero ni imaginarme qué haría si asesinara a su esposa.

En ese preciso instante me di cuenta de que quizá mi «consejero dos» no iba tan desencaminado y la gracia seguía estando en que él supiera quién estaba detrás de todo. Podía matar a Alcídice y hacerle saber a mi hermano que yo había sido el autor; entonces, él me atacaría con todo su ejército y yo, simplemente, tendría que defenderme; su muerte podría ser un daño colateral, ni siquiera tendría que hacerlo yo. Además, podría organizar una buena estrategia defensiva para prepararnos ante su ataque, que, seguro, iba a ser improvisado y conducido por un impulso rabioso, sin posibilidades de que me matara en él. Era la solución perfecta, había tenido una idea brillante. «Estoy en mi *prime*», pensé. Pero cuando crees que has llegado a la cima, siempre sucede algo que te obliga a volver a empezar. A lo lejos vi como uno de mis soldados-espía corría hacia nosotros. Iba tan rápido que perdió el control de sus

piernas, se precipitó de morros contra el blando suelo y dio varias volteretas involuntarias hasta quedar completamente tendido entre unos hierbajos.

—¿Creéis vos, espléndido monarca, que está muerto?

—Espero que no —respondí—. De lo contrario, qué muerte más ridícula.

Siempre he pensado que morir por algo tan estúpido como un tropiezo debería estar prohibido. La vida es demasiado importante como para que los dioses acepten que la puedas perder por algo así. Pero, por suerte para el chico, como si la mismísima diosa Atenea le hubiera hecho el boca a boca, se levantó, tosiendo y escupiendo tierra y césped que debía haberse atascado en su garganta, y, tras asegurarse de que volvía a controlar su cuerpo, caminó con cautela hacia nosotros.

—Menos mal... —murmuré.

Se detuvo delante de mí, agachó su cabeza en forma de reverencia e hizo el ademán de susurrarme algo en el oído.

—No hace falta, puedes decirlo en alto.

No quería que me llenara la oreja de tierra.

—La boda de vuestro hermano será en dos días, majestad.

Mi consejero uno se echó a reír.

—Se ha dado un buen golpe, alteza.

A mí también se me escapó un poco la risa.

—Majestad, os hablo en serio.

—Es imposible que se case en dos días. Para una boda real se necesitan meses de preparación, os habríais enterado, a menos que seáis unos malditos inútiles, claro —le dije en un tono amenazante.

—Majestad, lo han decidido hoy mismo. Vuestro hermano se ha visto obligado.

—¿Obligado? ¿Por qué? ¿Ha sucedido algo? —pregunté exaltado.

El soldado miró de nuevo a mis consejeros con aire de desconfianza.

—¡Habla! —insistí.

—Alcídice está embarazada, majestad.

Pasaron los meses. Mi hermano estaba viviendo el inicio de un matrimonio feliz, en su ciudad ya construida, organizando el futuro de su primogénito y haciendo una lista de nombres, mientras que yo estaba tirándome de los pelos. Qué largos son los embarazos. Quería hacer cosas, entretenerme, no pensar en ello, pero no era capaz. Mataba el tiempo mirando al cielo, viendo como el titán Helios viajaba con su carro del sol y daba por finalizado el día, aunque nunca aguantaba tanto rato porque sus rayos de luz me hacían escocer los ojos y, si no, tenía que meterlos en un cubo lleno de agua. Pero al día siguiente, en cuanto me despertaba, volvía a aparecer y yo salía de nuevo para asegurarme de que no se detenía, hasta rozar el desmayo. Pero Helios iba muy lento, parecía que lo hiciera a propósito. También pensaba en Cronos, el titán del tiempo, y en que debía estar contando los segundos como un niño pequeño que aún necesita las manos y cada vez que se pierde vuelve a empezar. Sentía que se estaban riendo de mí, pero solo era mi impaciencia. Estaba desesperado. Todo había cambiado. No solo no podía matar ya a Alcídice, sino que no debía ni estresarla, ni tan siquiera darle el más mínimo sustito, porque el niño que llevaba en su vientre era mi sobrino, tenía mi sangre y como le pasara algo por mi culpa... bueno, a Tisífone le sobran alas para venir a por mí.

—Se avecinan lluvias, mi señor —dijo consejero uno.

—¿En serio? ¿Quieres hablar del tiempo? ¿Este es el tema que propones? —pregunté molesto.

Había vuelto a reunir a mis consejeros con órdenes de que me distrajeran, pero esta vez en mis aposentos. No tenía ánimos ni para levantarme de la cama.

—Mi precioso rey, ¿por qué no organizáis unos juegos? Seguro que así os distraéis —preguntó Dos.

—¿Combates, carreras y esas cosas...?

Asintió.

—Uf... qué pereza —añadí.

—Majestad, os irá bien, tendréis la cabeza ocupada —insistió Uno.

—No sé vosotros, pero cuando me obsesiono con algo no hay distracción que valga. Esta reunión ha sido una mala idea.

Hubo un largo silencio.

—No, majestad, vos solo tenéis buenas ideas —dijo Uno.

—Eso lo dices porque soy tu rey.

Sin tan siquiera verlo pude notar su incomodidad.

—Mmm... No, alteza, para nada. Si fuerais el panadero también os lo diría.

Me incorporé bruscamente.

—¿Llamas «majestad» al panadero?

—¿iQué?! ¡No! ¡Jamás haría tal cosa! —respondió asustado.

Le dio un codazo a Dos.

—Mi loable rey, doy fe de que nunca ha llamado «majestad» al panadero.

Me tumbé de nuevo.

—¿Me queréis? —pregunté con la mirada clavada en el alto techo.

—¿Qué ha dicho? —susurró Dos.

—Que si le queremos.

Carraspeé insistente y farfullaron atropelladamente:

—Por supuesto, alteza —dijo Uno.

—Faltaría más, apreciadísima y benevolente majestad, no sé qué haría sin vos.

No se lo creyeron ni ellos, pero no les culpo. Pude escuchar cómo mi silencio les aceleraba la respiración y sentí pena por ellos. Me caían bien.

—Podéis iros —dije finalmente.

—Gracias, majestad —exclamó Uno aliviado.

Hicieron una veloz y fugaz reverencia, ambos dieron media vuelta y se fueron a toda prisa. Aunque era obvio que no querían estar allí, me molestó que no insistieran. «¿Estáis seguro, mi hermoso rey?», «Estar a vuestro lado le da sentido a mi vida»: eso era lo que quería oír. Sí, lo sé, un poco tóxica mi actitud. No pretendo justificarme, pero es que no lo estaba pasando nada bien. Aparte del drama del embarazo, también necesitaba que alguien me hiciera caso, que me dijera cosas bonitas, que se preocupara por mí. Francamente, me hacía falta mi madre o lo que me hubiera gustado que hubiese sido. Mis recuerdos de ella variaban dependiendo del día. Algunas veces la veía como a una mujer muy cariñosa que siempre tenía un brazo para mí y con la que me sentía protegido, y otras como un ser monstruoso y despiadado que resoplaba y huía cada vez que oía mi voz para no tener que soportarme. En realidad, no había sido ni una cosa ni la otra, pero lo real no importa cuando el único testigo es un recuerdo que un estado de ánimo maneja como un títere. De pronto, como si alguien tirara de mis hilos, conseguí levantarme de la cama con un nuevo propósito que me mantendría la cabeza ocupada de verdad: recuperar a mi madre. Fui directo a mi escritorio y empecé a redactar una carta.

Mamá, te odio.

Arrugué el papel y cogí otro; nunca la había llamado «mamá».

Querida madre:
Necesito un brazo.

Lo arrugué también y lo tiré. De ningún modo podía empezar así esa carta, ya no era ningún niño. Reflexioné durante unos minutos hasta que me di cuenta de que no estaba escribiendo una carta con la intención de enviarla, sino para liberar mis pensamientos. Para expulsar todo aquello que no me atrevía a decirle a la cara. Era sorprendentemente sanador. Pero no tenía más papel.

—Lo que me faltaba...

Rebusqué por mi mesa, pero nada. Recogí el último papel que había usado e intenté alisarlo, pero me resultó muy desagradable escribir ahí. Era como si un dios redactara en la cordillera de los Andes, o al menos eso fue lo que me imaginé. «Ojalá ser un dios —pensé—, sin miedo al tiempo.» Pero era un simple mortal de veintipocos años, con pánico a la muerte y especialista en tomar decisiones precipitadas.

—¡Preparad mi carruaje! —exclamé saliendo de mi habitación—. ¡Voy a ver a mi madre!

6

—¡Abrid las puertas! —grité—. ¡Soy Sísifo, rey de Éfira, hijo de Eolo, vuestro rey!

Habíamos llegado a Eolia después de viajar tres días sin apenas detenernos, pero los soldados de mi padre no querían dejarnos pasar.

—Alteza, hay que dar agua a los caballos —dijo mi cochero señalando a los animales.

—¡Mis caballos están sedientos! —insistí.

—¡No podemos abrir las puertas hasta hablar con el rey! —respondió un arquero desde lo alto de las murallas—. ¡Pero podemos bajaros un cubo de agua!

—Un cubo de agua, dice el muy idiota...

—Majestad, aceptad el cubo, os lo ruego, los caballos no aguantan más.

—Nosotros tampoco —dijo uno de los soldados que me acompañaban.

El resto estaban tirados por el suelo. Por un tema de protocolo habían tenido que acompañarme andando y estaban exhaustos.

—Qué vergüenza estoy pasando... ¡Que sean dos cubos! —grité.

El arquero miró atrás e intercambió unas palabras con alguien.

—¡Solo podemos daros uno! —dijo luego.

Tuve que morderme la lengua y aceptar ese cubo de agua mientras fantaseaba con atar a esos soldados idiotas a las ruedas de mi carro. Primero bebieron mis soldados, luego el conductor y

finalmente los caballos; era un cubo grande que habían bajado con una cuerda. Yo era el rey, así que tenía mi propia ánfora de agua. Y no, no podía compartirla por un tema también de protocolo. La imagen lo era todo en esa época y yo llevaba muy poco tiempo siendo rey, así que tenía que seguir las normas a rajatabla para que nadie se atreviera a perderme el respeto, ya que eso podría suponer otro tipo de muerte, la social. Y eso podía dar pie a un golpe de Estado y llevarme de cabeza a la otra muerte, la real. De pronto se oyó un ruido muy fuerte y las puertas de la muralla se entreabrieron.

—¡Por fin! —exclamé saltando dentro del carruaje—. ¡Adelante!

—Mi señor, creo que el soldado de vuestro padre intenta decirnos algo, está haciendo aspavientos —dijo mi cochero.

Asomé la cabeza y vi cómo movía los labios, pero el ruido de las puertas era demasiado fuerte. Así que me lancé hacia dentro de nuevo.

—Nada. Tú tira.

Los caballos avanzaron hacia la entrada de mi antiguo hogar. Estaba nervioso, el reencuentro con mi madre estaba cerca, aunque mucho más de lo que pensaba.

—¡Sujetaos, majestad!

El carruaje frenó en seco y, no sé cómo, atravesé la puerta lateral del vehículo y caí de bruces al suelo. Me rebocé la cara con la sucia arena del camino de caballos. Mis soldados se abalanzaron sobre mí y me ayudaron a levantarme, pero me deshice de ellos en cuanto me puse de pie.

—¿¡Qué cojones ha pasado!? —grité furioso mientras me quitaba la arena de los ojos—. ¡Que alguien me pase mi ánfora!

—Casi chocáis, alteza —dijo un soldado poniéndola entre mis manos.

—No me lo puedo creer... —refunfuñé echándome agua por la cara—. ¿Nos han cerrado las puertas de golpe?

—No, señor —respondió el cochero—. Un carruaje ha intentado salir a la vez que nosotros entrábamos.

Me sequé los ojos con la manga de mi túnica y vi un lujoso vehículo a muy pocos metros del nuestro. Los caballos casi se tocaban, había ido de muy poco. La puerta del otro carruaje se abrió y un ostentoso vestido se asomó al exterior. No tardé ni un segundo en descubrir quién iba dentro de ese extravagante atuendo.

—¡Madre! —exclamé.

—¿Sísifo...? —preguntó acelerando su salida—. ¿Qué haces aquí?

No parecía muy ilusionada con mi visita, pero mentiría si dijera que eso me sorprendió.

—Quiero hablar contigo.

Puso los ojos en blanco y resopló.

—No es un buen momento. —Dio media vuelta hacia el carruaje—. Si tu padre se entera de que has venido...

—Me da igual, madre. Tenemos que hablar.

Se detuvo y me miró sorprendida.

—¿Desde cuándo hablas así?

—¿Así cómo?

—Con esa vehemencia.

—Soy rey, ¿recuerdas?

Sus ojos se enrojecieron y asintió levemente.

—Tu hermano ya ha sido padre.

No sé cómo se vio desde fuera, pero me sujeté los brazos para disimular la euforia. Después tantos meses esperando, por fin podía encargarme de Alcídice. Nunca pensé que me alegraría tanto de la paternidad de mi hermano y tuve que contenerme para que mi madre no sospechara.

—No lo sabía, ha debido nacer mientras venía hacia aquí —dije fingiendo indiferencia—. ¿Por qué parece triste?

Alzó la barbilla con orgullo y cogió aire.

—No estoy triste.

Sí que lo estaba.

—¿Te disgusta ser abuela?

De pronto, un ejército de cincuenta soldados, caminando al unísono, salió de la ciudad. Mis guerreros me rodearon de inmediato y desenvainaron sus espadas dispuestos a defenderme con sus vidas. Nunca nadie se había preocupado tanto por mí.

—¡Te advertí que no vinieras! —gritó mi padre saliendo de entre los soldados.

El hecho de estar protegido por varios hombres con unos brazos grandes como troncos me envalentonó.

—¿Estás seguro? Nunca has sido muy hablador con tus hijos —le respondí plantándole cara.

Yo mismo flipé con mi comentario.

—Vaya, vaya... Fíjate, querida —dijo dirigiéndose a la reina—. Ya es todo un monarca.

—¿No es eso lo que querías? —le preguntó ella con un poco de sarcasmo.

Mi padre suspiró.

—Apartaos de en medio. La reina debe irse a Élide.

Mi cochero me miró esperando órdenes.

—No nos moveremos hasta que hable con ella —sentenció.

Los soldados de mi padre desenvainaron sus espadas y el sonido metálico de las armas saliendo de sus fundas retumbó en mi cabeza hasta el punto de obligarme a taparme los oídos.

—¡Basta! —gritó mi madre al ver mi reacción.

Fue algo muy breve, casi fugaz, pero en sus ojos vi un atisbo de preocupación, como me había mirado alguna vez cuando era pequeño. Puede parecer una tontería, pero ese momento fue una caricia en mi corazón y un recordatorio de que hubo momentos en los que había tenido madre. Caminó hacia mí forzando a mis hombres a apartarse y me agarró de la mano.

—Sube a mi carruaje —me dijo.

—¿Qué se supone que haces, mujer? —preguntó mi padre molesto.

—Lo obligas a volver a su ciudad y yo debo ir a Élide, así que tenemos que hacer parte del trayecto por el mismo camino —respondió ella.

El rey refunfuñó, se dio la vuelta y se llevó consigo a todos sus soldados. «Que te jodan», repetía en mi cabeza mientras lo veía alejarse. Acto seguido, obedecí a mi madre e hice un gesto a mi cochero y a mis hombres para que nos siguieran. Una vez dentro, ella rompió a llorar y yo me bloqueé; no supe qué hacer. Era la primera vez que la veía así. Quizá lo más adecuado habría sido darle un abrazo, pero no solo no me nació, sino que su tristeza me provocó rechazo. No era capaz de consolarla. Ese instante que acababa de vivir no fue suficiente para olvidar todas las veces en las que yo lloré y la necesitaba, pero debía conformarme con que fuera la criada de turno la que viniera a calmarme. Ella no había estado para mí cuando la necesité, así que yo tampoco iba a estarlo ahora. No por venganza, sino porque, emocionalmente, no era capaz. Esperé en silencio, con los ojos clavados en el suelo, hasta que su llanto cesó.

—La esposa de tu hermano, Alcídice, ha muerto en el parto.

Dio dos golpes en el techo y el carruaje arrancó.

¿Mi mayor frustración? No poder controlarlo todo. Siempre he envidiado a los dioses también por esto. Si a la diosa Afrodita le molesta algo o alguien, se deshace de ello en un pestañeo. Los mortales, en cambio, tenemos que hacer malabares para eliminar nuestra supuesta amenaza o abrazar la resignación y seguir con nuestra vida. Pero ese es el precio por vivir, ya que, al fin y al cabo, somos su creación, sus muñecos, y como dijo mi madre: «Ellos nos han dado la vida y pueden quitárnosla cuando les plazca». Y les plació quitársela a Alcídice durante el parto de su hija. Sí, era una niña.

—Quizá ese era el destino de esa pobre muchacha... Así debieron decidirlo las Moiras —dijo mi madre mirando a través de la ventanilla del carruaje.

Las Moiras son tres ancianas que se presentan el día de tu nacimiento y, con un hilo, deciden la longitud de tu vida y cuándo y cómo morirás.

—Quizá... —repuse.

—Qué pena más grande... Ninguna niña debe crecer sin su madre.

—Qué pena, sí...

Si crees que estaba poco hablador porque dedicaba todas mis fuerzas a contener mi alegría siento decirte que te equivocas. Me hallaba consternado, pero no por la trágica muerte de la inocente Alcídice, sino porque yo no había sido el responsable. Quizá mi

sinceridad te parece extraña, y lo entiendo. Ahora no es nada fácil reconocer tus horribles actos en público. Hay una corriente deshumanizadora que dificulta la redención y crea una especie de competición para ver quién encuentra antes a la peor persona del año. Pero no se puede destruir lo que ya fue destruido. No tengo miedo a que me señalen para que los demás se sientan mejores que yo. De hecho, estoy convencido de que tú, a mi lado, eres un ser de luz. Así que, si te alivia ser el tuerto en un mundo de ciegos, mi más sincera enhorabuena.

—¿De qué querías hablar? —preguntó—. Me va a ir bien cambiar de tema.

Eso era yo, un cambio de tema, una evasión de lo verdaderamente importante.

—Bueno... quería hacer las paces contigo —dije con cautela—. No me gusta pensar que mi madre me repudia.

—Por supuesto que no te repudio, hijo, ¿cómo puedes pensar eso? —preguntó genuinamente sorprendida.

Hice un gesto con las manos como si la respuesta fuera evidente.

—El día que nos echaste...

—No hablaba en serio el día que os fuisteis de casa —me interrumpió quitándole importancia—. Estaba dolida y ya está.

La creí y me alivió saber eso. Pero también me molestó tener que haber venido hasta allí, después de tantos años, para averiguarlo.

—Podías habérmelo dicho antes.

Resopló.

—Eres igual que tu hermano. Las mismas palabras de reproche.

—¿Cuándo has hablado con él de esto? ¿Es que ha venido a verte?

Negó con la cabeza.

—Fui yo a visitarle.

—¿iQué!?

—Sabía que te molestaría.

—¿Lo vas a ver a él? ¿Y a mí no?

—Primero de todo, cálmate.

—Estoy muy calmado.

No lo estaba.

—Fui a visitarlo cuando supe que iba a ser padre. Habría hecho lo mismo si tú...

—Ah, o sea, ¿tengo que ser padre para que mi madre, que pensaba que me odiaba, venga a verme? —la interrumpí ofendido.

Mi madre inspiró y espiró varias veces.

—Creo que estás exagerando un poco, Sísifo.

—iYo no exage...! —grité.

Antes de poder acabar la frase, la mano de mi madre impactó contra mi mejilla y me hizo temblar las orejas.

—iPare! —ordenó al cochero. El carruaje se detuvo—. Baja —me dijo.

—¿Qué? ¿Por qué? —pregunté con media boca dormida.

—Serás rey, pero yo soy tu madre y a una madre no se le grita. Baja ahora mismo.

—Pero... llevo tres días viajando para...

—¿Para qué? ¿Para gritarme? —me interrumpió.

—No. Para hablar —respondí recalcando bien la última palabra—. Para arreglar las cosas.

—Pues no lo parece, hijo mío.

—Al menos hago el esfuerzo.

Mi madre entornó los ojos e inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Insinúas que yo no me esfuerzo?

—Soy yo quien ha venido a verte.

Soltó una carcajada y aplaudió con sarcasmo.

—Enhorabuena, Sísifo, eres el hijo que toda madre desea.

—Pues parece ser que tú eres la única que no.

—¡He estado esforzándome por ti dieciocho años de mi vida! ¡Dieci-o-cho! ¿Y tú te crees que, por ir tres días en carruaje, ya tienes derecho a darme lecciones? Pero ¿quién te crees que eres?

—Qué raro, madre... Si tanto has cuidado de mí, ¿cómo es posible que tenga más recuerdos con las criadas que contigo?

Pensé que me daría otra bofetada, incluso agaché un poco la cabeza para prepararme. Pero no. Me apartó la mirada, abrió la puerta del carruaje y se sentó con la mirada al frente a esperar a que bajara. Lo que sea que sintiera no me permitió verlo, se lo tragó. Quise pensar que le dolió, que se sintió culpable por no estar presente, que mis palabras se le clavaron como puñales en el corazón, porque de esa manera podía sentir que en algún momento me quiso. Pero no dijo nada, ni me miró ni hizo ningún gesto que pudiera dar a entender eso. Simplemente se quedó allí, inmóvil, como quien se resguarda en un porche y espera a que deje de llover. Pero yo no iba a desaparecer sin salpicarla una última vez.

—Espero que quieras más a tu nieta de lo que has querido a tus hijos.

Y bajé cerrando de un portazo.

En mi época no había psicólogos que ayudaran a sanar las heridas del pasado, pero teníamos oráculos que ayudaban a evitar las heridas del futuro. El titán Cronos se comió a todos sus hijos e hijas, menos a uno, Zeus, que sobrevivió gracias a la astucia de su madre, la titánide Rea, que dio a Cronos una piedra envuelta en una sábana que este se tragó pensando que era su nuevo hijo recién nacido, aunque en realidad Zeus estaba escondido en Creta. Cuando creció, logró salvar a sus hermanos y hermanas provocando que Cronos los vomitara. Y, por lo tanto, también expulsó la piedra, que voló hasta caer justo en el centro del mundo, concretamente en Delfos. Esta piedra fue considerada el ombligo de la Tierra y la llamaron Ónfalo, que significa precisamente «ombligo». Más tarde, el dios Apolo se apoderó de ese territorio e instauró un oráculo para que los mortales fuéramos a que nos hicieran *spoilers* de nuestra vida o a que nos aconsejaran para conseguir nuestros objetivos. Y a eso iba justo después de que mi madre me echara de su carruaje: a saber, de una maldita vez por todas, qué cojones tenía que hacer para que mi hermano muriera.

—Majestad, ya hemos llegado —dijo mi cochero.

Me asomé por la ventanilla y vi a centenares de personas esperando su turno.

—No me lo puedo creer... —murmuré agobiado—. Que uno de los soldados se ponga a hacer cola —ordené.

—Pero, alteza...

—¡Ni alteza ni *altezo*! Debéis de estar ebrios si pensáis que voy a esperar de pie como el resto. ¡Soy el rey Sísifo! —grité llamando la atención de todos los presentes—. Despertadme cuando sea mi turno.

Me acomodé en mi asiento y me dormí. Tuve un sueño horrible. Soñé que mi madre venía a mi palacio llorando a mares, suplicando que la perdonara por haber ido a ver a mi hermano antes que a mí. Yo disfrutaba viéndola arrastrarse, pero la acababa perdonando y me daba un abrazo; sin embargo, al separarse no era ella, sino Salmoneo. Y entonces desenvainaba un cuchillo y me apuñalaba. Justo entonces me desperté y vi a uno de mis soldados sacudiéndome por los hombros.

—¿¡Qué haces!? —exclamé tembloroso.

—Disculpad, majestad, es que no os despertabais. Es vuestro turno —respondió.

Tardé unos segundos en reaccionar: me había olvidado por completo de dónde estaba. Salí del vehículo y me fijé en que era de día.

—Qué rapidez el oráculo, aún no se ha puesto el sol.

—Majestad, hace poco que ha amanecido... Llegamos ayer por la tarde.

—¿Tanto he dormido?

El soldado asintió mordiéndose el labio inferior; probablemente estaría molesto porque ellos no habían descansado. Pero no me importó lo más mínimo, yo solo podía pensar en lo que me iba a decir el oráculo. Caminamos hasta el inicio de la fila, donde esperaba el guerrero que había ocupado mi sitio y me planté delante de la sacerdotisa de Apolo. Toda la gente que estaba a mis espaldas murmuraba enfadada porque era el único que no había hecho la cola. Ni los miré. Tenía los ojos clavados en aquella señora jorobada

que jugaba con sus dedos entrelazándolos y separándolos mientras se balanceaba sobre la piedra en la que estaba sentada. Al ver que no me decía nada, hice el ademán de hablar, pero levantó uno de sus larguísimos dedos y cerré la boca.

—Sísifo, rey de Éfira... —susurró—. ¿Quieres saber dónde está tu destino?

Sentí como se formaba una atmósfera mágica y nos envolvía separándonos del resto. Asentí entusiasmado, aunque eso no fuera lo único que había venido a conocer. Ella alzó un brazo y señaló el final de la cola.

—¿Disculpad? —pregunté confuso.

—Aquí el único rey es el dios Apolo, el resto sois simples mortales. Se me escapó la risa.

—Yo no soy simple.

—¡Que hagas la cola como todo el mundo! —gritó una mujer que estaba detrás.

Los demás la aplaudieron.

—¡Mi soldado ha estado toda la noche...!

—¿Consideras que el dios Apolo no merece que hagas cola por ti mismo? —me interrumpió la sacerdotisa—. Ten cuidado, rey... no hay nada más estúpido que creerse más listo de lo que uno es.

Por mucha rabia que me dieran esas palabras, callé. De nada me iba a servir protestar, no estaba en mi reino. Así que, a riesgo de atragantarme, me embuché el orgullo, hice una leve reverencia a esa odiosa mujer y caminé hasta el final de la cola. Por suerte, había menos gente que el día anterior. Todos me miraron con desprecio. Hubo algunos que incluso se atrevieron a insultarme y a amenazarme, pero yo no me amedrenté; al contrario, me crecí. Los miré y, en sus rostros, vi lo contentos que estaban de poder insultar

a un rey con total impunidad, era algo que recordarían toda la vida. A mí. «De nada», pensé.

Pero yo también iba a sacar algo de esta situación tan desagradable. Ordené a mis soldados que no se interpusieran. En realidad, esa gente solo me lanzaba palabras de odio. Si conseguía que no me afectaran, ignorarlas, controlar mi rabia... tendría mucho más dominio sobre mis emociones y, por lo tanto, sobre mi pueblo. Al no necesitar mostrarme como un autómeta, como hacía mi padre, podría tener la tranquilidad de mostrarme cercano con mis súbditos porque estaría preparado ante cualquier imprevisto que pudiera alterarme. Fue un buen entrenamiento. Ese día aprendí que las amenazas son como la publicidad de un producto: cuanta más palabrería, peor calidad. Esas personas, que decían que iban a arrancarme la cabeza y a echarla a los leones, no se atreverían ni a tocarme un pelo. Y así fue. Las horas pasaron y los insultos fueron sustituidos por el chismorreó de los que prestaban atención a las profecías de la sacerdotisa. Parecía que esa gente venía a Delfos a enterarse del futuro de los demás en vez del suyo propio. Cuando empezó a oscurecer, llegó mi turno.

—¿Qué se siente al ser uno más? —preguntó la sacerdotisa.

—Pido disculpas por mi comportamiento, ha sido una lección de humildad de la que estoy muy agradecido —respondí con la cabeza gacha.

Mentira. Hubiese deseado que uno de mis soldados le cortara un brazo después de semejante humillación, pero nada les gustaba más a las divinidades que un mortal gallito hincara la rodilla y aceptara su posición de inferioridad. Miré de reojo a mi espalda y vi cómo la gente se acercaba disimuladamente para aguzar el oído.

—No sufras, Sísifo, rey de Éfira... Puede que escuchen profecías ajenas, pero, en cuanto salgan de aquí, se olvidarán de todas,

menos de la suya —dijo con una sonrisa pícaro.

Suspiré aliviado.

—¿Qué puedo hacer para que mi hermano, Salmoneo, muera lo antes posible?

Hablé muy alto expresamente y la gente que me oyó se llevó las manos a la boca, incluso se escuchó algún grito de sorpresa. La sacerdotisa levantó parte de la túnica roja que le cubría el rostro y dejó ver sus brillantes ojos, que apuntaron a los amantes del chismorreó. Estos miraron al suelo y retrocedieron varios metros aterrorizados. Acto seguido, redirigió su mirada hacia mí, sin taparse aún, y habló.

—Tienes que desear mucho la muerte del rey de Élide, pues algo horrible deberás hacer para conseguirla.

—No hay nada que no sea capaz de hacer con tal de que mi hermano se mude al reino de los muertos.

La sacerdotisa sonrió.

—Su hija.

—¿Su hija? Es sangre de mi sangre, no puedo hacerle daño, ¿no?
—pregunté descolocado.

—La prisa por saber es lo que te ha hecho perder más tiempo aquí, Sísifo...

Agaché la cabeza en señal de disculpa.

—No asumas tu profecía, pues nunca la adivinarás.

Quería estrangularla y arrancarle las palabras de la boca, pero me esforzaba mucho en contener la impaciencia. Esperé largos segundos sin levantar los ojos del suelo, hasta que decidió soltarlo.

—Los hijos que tengas con ella matarán a Salmoneo.

«¿Hasta dónde soy capaz de llegar para acabar con mi hermano?», me preguntaba una y otra vez desde mi visita a Delfos. Pero los años pasaban y no me atrevía a responderme. Sentía un odio descomunal hacia él, pero tanto como para... ¿eso? Intenté olvidarlo, como me había dicho él en aquella carta, y hubo meses en los que no pensé en él, pero seguí manteniendo espías en su ciudad y tarde o temprano me acababan llegando noticias suyas.

Al parecer, las visitas de mi madre eran muy regulares y, a menudo, sus estancias se prolongaban semanas o incluso meses. «Seguro que le ha contado a Salmoneo que fui a suplicar su perdón», pensaba. Los imaginaba riéndose de mí mientras ella sujetaba a su nieta en brazos... con los dos brazos, claro. Esa imagen de mi mente era tan dolorosa que tenía que encerrarme en mi dormitorio a rabiar hasta quedarme dormido. Pero esos pensamientos no eran solo fruto de mis inseguridades; estaba y estoy convencido de que mi madre cuidó a su nieta mucho mejor de lo que hubiera deseado que me cuidara a mí.

Lo ideal habría sido poder compartir estos sentimientos con alguien, pero, de momento, no había nadie en quien confiara tanto como para mostrarme así de vulnerable. Así que no podía hacer otra cosa que hablar solo. Debía hacerlo en mis aposentos y a poder ser en voz baja; no podía permitirme que me escuchara algún soldado porque, a las pocas horas, toda Éfira pensaría que su rey se había vuelto loco. Ese era el inconveniente de que mis ciudadanos fueran

estúpidos: creían que hablar solo era un síntoma de locura. Menudos idiotas... pero valía la pena si después podía moldearles el cerebro como si fuera plastilina.

—Escúchame, Sísifo —me dije mirando al espejo.

—Te escucho.

—No serás mala persona por tener hijos con la hija de tu hermano, simplemente lo harás para cumplir el sueño que has tenido desde que eras pequeño. ¿Entendido?

Apoyé mi mano en el cristal, a la altura del hombro, simulando que se lo hacía a mi otro yo.

—Bueno... un poco sí que lo sería, porque ella no tiene la culpa de que su padre haya nacido.

—Por supuesto que no, pero tampoco la tienes tú. ¡Y bien que lo has sufrido!

—Baja la voz, haz el favor.

—Disculpa.

—No pasa nada, sigue.

Carraspeó, o sea, carraspeé... Bueno, ya me entiendes.

—Decía que lo has sufrido y lo seguirás sufriendo hasta el fin de tus días si no haces nada al respecto.

—Te entiendo, y créeme que deseo estar de acuerdo contigo, pero eso no es suficiente para justificar un acto tan atroz como tener hijos con mi sobrina para que maten a mi hermano.

—Cosas peores se han visto...

—Qué comentario tan estúpido.

—¿Por qué?

—Que haya gente peor no me hace ser mejor.

—Di lo que quieras, pero así es como calificamos la bondad: comparando. Si un pobre solo tiene un trozo de pan para comer y le da la mitad a otro, es un hombre bondadoso porque la mayoría, en

su lugar, no lo haría; de lo contrario, sería un acto normal y corriente.

Di un gran suspiro. Hablar conmigo era agotador, siempre acababa cambiando de tema o profundizando demasiado. Me abofeteé levemente y di un par de saltos para seguir con mi conversación.

—Tú solo piensa en lo feliz que serás cuando Salmoneo ya no esté. ¿No crees que valdrá la pena?

—Seguramente, pero sigue sin ser justo para ella. Tarde o temprano se enterará y...

—Pues que no se entere —me interrumpí—. Ámala, adórala, cuídala como si fuera la mujer de tu vida.

—¿Y engañarla durante tanto tiempo?

—¿Acaso no será gracias a ella que te librarás de tu hermano? ¿No es ese motivo suficiente para quererla genuinamente?

Me separé del espejo y aplaudí satisfecho con esa intervención. Rápidamente me concentré para interpretar a mi otro yo, el que había recibido esa excelente reflexión.

—Visto así...

—Además, conociendo a Salmoneo, seguro que le escoge un marido que la trate como si fuera basura. Así que, casándote con ella, la estarías protegiendo.

—Mi mentira le salvaría la vida.

—Y acabaría con la de tu hermano.

Ambos sonreímos.

—Me encanta hablar contigo.

—A mí también.

Choqué los cinco en el espejo.

Tenía que aprender a enamorar a una mujer. Iba bien de tiempo porque Tiro, que así se llamaba mi sobrina, aún era muy joven, pero debía espabilar, ya que nunca lo había hecho y no sabía ni por dónde empezar. No tenía referentes. Mi padre había enamorado a mi madre, eso estaba claro, pues ella sentía auténtica devoción por él, pero no sabía cómo lo había logrado, ya que nunca lo mostró delante de mí. Y, obviamente, no era plan de preguntárselo a estas alturas de la vida y con todo lo que había pasado. Pero, por casualidades del destino, se presentó la oportunidad de resolver mi problema.

Un par o tres veces al mes salía de palacio para pasear por las calles de mi ciudad con mis atuendos más modestos para intentar pasar inadvertido, aunque la presencia de algún guardia a mi alrededor solía delatarme. Pero la gente no me molestaba mucho; si me veían, hacían reverencias y poco más; era agradable, disfrutaba de estas pequeñas expediciones en terreno plebeyo. Uno de esos días, mientras alababa la calidad del membrillo de un comerciante muy simpático, presencié una escena rarísima: una mujer caminaba tranquilamente con su cesta de la compra cuando, de pronto, la interceptó un hombre.

—¡Disculpad, mujer! —exclamó él.

La mujer se giró sobresaltada y vio a ese desconocido señalando el suelo.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Se os ha caído.

—¿El qué? No veo nada.

—Vuestra sonrisa —respondió él relamiéndose los dientes.

La mujer se quedó paralizada durante un largo segundo en el que se le cayó la cesta al suelo y, acto seguido, se llevó las manos a la boca.

—¿Se me ha caído un diente? —preguntó asustada—. ¿Cuál? Ay, por favor, qué vergüenza. ¿Dónde está?

El chico se quedó descolocado; toda esa aura de seguridad con la que se había dirigido a ella se había esfumado y ahora agitaba su cabeza como un cachorrito buscando a su madre.

—Otra vez estos pesados... —murmuró el comerciante, que observaba la escena con hastío.

Lo miré con intención de preguntarle por su comentario, pero unos gritos respondieron por él.

—¡No mires hacia aquí! ¡Que yo no voy a poder ayudarte siempre que te quedes en blanco!

Un hombre fornido y erguido como una torre salió gritando de detrás de una columna, seguido de otros cinco chicos que lo observaban con mucha atención e intentaban imitar sus andares.

—Pe-perdonad, maestro, es que no ha entendido mi piropo y me he colapsado... Quería decirle que... que yo podía devolverle la sonrisa haciéndola muy feliz...

El maestro ignoró por completo a su aprendiz y se dirigió a la mujer:

—Disculpad, bella dama, no hay pieza que falte en vuestra preciosa dentadura, pero hasta vacía como el cerebro de mi discípulo, seríais vos la mujer más hermosa de la ciudad —dijo besándole la mano.

A la pobre mujer se le subieron los colores. Los chicos que venían con él lo aplaudieron eufóricos, como si fueran sus hinchas. El maestro se giró hacia su fallido alumno y señaló toda la comida que se le había caído a la mujer. Rápidamente, el alumno la recogió y la metió de vuelta en su cesta. Luego dijo tímidamente:

—Lo siento mucho.

Ella seguía en *shock*, roja como un tomate, pero todos lo asociamos a que había quedado prendada del maestro y su palabrería.

—No pasa nada, lo importante es que te has atrevido a hablarle a una mujer y eso es un gran avance para ti.

Le dieron la espalda y ella aprovechó para irse. Estaba temblando, seguramente de miedo, aunque en ese momento pensé que era de amor.

—Puede que penséis que hoy vuestro compañero ha fracasado —dijo el maestro a sus discípulos—. Pero eso sería tener una visión de jodido perdedor... ¡y vosotros no lo sois!

—¡No lo somos! —gritaron exultantes, con el puño en alto, al unísono.

—¡Sois ganadores, joder!

—¡Ganadores!

El maestro inspiró aire como si el mismísimo Eros, el dios del amor, le estuviera insuflando sabiduría y caminó entre sus alumnos dedicándoles miradas dominantes.

—Habrà gente a vuestro alrededor que os dirà lo contrario... o incluso se reirán de vosotros, simplemente porque lo estáis intentando. —Se detuvo y apoyó las manos en los hombros de uno de sus chicos—. Pero son ellos los jodidos fracasados. Los verdaderos perdedores. —Todos asintieron—. Voy a convertiros en

unas bestias del amor y sus esposas van a querer dejarlos para irse con vosotros. ¿iEntendido!? —gritó.

—iSí, señor!

—iNo os oigo, joder!

—iSí, señor! —gritaron aún más fuerte.

—¿Qué sois?!

—iBestias del amor! iAu! iAu! iAu!

Saltaron, se golpearon el pecho como gorilas en celo y procedieron a abrazarse unos a otros dándose palmadas en la espalda. El maestro sacó una pequeña bolsa de tela y cada uno de ellos depositó varias monedas dentro. Miré a mi alrededor y vi a unos chicos jóvenes que se acercaban para hablar con él. Hasta yo quería hablar con él. Por muy estúpido que os parezca, había quedado maravillado por su clase de seducción, o lo que fuera aquello. Estaba convencido de que aquel hombre podía ayudarme a enamorar a Tiro, pero alguien como yo no podía acercarse a él en mitad de la calle y pedirle sus servicios. Esas clases eran para hombres inseguros y yo no podía dar esa imagen. Tampoco creía que fuera buena idea enviarle una carta real para citarlo en palacio porque con lo fanfarrón que parecía iría proclamándolo por todas las esquinas. Debía encontrar otra manera de citarme con él sin que nadie sospechara.

—Majestad —dijo el comerciante—. Dudo mucho que ese hombre pague los impuestos correspondientes a esos cobros.

Definitivamente, aquel era mi día de suerte.

—¿Cómo te llamas? —pregunté con un tono amenazante.

—Mélope, majestad.

Lo tenía de rodillas, custodiado por mis soldados, en el suelo de la sala de mi trono. Había ordenado que lo detuvieran por evasión de impuestos y lo llevaran ante mí.

—¿Y cómo te va el negocio, Mélope?

—Me temo que no sé de qué me habláis, majestad. No tengo ningún negocio.

Uno de los guardias le golpeó en la nuca, pero apenas se dobló hacia delante.

—Disculpa a mi guardia, no le gustan las mentiras.

Mélope se recolocó la densa cabellera oscura detrás de las orejas.

—Si con negocio os referís a la ayuda que ofrezco a los hombres de esta ciudad... me va bien.

—¿Desde cuándo las ayudas son a cambio de dinero?

—Lo que gano por estas clases es algo simbólico, majestad.

—¿Simbólico como tus impuestos?

No dijo nada, pero su mirada se desvió hacia mis soldados; no se le veía muy cómodo después del leñazo que había recibido. Les hice un gesto para que salieran.

—Me importa un pimiento que no pagues impuestos, Lope. ¿Puedo llamarte Lope?

Tardó unos segundos en reaccionar, pero asintió. Mi cambio de actitud lo había descolocado.

—He visto lo que haces con esos chicos —seguí—. ¿Harías lo mismo conmigo?

Sus ojos oscuros se ensancharon, como si el mismísimo Érebo, ente de la oscuridad, fuera a engullir la luz de la estancia. Se puso en pie.

—Por supuesto, majestad. Sería todo un honor para mí, aunque... no creo que os haga falta mi ayuda... Cualquier mujer querría estar con vos.

«Chico listo», pensé.

—No quiero a cualquier mujer —dije—. Quiero a una que tiene nombre.

—Mientras no tenga marido...

—No lo tiene.

—Pues será pan comido, majestad —dijo confiado—. ¿Quién es la afortunada?

Era demasiado pronto para confiar en él. No podía decírselo todavía.

—Como sabrás, los matrimonios de la realeza no son solo la unión de un hombre y una mujer, sino también un acuerdo entre reinos en el que se negocia con tierras y propiedades, entre otras cosas, así que por un tema de seguridad no voy a poder desvelar su identidad hasta que nos acerquemos al momento de pedirle la mano.

—Por supuesto, majestad, lo entiendo perfectamente, os pido disculpas por mi atrevimiento.

Me resultaba extraño verlo tan sumiso después de haber presenciado su clase, en la que se paseaba como un pavo real.

—Dime, Lope. ¿Quién fue tu maestro?

—¿Mi maestro, majestad?

—Eso he dicho. ¿Quién te enseñó todo lo que sabes del arte de «enamorar»?

Lope miró al suelo y titubeó un poco. Me levanté del trono y lo invité a caminar por la sala a ver si así se le desatascaba la lengua.

—Mi padre estuvo con muchas mujeres.

—¿Antes de conocer a tu madre?

—Y después, majestad.

—Ah...

—Sí, tenía un problema, cada vez que se cruzaba con una mujer necesitaba seducirla, no sabía hablarles de otra forma.

—¿Delante de tu madre también?

—Sí, sí, le daba igual quién estuviera presente. Se acercaba a ellas, le susurraba cosas al oído, ellas reían... Podía desaparecer durante días y despreocuparse por completo del ganado, que ese era su trabajo y lo que nos daba de comer. Cabe decir que mi padre era muy atractivo, en caso contrario no hubiera tenido tanto «éxito».

—¿Era?

—Lo encontraron muerto en mitad del bosque. Nunca supimos con seguridad qué había pasado, pero todo apuntaba a que otro hombre, seguramente el marido de alguna mujer a la que intentó seducir, lo mató de un golpe en la cabeza y lo arrastró hasta allí. Había manchas de sangre por el camino. Pero su muerte alivió a todos los hombres del pueblo y nadie quiso investigar.

—Vaya, lo siento.

—Yo era muy pequeño.

—Has dicho que si no hubiera sido tan atractivo no habría tenido tanto éxito... ¿Eso se lo dices a tus alumnos?

Se le escapó una leve carcajada.

—Yo tengo dos teorías, majestad. Un hombre bello puede conseguir enamorar a una mujer por su aspecto sin necesitar la ayuda del dios Eros, pero arriesgándose a que la vejez rompa su relación. Y un hombre no tan bello puede conseguir enamorar a una

mujer por su dedicación, su palabrería, demostrando devoción por ella... pero se necesita que Eros, o la propia diosa Afrodita, lo vea y se sientan halagados por su confianza en ellos y en lo que representan. Será entonces cuando Eros, a modo de agradecimiento, disparará una de sus flechas y nacerá un amor eterno y recíproco. Por eso mis alumnos son todos feos, porque los guapos creen que no necesitan a los dioses del amor.

—Entiendo... Pero ¿dónde está el truco?

—¿Majestad?

—No te hagas el tonto conmigo, Lope. Tú no has montado una escuela, tú has montado un negocio. Estos chicos creen que te necesitan porque piensan que solo tú puedes enseñarles a enamorar a una mujer. —Lope tragó saliva—. Si vas a trabajar para mí debes ser sincero. ¿Qué es lo que les vendes?

—Seguridad. Ya está. Hay dos tipos de hombres, los seguros y los inseguros, pero sin unos no existirían los otros. La clave no es lo que les digas, sino el cómo. Además, me ven a mí, grandullón, confiado, hay mujeres que me miran... Soy su referente y aspiran a ser como yo. Pero no para conseguir una mujer, formar una familia y ser felices para siempre, no. Sino para ser yo. Quieren convertirse en el maestro de los que vengan después, porque como vuestra majestad ya sabrá... liderar es muy placentero y los hombres, desde siempre, estamos obsesionados con ello.

—Pero tú no estás enseñándoles para que te quiten el trabajo... ¿Me equivoco?

Sonrió.

—Digamos que les enseño lo suficiente para que vean una mejora, pero no tanto como para que crean que ya no me necesitan. Por ejemplo, la mayoría son chicos que están centrados única y exclusivamente en ellos mismos, así que les enseño a halagar a las

mujeres, pero no a escucharlas. De ese modo cualquier relación que construyan estará destinada al fracaso porque no considerarán que la voluntad de la mujer sea algo a tener en cuenta y, cuando la relación termine, volverán a mí, heridos y enfadados, pero no conmigo, sino con ellas, porque su falta de escucha les hará creer que «todas las mujeres son iguales».

Lope era un manipulador nato. Juntos podíamos conseguir grandes cosas.

—Entiendo... Pues, como sospecharás, yo no quiero quitarte el trabajo.

Él se rio tímidamente.

—Pero sí que necesito tus consejos... los verdaderos.

—Sois un hombre bello e inteligente, majestad.

—Supongo que no hace falta decir que todo esto es confidencial y que el castigo que recibirías sería la muerte —dije cortante.

—Mis labios están sellados.

—Bien, Lope... bien.

Le di unos golpes amigables en el hombro.

—¿Cuándo queréis empezar, majestad? Si lo deseáis, puedo apuntaros mi horario...

—¿Horario? ¡Ha, ha, ha! Pero ¿qué dices?

—¿Qué ocurre, majestad?

—¿No pensarás seguir con tus otras clases?

—Pero necesito el dine... O sea, tengo que ayudarles.

—Voy a pagarte cincuenta veces lo que sea que ganes con cada clase, vas a vivir aquí con todos los gastos pagados y, por supuesto, nunca más tendrás que preocuparte por los impuestos. ¿Qué te parece? ¿Sigues teniendo un horario? ¿O te unes a mi equipo de consejeros?

Lope sonrió.

—Soy todo vuestro, majestad.

La compasión que podía sentir por mi inocente sobrina fue desvaneciéndose a medida que se acercaba el momento de poder cortejarla. Viéndolo con perspectiva, me doy cuenta de que la deshumanicé y Tiro pasó a ser una misión más para lograr mi objetivo final. Entiendo que puedas odiarme por esto, querido lector (o lectora, o lectore, quien sea que me esté leyendo ahora mismo), pero yo no elegí ser así. No olvides que soy fruto de una infancia sin amor ni empatía.

—Majestad, ¿estáis vos seguro de que no hay ninguna manera de llevar la teoría a la práctica?

Lope estaba un poco frustrado. Llevábamos dos años trabajando su teoría de la seducción, pero no había podido probar todavía sus métodos, era pronto. Aún debía esperar dos o tres años más para ponerme en contacto con Tiro. Pero durante todo este tiempo habíamos construido una relación que era lo más parecido a una amistad que había tenido en toda mi vida. Se estaba involucrando mucho y me hacía sentir que, prácticamente, aquella era una misión de los dos. Y por ese motivo sentí que era un buen momento para contarle la verdad. De ese modo comprendería el porqué de la espera. O eso pensé yo...

—Quiero casarme con la princesa de Élide —le solté.

Iba a responder algo, pero sus pensamientos lo interrumpieron y su expresión cambió.

—¿Élide? Vaya, no sabía que había dos reinos con el mismo nombre.

—Solo hay uno.

—Ah, entonces debo recordar mal el nombre del reino de vuestro hermano Salmoneo...

—Tu memoria está bien, Lope —lo interrumpí.

Se quedó en silencio, esperando a que negara o confirmara lo que él sospechaba, pero no dije nada.

—Disculpadme, majestad, pero creo que no estoy muy seguro de quién es la princesa de Élide.

—Es mi sobrina.

Lope palideció de golpe, como si algo le hubiera sentado mal. Se tambaleó un poco y apoyó la mano en una mesita; al recibir su peso, se rompió una de sus patas y el maestro de la seducción cayó de espaldas al suelo. Se escuchó un fuerte golpe y de la parte trasera de su cabeza empezó a salir un poco de sangre. Estúpidas caídas...

—¿Te has hecho daño? —pregunté angustiado por si iba a quedarme sin maestro.

—Creo que sí... —respondió con un hilo de voz.

—¿Puedes recuperarte solo o necesitas ayuda?

—Ayuda... por favor.

Estaba preocupado, pero tampoco tanto como para romper el protocolo, así que fui hacia la puerta de la habitación, pasando por encima de Lope, e hice sonar la campana. A los pocos segundos llegó un criado.

—¿Qué deseáis, alteza?

—Tengo al consejero Mélope en el suelo.

El criado lo miró con desprecio.

—¿Está muerto, alteza?

—¡No! —gritó Lope levantando una mano.

—¿Queréis que lo esté? —me susurró.

—¡No! —grité yo—. O sea, no —añadí más calmado—. Con que alguien lo ayude a ponerse de pie, será suficiente.

—Como deseáis, alteza.

—Sangre... tengo... —murmuró Lope.

—Ah, sí. Y alguien que le mire la cabeza, que le sale sangre —añadí.

El criado hizo una leve reverencia y se retiró. Me dirigí a una silla que había al lado de Lope y me senté.

—Ahora vendrá alguien, no te preocupes.

—Gracias...

—Se me ha olvidado decirle al criado que traigan otra mesita. Recuérdate que se lo pida cuando vuelva.

—Faltaría más... —dijo con cierta sorna.

—¿No vas a preguntarme por qué quiero casarme con mi sobrina? Tardó en contestar.

—No estoy seguro de querer saberlo, majestad.

—No es por lo que crees, Lope. No soy uno de esos hombres que quieren robarle la inocencia a las chicas jóvenes.

Levantó un poco la cabeza y pude ver alivio en su mirada.

—Tiene que ver con una profecía del oráculo.

—¿Una profecía? ¿Es algo grave?

En un principio, tenía la intención de contarle toda la verdad. Pero después de ver cómo le había cambiado el rostro al darse cuenta de que me estaba ayudando a enamorar a mi sobrina... supe que no lo iba a entender. Había sobrevalorado nuestra amistad. No me quedó otra que acabar mi confesión con una gran mentira.

—Lo es. Si no consigo casarme con la hija de mi hermano...

Tragué saliva, simulando que contenía el llanto.

—¿Qué?! —preguntó asustado.

Respiré profundamente y solté el aire muy despacio, creando una intriga que ni el mejor de los *realities*.

—La ciudad de Éfira será reducida a cenizas. Nadie sobrevivirá.

—¿iQué!? —gritó él.

Me había pasado tres pueblos, lo sé, pero mentir sin riesgo de que te pillen, sin darle la oportunidad al otro de descubrir tu engaño, es de cobardes y yo nunca lo he sido. Que Lope fuera tan tonto como para creerme no era problema mío. De pronto, detrás de la puerta, se escuchó un ruido y unos pasos que se alejaban a gran velocidad. Salí a echar un vistazo y, al final del pasillo, vi la silueta de un criado que huía despavorido. Dobló la esquina y desapareció de mi vista. En el suelo, enfrente de la puerta, estaba el material necesario para curar a Lope.

No sabría decir si prefería la adrenalina que sientes cuando mientes o cuando la mentira se descontrola. Es como preguntarle a una madre cuál es su hijo favorito, excepto si se lo preguntáis a la mía, que lo tenía clarísimo. Amaba esa tensión, esas mariposas en el estómago que revoloteaban con fuerza ante el peligro de que sucediera una catástrofe. Era como una adicción para mí. Apenas unos minutos después de que mi criado escuchara lo que le había explicado a Lope, ordené que cerraran las puertas de la ciudad para que no saliera ni entrara nadie y que, por todos los dioses, alguien viniera a curar al pobre doctor Amor, que seguía sangrando en el suelo.

Como era de esperar, la trola de que si no me casaba con Tiro la ciudad iba a ser destruida y todos moriríamos corrió como la pólvora y hubo gente que empezó a empaquetar sus cosas para escapar antes de que fuera demasiado tarde, aunque ya lo era. Éfira estaba cerrada. Tenía que organizar una estrategia, un plan para contener el caos y controlar a mi gente. Siempre he pensado que, cuando alguien descubre que mientes o que escondes algo, lo más inteligente es reconocerlo, aceptar que te han pillado y, a partir de allí, pensar en otra cosa. Pero en mi caso la información que les había estado ocultando y que les atañía directamente era otra patraña. Entonces, ¿qué debía hacer? ¿Decirles que eso también era falso y arriesgarme a que pensarán que su rey era un mentiroso compulsivo? Ni loco. Sería mi fin. Tenía que seguir mintiendo, ahora

ya no podía parar. Si todos mis ciudadanos creían que eso era verdad, así iba a ser. Pero yo tenía que jugarlo a mi favor. Había llegado el momento de descubrir si, en el terreno del engaño, era tan bueno como pensaba.

—¡Queridos conciudadanos! —grité desde el balcón real.

Había ordenado a toda la gente de Éfira que se reuniera enfrente de mi palacio para darles explicaciones sobre lo que habían descubierto ese mismo día.

—¡Nadie puede huir de una profecía! —añadí.

La gente murmuró y se oyeron algunos gritos, pero alcé la mano para que guardaran silencio y se calmaron los unos a los otros para escuchar lo que les iba a decir.

—¡Pero de todos depende que la muerte no se propague por nuestro hogar!

El silencio se apoderó de la plaza hasta que alguien lo interrumpió hablando por todos los presentes.

—¿¡Y cómo queréis que hagamos eso!?

«¡Exacto!» «¿Qué podemos hacer nosotros?», se preguntaban entre ellos. Volví a levantar la mano y guardaron silencio de nuevo. Era fascinante que con un solo movimiento los pudiera hacer callar. Tardé unos segundos en seguir con mi discurso. Debía saborear este momento, pues no sabía cuánto tiempo más mantendría este poder. Eso sí, me crecí tanto que, al final de mi alegato, lo di todo.

—¡Algunos de vosotros habéis intentado huir de vuestra casa dejando relucir así vuestra poca confianza en mí! —exclamé fingiendo resentimiento—. ¡Pero os perdono! ¡Al fin y al cabo, no sabéis si estoy dispuesto a hacer lo que dijo el oráculo! —Hice una breve pausa para beber agua de mi copa. La incertidumbre generada por lo que iba a decirles a continuación podía cortarse con una espada—. ¡Y, en el caso de que accediera, nunca he estado

casado, así que entiendo que os provoque inseguridad que vuestra vida dependa de que yo convenza a la princesa de Élide para que sea mi esposa! —Hice otra pausa completamente necesaria para que este momento fuera recordado para la posteridad—. ¡Pero lo haré!

Una ola de gritos de euforia y aplausos inundó el lugar. Lo había conseguido, se lo habían tragado. Yo me limité a sonreír como el amo que observa a su perro encontrar las chuches que ha repartido por el jardín. Les permití varios segundos más de celebración y alcé la mano de nuevo para finalizar mi discurso.

—¡Así que, si queréis vivir, guardad el secreto de esta profecía y cuando traiga a Tiro a esta hermosa ciudad nuestra, porque tened por seguro que voy a traerla, llenad las calles de flores, vestíos con vuestras mejores prendas y mostrad la mejor de vuestras sonrisas para darle la bienvenida a su nueva casa! ¡Si hacéis eso, viviremos!

Me vitorearon de nuevo.

—¡Yo nunca os abandonaré! ¡Tampoco lo hagáis vosotros!

La gente se volvió loca. Se emocionaron, me aclamaron, corearon mi nombre: «¡Sí-si-fo! ¡Sí-si-fo!». Había engañado a toda una ciudad, o quizá no a toda, pero nadie iba a poder comunicarse con el exterior sin que me enterara, así que mi plan estaba protegido. Me sentía imparable, poderoso; en definitiva... un dios. Caminé hacia el interior de palacio despidiéndome de mis súbditos, pero cuando puse un pie dentro y el griterío quedó atrás, me invadió el pánico. Fue como si la inseguridad de la que me había desprendido allí fuera estuviera esperándome con todos mis miedos para que los sufriera de nuevo. Si no conseguía casarme con mi sobrina y nadie moría, teniendo en cuenta como me habían ovacionado, me abuchearían o, peor aún, me matarían. Por mucho menos se han derrocado a reyes. ¿Iba a ser así mi final? ¿Iba a morir apaleado por mi propio pueblo? Primero las peleas con mi hermano, luego Tisífone, ahora mi

pueblo... Sentía que la muerte me perseguía cada vez que intentaba provocar el fallecimiento de Salmoneo. Y ya no podía dar marcha atrás y olvidar mi odio innato hacia él, pues acababa de hacer partícipe a toda Éfira, tenía que hacerlo sí o sí. Toda la confianza que había sentido allí fuera se desvaneció en el mismo instante en que este miedo apareció en mi cabeza. Me vine abajo. Lope, que había escuchado todo el discurso, vino corriendo a felicitarme, pero al ver mi rostro apenado se asustó.

—Majestad, ¿os ocurre algo?

No escondí mi malestar, no tenía sentido hacerlo, ya me había visto y, sinceramente, necesitaba mostrarme un poco vulnerable.

—¿Y si no sale bien...?

Mis palabras temblaron. De pronto, el maestro, que había adoptado una actitud más bien sumisa desde que entró a formar parte de mi equipo de consejeros, cambió radicalmente. Su mirada, su postura, su tono... se amoldaron a lo que yo necesitaba en ese momento. Se apoderó de la entereza que me faltaba y Lope volvió a ser ese gurú que conquistaba las mentes de los hombres feos de mi ciudad. Erguido como una lanza, dio un firme paso hacia mí, me puso las manos sobre los hombros y me miró fijamente a los ojos.

—Que sea la última vez que dudáis de vos, majestad.

Asentí como si me lo hubiera dicho mi padre. Lope miró a su alrededor, para asegurarse de que nadie estaba lo suficientemente cerca como para escucharnos.

—Majestad, hay algo que podemos hacer para que el dios del amor garantice vuestra unión con la princesa Tiro —susurró.

—¿Rezarle?

—Sí, pero no a él, sino a su madre, la diosa Afrodita.

Resoplé.

—No sé yo si funcionará... Mi madre le rezó durante mucho tiempo para que mi hermano y yo nos lleváramos bien y no le hizo caso...

—¿Qué os he dicho de dudar? —me interrumpió.

—Pe-perdón.

—Rezar no siempre es suficiente, majestad. Si queréis ganáros el cariño de los dioses, debéis hacer sacrificios, debéis matar animales en su honor.

—¿Qué clase de animales?

—Ganado.

—Madre mía... ¿A cuántos?

—Una hecatombe.

Me llevé las manos a la cabeza. Eso era equivalente a cien bestias.

—La gente se va a enfadar, Lope. Son muchos animales. Es su comida y su negocio... Habrá gente que se quedará sin nada que comer durante un tiempo.

—Con todo el respeto, majestad, es eso o morir.

Obviamente, eso no era cierto, las únicas que iban a morir eran esas pobres bestias. Así que no dije nada, solo lo miré y asentí como si su intervención hubiera sido reveladora.

—Además, tendrán una última noche de placer.

—De acuerdo, pero no hace falta pensar en eso aún. Ya lo haremos cuando se acerque el momento de cortejar a la princesa.

—No debéis esperar tanto, majestad. Tenéis que hacerlo ahora. Lo miré sobresaltado.

—¿Qué dices?

—Como bien sabéis, a la diosa Afrodita no se la puede adorar un día y esperar que cumpla su deseo al siguiente, majestad. Aunque

se le brinde una hecatombe, hay que hacerlo con mucho margen de tiempo.

—Pero, Lope..., acabo de cerrar las puertas de mi ciudad. Si ahora les digo que hay que sacrificar a gran parte de su alimento...

—Lo entenderán, majestad. Es eso o morir, no lo olvidéis.

—Está bien... daré la orden.

El titán Prometeo creó a los humanos por orden de Zeus y este le prohibió darles el fuego por miedo a que descubrieran el universo de posibilidades que otorga el dominio de este elemento, adquirieran más conocimientos y, en definitiva, se fliparan y se creyeran dioses. Salió mal porque Prometeo hizo caso omiso de estas órdenes y nos lo dio igualmente, pero, antes de eso, le hizo otra jugarreta a Zeus. Se decidió que los humanos debían agradecer su existencia a los dioses mediante sacrificios de animales, pero que no hacía falta ofrecer todo el animal, sino que con una parte era suficiente. Pero ¿cuál? La mejor, pensaréis. Pues no: Prometeo descuartizó un buey, puso la carne del animal en un lado y los huesos en el otro, pero estos últimos los cubrió con un montón de grasa para que parecieran más apetitosos. Zeus tuvo que escoger cuál de los dos montones iba a ser lo que les ofrecerían los mortales en los sacrificios y, sin ser consciente de ello, eligió los huesos.

Así que ahora mis ciudadanos de Éfira debían hincharse a comer buey porque hasta dentro de bastante tiempo no volverían a tener suficiente ganado y no disponíamos de congeladores para conservar la carne de la hecatombe, principalmente porque no existía tal cosa. Para mi sorpresa, la gente entendió que era una medida necesaria para poder sobrevivir y no hubo ninguna queja. Al menos durante la primera semana. Cuando anuncié esta medida solo podían pensar en que iban a comer buey hasta reventar durante varios días y nadie protestó, sino que, al contrario, se alegraron, pero cuando se les

acabó la carne y se dieron cuenta de que no volverían a comerla hasta nuevo aviso, empezaron a ponerse nerviosos.

—Quizá habría que comprar ganado a los reinos vecinos, alteza —dijo consejero uno.

—Eso es una locura, sabrán que tramamos algo, mi bello rey —añadió consejero dos.

—¿«Bello rey»? —susurró Lope mirándose extrañado.

Me reí. Era la primera reunión de crisis que convocaba desde que Lope formaba parte de mi círculo de confianza.

—Ya lo hablamos en un principio. No podemos pedir ayuda a nadie, sería peligroso —dije.

—¿Y si se la pedimos a Autólico, alteza? —insistió Uno.

Consejero dos le pegó un empujón que casi lo tira al suelo. Había que estar muy desesperado para proponer tal cosa... y quizá lo estaba. Autólico era un ser despreciable, un vecino que vivía a las afueras de la ciudad porque nadie lo quería allí dentro y que tenía su propio ganado. El motivo por el que todos lo odiábamos es porque era un ladrón y un embaucador. Pero no un mentiroso como yo, que me lo había currado. Su padre era el dios Hermes y, gracias a eso, había heredado el don de la mentira. Sin esfuerzo alguno. Un *nepo-baby*, vamos, como la mayoría de los hijos de dioses. Pero ese no había sido el único poder que había heredado: también podía transformar cosas. El muy miserable venía a mi ciudad a vender piezas de oro —reliquias, jarrones y otros objetos, aparentemente, de alto valor— a un precio más bajo de lo normal. Y, claro, la gente se lo compraba todo. Luego volvían a sus casas y, al ponerlo en una estantería, el jarrón se convertía en un trozo de madera y el oro en piedra. Pero él seguía viniendo y la gente, por mucho que supieran que los había timado, continuaba cayendo en su trampa y comprando sus mierdas porque los enredaba con su palabrería y los

acababa convenciendo de que todo habían sido imaginaciones tuyas. Por suerte, el confinamiento lo pilló fuera de la ciudad, pero seguía siendo un peligro para todos y, obviamente, no iba a formar parte de ningún plan. La parte buena es que podíamos descansar de él... por el momento.

—Gracias por vuestros consejos —dije con sarcasmo—. Fuera.

Los tres inclinaron la cabeza e hicieron el ademán de irse, pero agarré a Lope del brazo para que se quedara. Esperé a que los otros dos se fueran y me dirigí a él. Había tenido una idea un poco loca y quería probar suerte.

—¿Tú tenías ganado, Lope?

—¿Yo, majestad? —preguntó confuso.

—Creo recordar que dijiste que cuando tu padre se iba con sus amantes, tu madre y tú debíais ocuparos del ganado.

—¡Ah, sí! Pero hace mucho tiempo que no tenemos animales, mi madre no quiso mantener ese negocio y los vendió. Si no, os los hubiera ofrecido a vos, majestad.

—Lo sé, Lope, lo sé. Pero no lo decía por eso... —Me acerqué a él para hablarle más bajito—: ¿Alguna vez has preparado carne?

—Claro... —respondió imitando mi tono de voz.

—Quizá esto que te voy a preguntar te parece una estupidez, porque yo no he cocinado en mi vida... pero ¿crees que sería posible imitar el sabor de la carne con otros alimentos?

Lo bueno de ser rey era que podía hacer todo tipo de preguntas sin miedo a que me trataran de idiota, básicamente porque si lo hacían tenía la potestad de ordenar que los ejecutaran. Pero Lope estuvo lejos de verse obligado a contener las ganas de burlarse de mí. Al contrario, parecía que mi idea había despertado algo en él.

—¿Sabéis, majestad? Siempre he pensado que a los humanos no nos gusta la carne, sino lo que la acompaña.

—¿A qué te refieres?

—Majestad, ¿vos seríais capaz de darle un mordisco a la pierna de un buey y acto seguido coméroslo, como podría hacer un león?

—Por supuesto que no. Qué desagradable —respondí angustiado con solo imaginármelo.

—A eso me refiero... Necesitáis que esté cocinada, sazonada, con especias y alguna que otra salsa.

Di unas cuantas vueltas por la sala reflexionando sobre lo que acababa de escuchar hasta que me iluminé y me volví hacia él.

—¿Estás diciendo que el sabor de la carne no tiene por qué ser el de la propia carne?

—Eso es.

—Tengo otra pregunta, Lope.

—Soy todo oídos, majestad.

—El aspecto de la carne cocinada... la forma, el color... ¿Crees que sería posible imitarlo?

Se lo pensó unos segundos.

—Podría intentarlo, majestad, pero... ¿qué pretendéis, exactamente?

Apoyé las manos sobre sus hombros y le dediqué la mejor de mis sonrisas.

—Voy a hacerles creer que están comiendo carne. Y tú me vas a ayudar.

Imagínate que estás con tu familia volviendo a casa en coche después de un largo viaje y estás mareado, cansado y con ganas de ir al baño. Les preguntas lo típico de «¿Cuánto falta?» y te dicen «Treinta minutos. ¡Y cállate ya!». A ti no te queda otra que asimilar y aceptar que ese es el tiempo que tardarás en poder estar bien. No hay nada que puedas hacer para llegar antes. Te adaptas en cuerpo, mente y alma. Pero... ¿qué pasa si al cabo de diez minutos llegas a tu destino? El sentimiento de felicidad es mucho mayor porque no te lo esperas. Es como un regalo divino. Como si el titán Cronos se hubiera compadecido de ti y hubiese contado más rápido. Pues ese es el truco para quitarles derechos o privilegios a tu pueblo. Si les quitas todo, pero les devuelves la mitad, se lo tomarán mejor que si, directamente, les quitas la mitad.

Habían pasado dos meses desde la última vez que mis súbditos comieron carne. Quizá sea importante destacar que ni yo, ni mis consejeros ni ninguno de mis soldados habíamos renunciado a la carne. Éramos el sostén del reino y no podíamos estar alterados, como claramente lo estaban los demás. Obviamente nuestro ganado no estaba formado solamente por cien bueyes, pero la hecatombe sí que supuso una pérdida importante. Y si a eso le sumas que no podíamos comprar animales a las ciudades vecinas por el riesgo de que sospecharan, pues alguien tenía que quedarse sin carne. Y, de toda la vida, el que pringa es el pueblo. Hubo altercados. Algún intento de protesta y alguien que se coló en el palacio para robarme

la comida. Pero fui indulgente y no ordené su ejecución. Por suerte, Lope dio con una mezcla de legumbres y cereales que, junto con especias y una salsa especial que aprendió a preparar de su madre, parecía un plato de carne. Pero ¿sabría igual?

—¿Qué os parece, majestad?

Estaba genuinamente asombrado: el color, la forma...

—¿Estás seguro de que esto no es carne?

Sonrió.

—Por supuesto, majestad. Lo he hecho yo, con mis propias manos.

Estuve unos segundos en silencio, observando el plato como si tuviera a un dios olímpico durmiendo profundamente enfrente de mis narices.

—¿Lo has probado?

Negó con la cabeza.

—Creía que vos queráis ser el primero, majestad.

—Eso dije.

—¿Ya no queréis, majestad?

—No lo sé. Estoy muy confuso. Tengo sentimientos encontrados, Lope.

Se acercó y me apoyó la mano en el hombro.

—Podéis compartirlos conmigo, si os apetece.

Era la segunda vez que había contacto físico por su parte. No estaba acostumbrado a que alguien me tocara, y menos aún un hombre. Pero no me molestó, al contrario. Era agradable sentir el calor de otra persona.

—Sé que es algo que normalmente no me comería con gusto, pero lo miro y... me parece realmente delicioso.

—Entiendo, majestad. ¿Qué os dice vuestro instinto?

—Que lo pruebe.

—Pues dejad a un lado vuestros prejuicios y probadlo, majestad.

De pronto me di cuenta de que, desde que había colocado su mano encima de mí, no había apartado mis ojos de los suyos. Cada vez que los miraba me sorprendía su oscuridad: eran casi opacos, negros como el rincón más lóbrego de Gea. Siempre se ensalzan los ojos claros, pero la brujería que desprenden aquellos en que no se diferencia la pupila del resto del globo es extraordinaria. Me sumergí en la profundidad de su mirada como si estuviera cayendo al vacío y, durante un largo segundo, sentí una atracción incontrolable. Tuve el impulso de abalanzarme sobre él y besarlo, pero, en cuanto pestañeó, me liberé y fui consciente de lo que estaba a punto de hacer. Rápidamente, me volví hacia el plato de comida. No podía enrollarme con Lope, no era inteligente por mi parte mezclar el trabajo con el placer. Sentí vergüenza por si él se había dado cuenta y de los nervios me metí casi toda la comida en la boca.

—Me cago en todo, Lope —dije con la boca llena.

Retrocedió asustado.

—¿No os gusta, majestad?

Tardé unos segundos en responder, necesitaba tragar.

—¿Gustarme? Esto está buenísimo. ¿Cómo cojones lo has hecho?

Disculpa mi lenguaje, querido lector. Cuando mis papilas gustativas son gratamente sorprendidas me emociono. Aunque hubiera sido menos soez si hubiera sido su boca y no su comida lo que hubiese probado... creo.

—Cereales y legumbres, majestad. ¿De verdad os gusta? —exclamó aliviado.

—Está de locos.

—¡Qué alegría! ¿Creéis que puede pasar por carne, majestad?

Mi respuesta no fue tan inmediata.

—Eso no lo tengo tan claro, Lope. Pero quizá es porque la última vez que comí carne fue este mediodía...

—Ellos llevan dos meses, majestad.

—Exacto. Quizá lo echan tanto de menos que no se darán cuenta.

—Pero ¿hay algún modo para poder estar seguros de ello, majestad?

Lo había. Podíamos dárselo a probar a un ciudadano cualquiera, incluso a un preso, si queríamos ahorrarnos un posible chismorreo por si la idea fracasaba. Pero ¿dónde estaba la gracia entonces?

—No, Lope, tendremos que arriesgarnos —dije fingiendo pesar cuando por dentro estaba inundado de adrenalina.

—¿Estáis seguro, majestad? Se me ocurre que podríamos...

—Organizaremos una cena enfrente de palacio —lo interrumpí—. Se invitará a toda la ciudad y se anunciará que la carne ha vuelto y habrá para todos, pero se repartirá cocinada, directamente de la olla.

—¿Ma-majestad?

—Que cada uno traiga su plato y sus cubiertos. Comeremos mezclados unos y otros y será una noche en la que todos seremos iguales porque todos comeremos lo mismo, como si estuviéramos en Delfos. El pueblo estará entusiasmado.

Lope me miraba agobiado.

—Pero... yo solo no puedo cocinar para toda Éfira, majestad.

—No te preocupes por eso. Tendrás a mis cocineros a tu disposición y podrás delegar el trabajo. Me aseguraré de que guarden nuestro secreto. Y, si sale bien, lo haremos tres noches a la semana hasta que me gane el corazón de Tiro y podamos comprar más ganado.

—¿Y si no sale bien... majestad?

Puse las manos encima de sus hombros y lo miré fijamente a los ojos.

—¿No eras tú el que me dijo que no dudara de mí?

Se le escapó una carcajada.

—Tenéis razón, majestad. Saldrá bien.

«O no», pensé. Pero si temía a la muerte era porque amaba vivir. Si dejaba que el miedo impidiera llevar mis emociones al límite y jugármela... ¿qué diferencia había con estar muerto?

No sabía que la carne fuera tan adictiva. El rostro de la gente que hacía cola para que le sirvieran la cena reflejaba una mezcla de entusiasmo y desespero, como si estuvieran muertos de hambre y por fin tuvieran algo que llevarse a la boca, aunque lo único que no comían era carne. Lope y yo estábamos tan impacientes porque comieran como ellos por comer. Ordené que construyeran una gran mesa en la plaza para que todos nos sentáramos a disfrutar de la cena, él y yo ya estábamos allí esperando al resto.

—Espero que haya quedado buena, majestad.

—¿Todavía no la has probado?

—Creí que vos queríais ser el primero, majestad.

—Lope, ¿insinúas que con la tontería esa de dejarme ser el primero aún no has probado tu carne de mentira?

Se quedó en silencio durante unos segundos y negó con la cabeza mirando fijamente a la mesa.

—Ay, la madre que me parió... —murmuré.

—¿Queréis que la pruebe ahora, majestad? —preguntó señalando su plato con la comida.

—No, Lope, ahora te esperas a que vengan todos.

—De acuerdo... pero ¿lo saben, majestad?

—¿El qué?

—Que tienen que venir a comer aquí.

—Maldito seas, Lope. —Resoplé—. Claro que lo saben. Lo he explicado todo en mi discurso.

Estaba estresado por la incertidumbre de cómo iba a salir mi plan y me molestó su pregunta.

—De acuerdo... lo digo porque la cola lleva un rato en movimiento y aún no ha venido nadie.

Me levanté de un brinco.

—¿Se puede saber cuándo pensabas decírmelo?

—Lo acabo de hacer, majestad.

De pronto, una mujer se acercó a nosotros con un plato vacío. Estaba muy nerviosa.

—Majestad... nunca he pro-probado una carne como esta —dijo.

Miré a Lope para saber si consideraba que ese comentario era bueno o malo, pero me la devolvió con los mismos ojos cubiertos de confusión.

—No me diga... —carraspeé—. ¿Y qué le parece?

Recuerdo sentirme como si estuviera participando en un *reality* de cocina. La enigmática mujer suspiró y me mostró su plato inmaculado.

—He comido tres trozos y no he dejado rincón sin relamer, majestad —respondió finalmente—. Gracias por ser tan bondadoso. Deseo que los dioses os concedan un futuro espléndido y estoy convencida de que la diosa Afrodita os ayudará a salvarnos a todos de esa terrible profecía.

Me mordí la lengua para contener el tsunami de felicidad y le dediqué una sonrisa de agradecimiento por su comentario. Ella hizo una solemne reverencia y volvió corriendo con los demás. La seguí con la mirada y pude ver como todos y cada uno de los que estaban en la cola, después de ser servidos, corrían hasta el final de esta y comían allí mientras esperaban para repetir. Mi plan había sido de nuevo un éxito. Lope y yo nos miramos a la vez, borrachos de

felicidad, y nos abrazamos palmeándonos en la espalda, en el cuello y en los brazos.

—¡Lo habéis conseguido, majestad!

—No, Lope. —Le sujeté las manos para detener los cariñosos tortazos—. Lo hemos conseguido.

Estábamos muy cerca el uno del otro. Sus ojos imposibles quisieron atraparme de nuevo y volví a sentir esas ganas locas de besarlo, pero me contuve; no era adecuado, tenía que trabajar dos años más con él para conseguir enamorar a Tiro y aquello iba a ser muy incómodo. Pero, entonces, Lope me agarró de las mejillas y me besó.

—Ahora ya puedo probar la comida, ¿no? —dijo volviendo a sentarse como si nada hubiera pasado.

—¿Eh? Claro, no parece que vayan a venir —respondí entre risas.

Estaba temblando, como si mi cuerpo se hubiera convertido en gelatina. Sentí que me deshacía, a la vez que en mi interior parecía estar celebrándose una carrera de caballos. Pero me vi obligado a ser rápido y, al igual que él, a fingir que aquello había sido lo más normal del mundo. Y lo hice, no sé cómo, pero lo conseguí. Logré evitar que el caos de mis adentros brotara en la superficie. Lope le dio un bocado a su comida y pensé que lo había hecho «con los mismos labios que acaban de besarme». ¿Sentía celos de su comida? ¿Me había vuelto loco? ¿Acaso quería que me comiera? Sí, a todo.

—Uf. Teníais razón, majestad. Está muy bueno —dijo limpiándose la salsa que chorreaba por su robusta barbilla.

—Claro. Yo no te mentaría, Lope.

Me llevo las manos a la cabeza al recordar ese momento por el verdadero significado de mis palabras y la poca percepción que tuvieron por su parte. Aunque pueda sorprenderte, estaba siendo

sincero. Realmente estaba dispuesto a no mentirle más. Y era una auténtica locura que yo le dijera eso a alguien. No había nada que me hiciera temblar más de la emoción que mentir. ¿De verdad iba a dejar de hacerlo con él por un estúpido beso que apenas había durado un segundo?

—Si lo hacéis no pasaría nada, majestad. Seguro que sería por un bien mayor —dijo él.

Si es que no podía importarle menos, maldito sea. Nada en él había cambiado después de besarme. Por un momento dudé hasta de si había sucedido realmente o si, de lo contrario, solo me lo había imaginado. Quizá consideres que mi dolor por su indiferencia era exagerado, pero lo que para él había sido un beso más, para mí fue el primero.

Podía haberlo mandado ejecutar por besarme sin mi consentimiento. Estaba en todo mi derecho como monarca. Pero no fue eso, sino su indiferencia, el verdadero motivo por el que se me había pasado por la cabeza enviarlo al reino de Hades. Estaba dolido, sentía rabia. A pesar de que su manera de dirigirse a mí fuera la habitual de un súbdito a su rey, era yo el que me sentía a su merced. No quería arrastrarme por nadie, ya lo había hecho con mi madre y mira cómo me había tratado, pero me moría de ganas de estar con él y si aquella era la única forma de conseguirlo... un poco dispuesto sí que estaba. Nuestra relación se había estrechado demasiado y no podía seguir así. Debía marcar unos límites. Tenía que priorizar mi principal objetivo y, sobre todo, mi dignidad, por encima de mi estúpido deseo de engancharme a sus morros como si fuera un adolescente enamorado. Pero no lo hice. Ni mucho menos me planteé desterrarlo ni condenarlo a muerte. Aparte de que era peligroso, ya que él sabía demasiado... lo quería a mi lado. No podía separarme de Lope.

Pasé los siguientes dos años rezando a la diosa Afrodita, al despertarme y al acostarme, mientras, el resto del día, escuchaba los consejos de Lope y me obsesionaba cada vez más con él. Ninguno de los dos hizo el más mínimo comentario sobre lo sucedido... Es increíble lo mucho que los hombres podemos aguantar evitando una conversación necesaria. Y por eso, a grandes rasgos, nuestra relación no se vio afectada por aquello. Ya sé que el primer beso no tiene por qué ser algo especial, puede ser un bodrio

y no pasa nada... Y eso era lo que me decía cada día para restarle importancia y seguir esquivando mis ganas de salir de dudas, pero por muy irónico que parezca, yo era el único al que no podía engañar. Quería repetirlo. Quería borrar de mi mente ese beso descompensado, crear un mejor recuerdo. Y, al final, se me acabó la paciencia.

—Repasemos los gustos de la princesa, majestad —dijo Lope mientras caminaba por la sala.

Mis espías habían estado observando a Tiro prácticamente desde que había nacido. Y me habían hecho una lista de sus pasatiempos más consolidados.

—Dicen que cada tarde sale a pasear por las calles de la ciudad sin rumbo alguno, así que suponemos que esa es una de sus aficiones... y también destacan que nunca repite vestido y suele variar en sus peinados —dije leyendo con expresa desgana.

—El objetivo de sus paseos es lucirse, entonces.

—Se nota que es nieta de mi madre... —dije.

No se rio y aquello me dolió. Estaba intentando llamar claramente su atención, pero fracasaba de manera estrepitosa.

—¿Qué más, majestad?

Suspiré.

—A ver... también le gusta mucho la música, se ve que tiene una sacerdotisa de Apolo que toca el arpa para ella cada día. Dicen que esos momentos son muy importantes porque la ayudan a evadirse de sus problemas —respondí con el mismo desinterés.

Parecía el típico alumno que hace aviones de papel con las hojas del examen. Obviamente, Lope se dio cuenta de mi apatía.

—¿Queréis tomaros un descanso...? ¿Majestad?

Querido lector, ¿recuerdas cuando lamentaba que mi hermano hubiera conocido a una mujer que le había hecho olvidarse de

nuestro odio? Pues ahora lo entendía. En los últimos años, mi obsesión por acabar con la vida de Salmoneo había caído en picado en mi catálogo de prioridades, pero la mentira se había hecho tan grande que ya no podía retroceder y debía casarme con mi sobrina de todas todas. Había tenido que recoger de nuevo mis emociones y guardarlas bajo llave. Y comportarme como un señor. Sí, lo sé, mi actitud estaba siendo muy infantil.

—No, Lope. Sigamos —respondí resignado.

—Está bien, majestad... —Suspiró—. Ahora, decidme: ¿qué es lo que más detesta?

«Que no me hagas caso, imbécil», pensé. Aunque él se refería a Tiro.

—A Sidero, su madrastra —respondí.

Mi hermano, a los pocos años de la muerte de su esposa y el nacimiento de su hija, se había casado de nuevo.

—¿Qué sabemos de ella, majestad?

—Que odia a mi madre y a mi sobrina.

—Vaya...

—Pero ellas la odian también —añadí siguiendo con un dedo los apuntes de mis espías—. Se ve que mi madre intentó convencer a Salmoneo de que no se casara con ella porque la escuchó hacer varios comentarios negativos sobre Tiro. De hecho, tengo apuntado que han visto a Sidero tener actitudes agresivas con ella aprovechando las épocas en las que mi madre no estaba allí para protegerla. También dicen que corre el rumor de que mi hermano le prometió a Sidero tener hijos con ella, pero tiene tanto miedo de que le pase lo mismo que a Alcídice que ha roto su palabra.

—O sea que ahora Sidero odia aún más a Tiro...

—Tiene toda la pinta.

—¿Hay algo más que no le guste, majestad?

«Que sigas haciendo como que no me comiste los morros», pensé de nuevo mientras echaba un ojo a los apuntes.

—Sí. El bosque y el río. Le da miedo encontrarse con algún animal salvaje o criatura de los bosques. Especialmente con centauros.

—No me extraña, majestad. Los centauros, desde que descubrieron el vino, se convirtieron en unos acosadores —dijo entre risas.

Pero el que ahora no río fui yo.

—¿Por qué me besaste, Lope?

La pregunta salió de mi boca sin apenas darme cuenta. Supongo que, simplemente, no pude aguantarme más. Le corté la carcajada de golpe. Por un segundo, me miró como si no supiera de lo que le estaba hablando. Balbuceó un poco y su confuso rostro se puso en orden al recordar la primera cena de la carne falsa.

—Majestad... ¿a qué viene eso ahora?

Lo más difícil ya estaba hecho; nuestra relación, después de mi pregunta, ya no iba a ser la misma, así que decidí ir a saco. Hasta el final. Era estúpido quedarme a medias.

—¿Te gusto? ¿Te gustaba...? —le pregunté acercándome a él.

—Bueno... yo... fue la emoción del momento, majestad, os pido disculpas si os ofendí... —respondió asustado.

—¿O sea que no te gusto?

No contestó.

—¿Por qué me besaste, Lope? —insistí.

—Lo siento mucho, majestad... Supongo que en ese momento me apeteció y me dejé llevar...

—¿Como un centauro? ¿Haces lo que te apetece sin importarte cómo les sienta a los demás?

Estaba a un palmo de él.

—Por favor, perdonadme, majestad...

—Y si yo quisiera besarte ahora, ¿qué?

Me miró desconcertado.

—¿Queréis...?

Tardé unos segundos en responder.

—No lo sé... Puede.

Sus dichosos ojos me atraparon de nuevo y se acercó aún más ocupando el poco espacio que a duras penas quedaba entre nuestros cuerpos. Me agarró de las manos y entrelazó sus dedos con los míos.

—Pues... si queréis... podéis, majestad.

No sé cuánto duró el beso, pero lo suficiente como para olvidar el mal sabor de boca del anterior. Había vuelto a llenar un vacío emocional que no me permitía ser feliz.

Lope fue mi primer todo. No sé cómo llamar a lo que tuvimos. Había días en que apenas nos rozábamos y otros que no salíamos de la cama. Pero lo más importante para mí fue que el deseo era mutuo y dejé de sentirme como un estúpido. Respecto a lo verbal, no permití que hubiera mucha conexión. Hablábamos de cosas del día a día, pero en cuanto entrábamos en el terreno personal y sentía el impulso de liberarme y contarle mis miedos, rápidamente cambiaba de tema. Me daba pánico pensar que en algún momento podía sentirme tan cómodo como para sincerarme y ponerlo todo en riesgo. La parte positiva era que ese miedo me empujaba a involucrarme más en el plan original: Tiro. Y así no pensaba tanto en él.

—Creo que ya sé cómo acercarme a ella —dije en cuanto entré en la sala donde celebrábamos nuestras sesiones.

—Buenos días, majestad.

Noté un sarcasmo juguetón en sus palabras.

—Ay, pobrecito mi Lope, que no le he dicho buenos días. — Caminé hacia él con los brazos abiertos. Se rio—. Buenos días, guapo —añadí apretujándole las mejillas con una mano.

Le di un beso y volví a lo mío.

—Como ya sabemos, la princesa está en edad de casarse y me ha llegado una información acerca de un viaje que quiere hacer antes de empezar a recibir a los príncipes y reyes que quieran contraer matrimonio con ella.

—¿Y adónde quiere ir?

—A Delfos. A visitar el oráculo de Apolo.

Lope intentó analizarme con la mirada.

—Me cuesta saber lo que piensas...

—Ojalá solo te costara eso.

Soltó una carcajada.

—¿Por ejemplo?

—Dirigirte a mí, como es debido, cuando toca —respondí un poco seco.

Apretujó los labios y agachó la cabeza.

—¿Que la princesa quiera hacer ese viaje es algo bueno o malo, majestad?

Cómo habían cambiado las cosas... Ahora era yo el que lo tenía comiendo de mi mano. Y me encantaba.

—Depende de lo que le diga la sacerdotisa de Delfos. Pero mi plan es que no llegue tan lejos.

—¿Qué tenéis pensado, majestad?

—Hay dos caminos para llegar al oráculo. El que rodea el bosque, que es el habitual y más seguro, y el que lo cruza, que nadie usa a no ser que algo impida tomar el primer camino...

—O sea que, si la princesa se encontrara con algún obstáculo, tendría que ir por el bosque...

—Exacto. Pero, en ese caso, ella no lo haría porque le da miedo ir por los bosques, así que no le quedaría otra que dar media vuelta...

—Y nunca llegaría a hablar con la sacerdotisa... Es brillante, Sísifo... o sea, majestad.

Ambos sonreímos.

—No sé si disfruto más cuando dices mi nombre o cuando me llamas «majestad».

—Creo que disfrutáis más con otras cosas... —dijo acercándose a mí.

De pronto, alguien llamó a la puerta.

—¡Ahora no! —grité.

—¡Es urgente, mi preciado rey!

Resoplé. Era el consejero dos.

—¿No puede esperar? —insistí.

—¡Ya ha esperado demasiado, alteza!

Ese era consejero uno. Resoplé de nuevo.

—¡Adelante! —ordené.

Abrieron la puerta con urgencia y se detuvieron en seco al ver que Lope me acompañaba.

—¿Qué os pasa? —pregunté asqueado.

Ambos hicieron una reverencia.

—Necesitamos hablar con vos, alteza...

—Pues venga, hablad —lo interrumpí impaciente.

Se miraron entre sí, incómodos.

—A solas, querido rey —soltó el consejero dos mirando a mi estimado Lope.

—Creo que quieren que me vaya, majestad —apuntó él.

—Pero ¿qué dices? ¿Por qué?

—Os lo diremos cuando él se marche, alteza.

Lope hizo el gesto de irse, pero lo detuve.

—¡De aquí no se va nadie! ¿Quiénes os pensáis que sois? ¿Acaso os parecería bien que discutiéramos sobre asuntos importantes sin alguno de vosotros? —les recriminé.

—Lo lleváis haciendo desde que él llegó a palacio... estimado rey.

Touché, cabronazo. Me mordí la lengua y le hice un gesto a Lope para que saliera, aunque ya se estaba yendo. Cuando cerró la puerta, me senté y mis consejeros caminaron hacia mí.

—Que sea la última vez que intentas humillarme de esta forma — dije apuntándolo con el dedo como si fuera una espada.

Consejero dos tragó saliva e hizo una genuflexión.

—Perdonadle, alteza, no lo hubiera dicho si no fuera de vital importancia.

Era la primera vez que defendía a su colega delante de mí. Rebajé mi actitud defensiva y me acerqué a ellos.

—¿Qué ocurre?

—Corre el rumor de que vos y Mélope...

—¿Qué?

—... tenéis un romance —concluyó consejero uno.

Se me escapó una carcajada. Desde que toda Éfira llegó a ser conocedora de mi misión de conquistar a la princesa Tiro, empecé a aparecer en público junto a Lope para que la gente supiera que estaba en buenas manos. Y más de uno debió ver cómo me besó aquella noche en la primera cena o algún que otro tonto. No me preocupé por disimularlo; al fin y al cabo, era su rey, podía hacer lo que me diera la gana. Además, estaba trabajando en mi cometido.

—¿Desde cuándo un rey no puede acostarse con quien quiera? — pregunté incrédulo.

—No es por eso, alteza... es porque la gente tiene miedo de que perjudique vuestro intento por enamorar a la princesa Tiro —dijo consejero uno preocupado.

—Por favor... no hay nada que temer. De toda la vida los reyes han tenido amantes...

—Tenéis toda la razón, mi querido señor... pero vos aún no os habéis casado y la vida de todos vuestros conciudadanos depende de ello —añadió consejero dos.

—¿Y si Tiro llegara a enterarse de esto antes de pasar por el altar y decidiera echarse atrás, alteza?

Solté un suspiro de desespero.

—A ver... ¿qué me estáis pidiendo?

—Lleváis más de dos años bajo su enseñanza, estimado rey.

—Creemos que vos sois más que capaz de seguir solo y que... por lo tanto, ya no necesitáis de sus servicios, alteza.

—¿Me estáis pidiendo que lo despida?

Se tomaron unos segundos para mirarse y ambos asintieron a la vez.

Cuando tenía seis años, una criada me regaló una peonza de colores y se convirtió en mi juguete favorito. La hacía bailar por el suelo, las mesas, los platos, las sillas; incluso les pedía a los criados que se tumbaran en el suelo boca abajo y ellos accedían a dejarme rodarla por sus espaldas. Cabe decir que lo hacían porque la primera vez que se lo pedí a un criado me dijo que no y lloré tanto que mi llanto perturbó la tranquilidad de mi padre, que acabó por encarcelar a aquel hombre. Pero, bueno, la cuestión es que disfruté mucho jugando a la peonza durante varios años hasta que un día, otro criado, me regaló un caballito de madera con ruedas y una cuerdecita atada en la parte delantera. Me volví loco. Estuve una semana entera arrastrando el caballo por todo el palacio, era divertidísimo, pero le di tanto trote en tan poco tiempo que el tablón que unía las cuatro ruedas se partió por la mitad y me quedé sin juguete nuevo. Pero no me importó porque tenía a mi querida e indestructible peonza... o eso pensaba yo.

Fui a la habitación de mis juguetes a por ella, pero no estaba donde la había dejado. Removí toda la sala y nada, ni rastro. Corrí a buscar a mi madre para preguntarle si la había visto, pero no me hizo caso. Incluso le pregunté a Salmoneo en un ingenuo intento de que me ayudara, pero no hizo más que reírse de mí. La peonza había desaparecido, aunque no mis ganas de jugar con ella. Me sentí idiota por haber abandonado mi juguete favorito por un estúpido caballo con ruedas, pero aquello me sirvió de lección. Aprendí que

no debo abandonar lo que lleva más tiempo haciéndome feliz por la frescura de algo nuevo, ya que esto último corre el riesgo de ser efímero. Odiar a mi hermano era mi peonza y no podía poner en riesgo mi venganza por un romance, potencialmente pasajero, con alguien que, después de haberme besado, optó por hacer como si no hubiera pasado nada, por mucho que me doliera no pasar tiempo con él. Aparte de que el responsable de la desaparición de mi querida peonza tal vez fue el desgraciado de mi hermano y esa posibilidad me daba aún más motivos para priorizar la verdadera profecía del oráculo: Los hijos que tenga con Tiro matarán a Salmoneo.

Así que hice caso a mis consejeros y lo despedí... bueno, lo despidieron en mi nombre. No me atreví a hacerlo yo mismo. Lo sé, fui un cobarde, pero no me sentí capaz de mirarlo a los ojos y echarlo. No hubiese podido. Tampoco pregunté cómo le sentó la noticia; no quise saber nada, simplemente quería que desapareciera rápido, de golpe, como si se hubiera muerto y no pudiera hacer nada para recuperarlo. Un *ghosting* en toda regla a él y a mis propias emociones. Lloré muchísimo ese día, pero ya está, ni uno más. También, para protegerme a mí mismo, antes de irse tuvo que firmar un acuerdo conforme si desvelaba información secreta, como el asunto de la carne falsa, sería torturado y condenado a muerte. Era un final terriblemente abrupto para algo que había logrado drenar el odio que tenía en mi corazón. Pero, de algún modo, sentí que cuanto más violenta fuera nuestra separación, más fácil sería que él me olvidara porque tendría algo a lo que agarrarse. Y yo, convencido de que me odiaría con toda su alma, me mantuve fiel a mi decisión y, como un clavo saca otro clavo, ocupé mi cabeza con el plan de interceptar a Tiro.

Sabíamos la fecha exacta en la que la princesa iba a ir a visitar el oráculo. La víspera de su llegada mandé a varios de mis hombres para que derribaran un árbol y lo dejaran tirado en mitad del camino. De ese modo, su única opción sería atravesar el bosque, cosa que no haría por su miedo atávico a los bosques, y entonces daría media vuelta para regresar al reino de su padre. Todo eso estaba muy bien, pero aún tenía que decidir cómo iba a provocar un primer contacto con ella. No podía presentarme en su palacio como un pretendiente más. Aparte de que mi hermano me echaría a patadas, Tiro no querría casarse conmigo sabiendo que soy su tío. Tenía que hacer algo para que no me reconocieran..., pero ¿qué?

Mucho me temo, querido lector, que, si crees que hasta ese momento no había pensado en eso, me tomas por estúpido. Que el orden de las cosas no nuble tu juicio. Vamos a remontarnos un poquito atrás, no te me pierdas.

La noche en que Lope me besó, en la gran cena, fue la primera vez, desde que había empezado a adorar a la diosa Afrodita, que no le recé. Y pasó esto:

—Maldito desgraciado, no puedo creer que me haya besado —murmuraba mientras me metía en la cama—. Me va a explotar la cabeza por su culpa... ¿Qué se supone que debo pensar? ¿Cómo tengo que tomarme eso?

Me tapé hasta arriba con las sábanas y solté un grito de rabia que apenas se oyó.

«Así no puedo pensar. Necesito dormir.»

Pero en cuanto cerré los ojos y me acomodé, las puertas del ventanal que daba a mi balcón se abrieron de par en par. Salté de la cama asustado y fui a cerrarlas, pero una bandada de palomas invadió mis aposentos.

—¡No! ¡Ayuda! ¡Guardias! —grité a la vez que saltaba para espantarlas.

Escuché sus pasos corriendo hacia mi habitación y el ruido del pomo de la puerta girando hacia ambos lados, pero parecía que no conseguían abrirla. Intenté llegar hasta la puerta, pero las aves apenas me dejaban avanzar y fue entonces cuando vi una silueta apoyada en ella impidiendo que mis guardias entraran. Era de noche y lo único que iluminaba la sala era una vela que había en mi mesita, pero vi como esa persona desconocida alzaba la mano y chasqueaba los dedos. Todas las palomas desaparecieron como si nunca hubieran estado aquí y, en su lugar, surgieron pétalos de rosa que cayeron del techo hasta cubrir toda mi habitación.

—Todos hacéis lo mismo... Os brindo un poco de amor y os olvidáis de mí —dijo.

La llama de la vela saltó a la lámpara que colgaba del techo de mi habitación y se multiplicó hasta prender todos los cirios. Entonces pude verla. Era una mujer imposiblemente hermosa. Su cabello era áureo con reflejos anaranjados, como pintados por un rayo de sol. Sus ojos eran de un azul cambiante, a veces más claros, otros más oscuros... como el mar. Sacudió su melena y dos brillantes perlas asomaron de los lóbulos de sus orejas. Iba vestida con una larga túnica blanca y, a medida que avanzaba hacia mí, me di cuenta de que no era la luz la que ensombrecía su rostro, sino que su piel era de color gris. ¡Como la forma humana de una divinidad! No me lo podía creer. Delante de mí tenía a una diosa. Ella era, ni más ni menos, que...

—¡Afrodita! —exclamé cayendo al suelo de rodillas.

—¡Chisttt! No grites. Y diles que se vayan. —Señaló la puerta.

No me había dado ni cuenta, pero los golpes no habían cesado en ningún momento. Tardé en reaccionar.

—Eh... claro... —Les dije a mis hombres—: ¡Está todo bien!

—¿Seguro, majestad? ¡No podemos abrir la puerta!

—He sido yo. He puesto arena en la cerradura —susurró ella con un tono burlón.

—¿Arena...?

Resopló.

—Es mágica, chico. Va, que no tengo toda la noche.

—¡Se-seguro! —Volví a dirigirme a los guardias—. ¡He cerrado yo! ¡Es que...! ¡Estoy rezando y no quiero que nadie me moleste!

—¡De acuerdo, majestad...! ¡Descansad!

Se escuchó algún murmullo y, seguidamente, el sonido de sus pasos alejándose.

—Estupendo. ¿Dónde está el baño?

—¿Perdón...?

Me miró como si fuera estúpido.

—¿Y tú has sido capaz de engañar a tu pueblo? —preguntó incrédula.

—Lo siento... Es que... estoy un poco en *shock* y...

—He preguntado por el baño, no por tu vida —me interrumpió.

Agaché la cabeza, avergonzado, y le señalé la puerta con el dedo.

Caminó hacia allí moviendo las caderas como si fueran un péndulo y se situó enfrente del espejo. Como por arte de magia, de su mano nació un cepillo blanco porcelana y procedió a peinarse su gran melena. Yo la observaba boquiabierto. Mis ojos iban solos, se deslizaban de arriba abajo como si intentaran memorizar cada curva, cada matiz de su divina figura, por si no la volvía a ver.

—Cuando dejes de babear, quítate ese horrible trapo y ponte algo decente, que nos vamos —dijo sin ni siquiera mirarme.

Me levanté del suelo de un salto.

—¿Qué? ¿Irnos? ¿Adónde?

El cepillo, tal y como había surgido, se desvaneció en su mano. Se giró hacia mí, se apoyó en el marco de la puerta del baño y acarició suavemente la pared con la yema de sus preciosos dedos.

—Confía en mí, Sísifo.

Y se rio.

Tengo lagunas de ese viaje. Recuerdo a Afrodita sujetándome en brazos para salir de palacio, pero no el trayecto. Lo siguiente que recuerdo es estar sentado en la orilla del mar. Era de noche, la luz de la luna alumbraba las olas. La diosa estaba de pie, a mi lado; parecía estar esperando algo. Yo seguía en *shock*. La situación era tan surrealista que dudaba de si estaba despierto o todo era un sueño. A ver, las divinidades existían, todos lo sabíamos y habíamos escuchado miles de historias en las que se relacionaban con mortales, pero era imposible pensar seriamente que un servidor iba a formar parte de una de ellas. Estas criaturas llevaban aquí desde el inicio de los tiempos, desde mucho antes de que Zeus tuviera la idea de crearnos a los humanos. Era tan improbable que sucediera algo así que no era capaz de asimilarlo. Y, de pronto, para hacerlo aún todo más absurdo, una concha blanca brillante y enorme emergió del agua. Retrocedí asustado, pero Afrodita me agarró del brazo.

—No seas miedica, Sísifo.

Me arrastró por la arena y, al llegar al agua, volvió a cargarme como si fuera un bebé. La concha se abrió y, durante unos segundos, vi el interior: parecía estar acolchado, como si fuera una cama, pero con la forma de las olas. En ese momento mi memoria vuelve a fallar, ya que mi siguiente recuerdo es estar tumbado debajo de un árbol con un terrible olor a putrefacción invadiéndome las fosas nasales.

—¿Lo hueles? —preguntó Afrodita, que volvía a estar de pie, a mi lado.

Intenté responder, pero una arcada se me adelantó.

—Sí... —contesté en un segundo intento.

Señaló unas modestas casas que se intuían a varias decenas de metros.

—Ahí vivían hombres, ahora solo quedan sus mujeres. Las abandonaron porque apestan.

—Joder... En mi ciudad es al revés. Son los hombres los que apenas se bañan.

Sonrió.

—Estas mujeres también se bañan; de hecho, algunas han muerto ahogadas por haber pasado tanto tiempo en el mar esperando a que el olor desapareciera. Pero lo que aún no saben es que así no se va a ir.

—Intuyo que tienes algo que ver...

—Al final va a ser verdad que no eres tan estúpido como el resto de los de tu estirpe. No me caen bien los mortales desagradecidos, ¿sabes?

Asentí como si supiera qué quería decir.

—Estas mujeres encontraron a sus hombres y se pensaron que yo, la diosa del amor, no había tenido nada que ver con ello. Así que dejaron de venerarme. Creyeron ser merecedoras del amor de esos hombres y dieron por sentado que ya no hacía falta rezarme.

—Y las castigaste.

—Exacto, querido. Las maldije con este olor infecto y a sus hombres les faltó tiempo para abandonarlas. Porque los hombres, por muchas flechas que mi travieso hijo os dispare, no sois capaces de amar puramente como hacen las mujeres.

Eso no fue una pregunta, pero me miró esperando a que dijera algo. Entonces recordé que Lope, en una de sus lecciones, me había dicho lo siguiente: «Si no sabes qué contestar, pregunta».

—¿Y eso por qué?

—Fuisteis creados a imagen y semejanza de los dioses... y no recuerdo a Zeus o Poseidón enamorados.

Afrodita se refería a que la mayoría de los dioses, por no decir todos, en algún momento de su existencia habían hecho daño a una mujer, ya fuera diosa, ninfa o humana. Y yo, aunque aún no lo había hecho, iba de camino a hacerlo... Y ella, si había escuchado mis rezos por conquistar el corazón de Tiro, lo sabía.

—¿Por qué me has traído aquí? —pregunté finalmente.

—Para enseñarte lo que te va a pasar si te olvidas de mí —respondió enseguida—. No te voy a mentir, Sísifo, no me gustan tus intenciones, sé por qué necesitas el amor de tu sobrina y me parece que eres un ser despreciable, egoísta y mentiroso... —Hizo una pausa que me cortó la respiración y siguió—: Pero me da absolutamente igual, siempre y cuando sigas teniéndome en tu mente todas las noches. Y al igual que castigo a los que me faltan al respeto, me gusta agradecer a los que me alaban y tú has conseguido lo que ningún otro humano: has puesto a toda una ciudad a mis pies. —Se agachó para quedar a mi altura y puso una de sus cálidas manos en mis mejillas—. Te ayudaré.

Herir a la diosa Afrodita es facilísimo, pero complacerla... resulta casi imposible. Pero yo lo logré. Y eso tenía que haber supuesto un subidón de adrenalina para mí, pero el «no beso» de Lope seguía boicoteando mi bienestar.

—Agradezco mucho tu ayuda...

—Pero te preocupa el chico ese —me interrumpió.

Estuve a punto de preguntarle cómo lo sabía, pero era obvio.

—Sí...

—Bueno... quizá pueda ayudarte un poco más también con eso.

—¿Más?

Se rio.

—¿De dónde crees que nació ese beso, querido?

—Pero... ¿por qué?

—Cómo que «¿por qué?». Eso no se pregunta. El amor se reparte, a veces a migajas y a veces a toneladas. Es mi trabajo y el de mi hijo aportarlo cuando hay una predisposición y en vuestro caso estaba clarísimo. A menudo nos despistamos y, por muy evidente que sea, no estamos ahí o no lo repartimos a partes iguales, o llegamos tarde y se rompen almas y corazones. Pero tú eres un privilegiado, Sísifo. No solo te estoy ofreciendo la ayuda que todo humano mataría por conseguir, sino que te la multiplico por dos. Créeme, Sísifo, sé lo difícil que es estar con dos personas y solo desear una. Si quieres mi ayuda con Mélope, sigue intentándolo y responderé; si no es así, déjalo estar y no intervendré. Y cuando la quieras con Tiro, solo deberás mirarla a los ojos y será tuya. Puedes tenerlos a ambos. Pero no olvides cuidar sus corazones como cuidas mis plegarias, porque del amor al odio hay un paso que se escapa de mi poder.

Lo siguiente que recuerdo es despertarme en mi cama por la mañana, vestido con mi túnica de dormir. ¿Había sido un sueño?, me pregunté de nuevo. Pero al poner los pies en el suelo obtuve mi respuesta. Los tenía llenos de arena.

Estaba en el interior de mi carruaje real, enfrente del obstáculo que impedía llegar al oráculo de Delfos, esperando a que Tiro apareciera. Aunque contara con la ayuda de Afrodita, estaba muy nervioso. Me sudaban la nuca y las manos, parecía que las tuviera en remojo. Era una sensación muy desagradable.

—Únicamente tengo que mirarla, y ya está... solo eso... —murmuré.

—¿Ha dicho algo, majestad? —preguntó mi cochero.

—Que si veis algo.

Sacó la cabeza por la ventanilla y le hizo un gesto con la cabeza a los dos soldados que aguardaban fuera.

—No deberían tardar mucho —dijo uno de ellos.

—Dicen que no deberían tardar...

—Mucho. Sí, ya lo he oído —lo interrumpí.

Después de un par de horas que parecieron siglos, se escucharon las ruedas de lo que sonaba como otro carruaje acercándose y que se detuvo justo detrás de nosotros. Me incorporé en el asiento y empecé a darle golpecitos al cristal que me separaba de mi cochero.

—¿Ya? ¿Es ella? ¡Pregúntales si es ella! ¡Va, joder!

—Voy... voy. ¿Es...? ¿Ella? ¿Es ella?

Los soldados murmuraron entre ellos y uno se volvió hacia nosotros.

—Creemos que sí. Por la descripción del vehículo encaja. ¿Quiere vuestra majestad que vaya a confirmarlo?

—Majestad, queréis que...

—¡Sí! ¡Claro! ¡Que vaya! ¡Va! —lo interrumpí de nuevo.

El soldado oyó mis gritos y se acercó al carruaje con paso ligero. Habló con el conductor, le explicó que no se podía llegar al oráculo por aquí y que la única forma era atravesando el bosque.

—¡Ni hablar! —exclamó alguien.

La puerta del vehículo se abrió y se escuchó un grito seguido del sonido de algo impactando contra el suelo.

—¡Princesa Tiro! —gritó su conductor bajando a toda prisa.

—¡Es ella, majestad! ¡Es ella! —gritó el mío.

Después de tantos años, había llegado el momento. Salí del carruaje, como un maldito rayo lanzado por el mismísimo Zeus, y vi a mi soldado intentando ayudar a levantarse a la princesa, que se había caído de morros al suelo al salir a toda prisa. Una mujer, que parecía ser su criada, también fue a socorrerla, pero tenía que ser yo la persona que la levantara. Nuestros ojos debían cruzarse en ese preciso instante para poder tener ese recuerdo que contar a nuestros futuros hijos. Así que corrí hacia ella. Aparté a un lado a mi soldado y a su cochero, pasé por delante de la criada y extendí la mano para que Tiro, que aún seguía boca abajo, encontrara en mí el apoyo, no solo para ponerse en pie, sino también para formar una familia. Nuestras manos se encontraron y encajaron como si fuéramos un puzzle de dos piezas; con el otro brazo la rodeé por la cintura, tiré de ella con cuidado hasta que se puso de pie y, por fin, nos miramos. Era la viva imagen de mi hermano.

—Gracias... —dijo visiblemente sonrojada.

Por todos los dioses... yo estaba consternado. A ver, en ningún momento pensé en que me sentiría atraído por ella, ya que, al fin y al cabo, era mi sobrina... ¡pero es que era clavada a él! Los mismos ojos azules y el pelo igual de rubio, aunque más largo y mejor

cuidado. ¡Era como si tuviera que casarme con mi hermano y concebir hijos con él para que después estos lo mataran! ¡Y encima ya no podía echarme atrás! Querido lector, de todas las cosas que puedas aprender de mi historia, espero que una sea no obsesionarte con los sueños que tenías de niño, porque cuando seas mayor tendrás otras prioridades... como no querer fingir que estás enamorado del clon de la persona que más detestas en el mundo.

—De nada, princesa —dije disimulando mi horror.

—¿Os encontráis bien, princesa? —le preguntó su doncella mientras limpiaba su rostro de tierra.

—Mejor que nunca, querida —respondió sin dejar de mirarme.

—Alteza —dijo su conductor—. Tenéis enfrente a Sísifo, rey de Éfira y hermano de vuestro padre, su majestad el rey Salmoneo.

Tarde o temprano iba a saberlo, pero en ningún momento pensé que iba a ser a los pocos segundos de conocernos. Y me hubiera enfadado con el bocazas de su cochero de no ser porque aún seguía abrumado por su semblante y sentía cierto alivio al pensar que quizá el embrujo de Afrodita no era tan fuerte y al saber que éramos familia se le quitaría esa sórdida idea de la cabeza, pero no fue así, más bien al contrario.

—¿No me digas...? Mi padre me ha hablado muy poco de ti... Solo me ha dicho que eres el motivo por el que soy hija única. Bueno, eso y... da igual. —Se entristeció por un instante, pero enseguida se le pasó—. ¿Te imaginas la cara que pondría si tú y yo...?

Se echó a reír y aprovechó la carcajada para apoyarme las manos en el pecho. Era realmente impactante ver como apenas había pasado un minuto desde que Afrodita había derramado su poder sobre nosotros y Tiro ya estaba hablando en estos términos.

—Sería memorable... sí —respondí imitando su tono juguetón.

—Uy... —murmuró palpando mi torso—. ¿Llevas armadura?

—¿Eh? No. ¿Por?

—Porque he visto piedras más blandas que estos abdominales...

Por todos los dioses, qué vergüenza estoy pasando al recordar esto. Os pido mil disculpas por la incomodidad que os pueda generar.

Me acerqué a su oído y le susurré:

—Tampoco llevo espada.

—¡Princesa! —gritó su cochero interrumpiéndonos—. Quizá no me habéis entendido...

—Te he entendido perfectamente. ¿Acaso me estás llamando tonta?

—En absoluto, alteza, disculpadme. Es solo que quizá no debería precipitarse. A su majestad... a vuestro padre, no le gustaría esto.

—¿Mi padre? ¿El mismo que se casó con la primera mujer que le rio cuatro gracias después de morir mamá? ¿El mismo que echó a la abuela de palacio porque se lo pidió mi madrastra?

El hombre agachó la cabeza y la criada, sacudiendo la arena del vestido de la princesa, hizo como si no hubiera pasado nada. Miré a mi soldado de reojo y vi que se esforzaba en contener la euforia al ver que todo estaba saliendo a la perfección. Claro, para él, aquel era el mejor día de su existencia: estaba presenciando cómo le estaba salvando la vida a él y a toda mi ciudad. Mientras que yo, que debería estar igual de satisfecho, por otros motivos pero, al fin y al cabo, contento... estaba tremendamente decepcionado. Había sacrificado mi relación con Lope por esto y solo podía pensar en lo mucho que había descuidado su corazón.

Legalmente, una princesa no podía escoger a su marido, sino que debía ser su padre, el rey, quien tomara esa decisión. Salmoneo había preparado una semana de juegos y banquetes para dar la bienvenida a todos los reyes y príncipes que pretendían a Tiro, así que cuando ella volvió de su intento de visitar el oráculo y le pidió que lo anulara todo porque había conocido a un rey maravilloso con el que quería casarse, él, como era de esperar, se negó. Le dijo que, si era así, acudiera a la ciudad como el resto. Obviamente, yo no podía hacer eso, no me dejarían ni entrar, pero Sidero, la mujer de mi hermano, tenía tantas ganas de que su hijastra desapareciera de su vista y dominaba tanto a mi hermano que logró convencerlo para que aceptara la boda sin ni siquiera conocer a su futuro yerno. Y no fue hasta el último momento, cuando Tiro ya tenía sus pertenencias cargadas en las cuatro docenas de carruajes que la iban a llevar hasta mi palacio, que le dijo a Salmoneo cuál era su destino.

Solo hay algo peor que una mala persona y es el cobarde que la acompaña. Salmoneo había priorizado a su segunda esposa por encima de su hija y por fin iba a sufrir las consecuencias de ello. El odio que Tiro sentía hacia su padre no era igual que el mío, pero seguía siendo odio. Y de ninguna de las maneras iba a perderse su cara al conocer la identidad de su yerno. Él se había olvidado de mí por completo: ni en un millón de años se habría imaginado que reaparecería en su vida haciendo algo tan siniestro y retorcido. Se volvió loco. Gritó, se mesó los pelos, incluso intentó atacar a su

propia hija y los soldados tuvieron que intervenir para que no cometiera un crimen de sangre. Yo seguía nadando en un mar de arrepentimiento, pero tras conocer su reacción fue como llegar a tierra firme. Mi hermano aún no estaba muerto, pero eso fue como si le atravesara el corazón.

Mientras allí cundía el pánico, en mi ciudad reinaba la alegría. A ojos de mis ciudadanos, les había salvado la vida. El recibimiento de Tiro fue colosal, no hubo nadie que no participara en la decoración de las calles de Éfira, en la que predominaron las rosas en honor a la diosa Afrodita, era su flor *fav*. Aclamaron a la princesa, tocaron música, le lanzaron más flores... Fue impresionante, Tiro se emocionó muchísimo. La recibí en la escalinata de palacio y nos despedimos de la gente, que gritaba nuestros nombres.

—No me quiero ni imaginar cómo será nuestra boda —soltó mezclando una risa con el llanto.

—No te mereces menos, mi amor.

—No eres consciente de lo mucho que significa esto para mí... —Sollozó—. Es el mejor día de mi vida, Sísifo.

—El primero de muchos, querida.

La abracé y ella apoyó la cabeza en mi pecho.

—Tendrías que haberle visto la cara a mi padre... —susurró riendo.

«La veo cada vez que te miro», pensé.

—Entiendo que no se lo ha tomado bien —dije conteniendo mis celos por no haberlo podido presenciar.

—Casi se le sale el corazón por la boca.

Se rio de nuevo. Cuánto hubiese deseado verle la cara a ese trozo de mierda... Ni te lo imaginas, querido lector. Hubiese sido un regalo precioso a mi pequeño yo. Pero tuve que conformarme con imaginármela.

De pronto, uno de los criados que nos esperaba en la entrada me hizo un gesto con la cabeza.

—Perdóname, querida, tengo que encargarme de algo. —Me dirigí hacia sus nuevas doncellas—: Llevadla a su habitación.

—¿Es que no compartiremos habitación?

—Por supuesto, tesoro, pero también tendremos nuestros propios aposentos. Además... en el tuyo hay una sorpresa —respondí guiñándole un ojo.

—¡Ah! Me encantan las sorpresas.

Me dio un beso en la mejilla y se fue con ellas muy emocionada. Esperé a que desapareciera de mi vista y me acerqué al criado.

—Está aquí, majestad —me susurró.

—¿Lo ha visto alguien?

—No, majestad.

Le di un golpe amistoso en el hombro y fui a toda prisa hacia la sala donde Lope solía impartir sus lecciones. Allí estaba. De pie y con los brazos cruzados.

—Lope... —dije.

—El alumno ha superado al maestro... —replicó con ironía—. Por lo que me han contado, la enamoraste con solo mirarla.

Claramente estaba resentido, nunca me había hablado en ese tono.

—Bueno... supongo que los rezos a Afrodita han funcionado.

—Supongo...

—Pero he tenido que hablar con Tiro, ¿eh? También... la he tenido que seducir un poco, como tú me enseñaste...

—¿Qué quieres? ¿Por qué me has hecho venir? —me cortó.

—Quiero disculparme... No hice bien en echarte.

Resopló.

—Hiciste lo que debías. Nuestro pequeño lío podía perjudicar la unión con tu sobrina y decidiste echarme, lo entiendo. Pero lo que me molestó no fue eso, sino que mandaras a tus consejeros a decírmelo y, encima, me amenazaras con que no dijera nada de lo de la carne... No te tenía por un cobarde.

—¿«Pequeño lío»?

Lope soltó una carcajada.

—¿En serio, Sísifo? ¿De todo lo que te he dicho te quedas con eso?

—Para mí no fue un «pequeño lío».

—Ya... bueno, pues para mí sí.

No sé si lo decía para hacerme daño o porque realmente había sido así y yo lo había malinterpretado todo, pero con la frialdad que me hablaba lo estaba consiguiendo.

—Nadie lo diría, Lope... Ibas detrás de mí todo el rato.

—¡Ja! Ya te gustaría...

—¿Me estás llamando mentiroso?

—¿Acaso no lo eres...?

—¿Cómo te atreves hablarme así? ¡Soy tu rey! —grité ofendido.

—Sí... ¡Cuando te conviene!

—¡Que no me hables así!

—¿¡O qué!?

Quería a Lope a mi lado, pero no así. Quería que me deseara, lo necesitaba, y más aún ahora. Debía fingir felicidad al lado de Tiro, pero para ello tenía que obtenerla de algún lado. Si perdía a Lope... si no podía tenerlo para huir de mi horrible realidad, ¿qué sentido tenía lo que estaba haciendo? No valía la pena seguir ni un segundo más con esta farsa. Lo sé... Tampoco es que me estuviera esforzando por conseguir su perdón; al contrario, parecía que quisiera alejarlo más de mí. Estaba tan molesto que,

inconscientemente, me autoboicoteaba y, por primera vez, sentí que las ganas de vivir, que siempre me habían acompañado, empezaban a desvanecerse y que, quizá, la temible muerte era lo único que podía liberarme de ese doloroso sentimiento de rechazo. Pero, entonces, una voz me susurró al oído:

—Sé cauto, Sísifo. De tus manos cuelgan dos corazones. Si te descuidas, no tendré piedad. Saludos de mi madre —dijo.

Me giré sobresaltado, pero no vi a nadie, solo la silueta de una flecha dorada salir disparada hacia Lope, que impactó de lleno en su pecho sin moverlo ni un milímetro del sitio, como si fuera simple humo. Pero su actitud cambió al instante después de recibirla. Su mirada amenazante se esfumó como la flecha y su rostro se convirtió en una oda al amor más dependiente que te puedas llegar a imaginar. Sus ojos me observaban cual perro hambriento mira a su amo prepararle la comida. Cayó de rodillas al suelo, vino hacia mí, se rasgó la túnica y al final me abrazó las piernas.

—No te vuelvas a alejar de mí, por favor... Te lo suplico, Sísifo. Te necesito más que un sátiro a una ninfa y un poeta a las musas, más que un centauro al vino y un héroe a un padre y más que una guerra a la muerte y la muerte a la vida.

Afrodita cumplió su palabra. Necesité su ayuda y mandó a su hijo, el dios Eros, a clavarle una flecha de amor a Lope. Y lo hizo en todo del centro del corazón. Eso fue mi salvación. Una vez más el amor venció a la muerte y yo abracé la vida. Pero... ¿qué vida? Porque yo no estaba al mando de ella. Mi felicidad y mi motivación las condicionaban terceras personas y sus sentimientos hacia mí. Había algo que no estaba haciendo bien y no me daba cuenta de ello.

La boda fue apoteósica, aunque, siendo sincero, me la pasé un poco borracho. Lo suficiente para disociar y poder sobrellevarlo, pero no tanto como para hacer el ridículo. La cuestión es que no recuerdo mucho de ella, solo que la gente estaba tan animada que si hubiera bebido tanto como para bajar del altar haciendo la croqueta no le hubiera importado a nadie. Tiro estaba en una nube, la gente la aclamaba como si fuera una diosa. Normal, pensaban que esa boda era su salvación.

También recuerdo que, como ya habíamos reabierto las puertas de palacio y ya podíamos volver a tener ganado, en el banquete que organicé para todos mis súbditos hubo platos de carne, pero también de la falsa. Y, al pasar junto a las mesas de comida, me quedé embobado observando esa majestuosa obra culinaria de Lope. Eso era lo único que había de él en mi boda. Por razones obvias, no asistió. Seguí mirando las raciones y pasé los dedos por encima de ellas como si lo estuviera acariciando a él. Agarré un trozo y me lo acerqué a la boca, despacio, pero antes de comérmelo lo olí. No era su olor, pero en ese momento, con la borrachera que llevaba, sí. Acto seguido, lo manoseé y comencé a besarlo de una manera tan salvaje que al segundo ya se me había deshecho en la mano. Había visualizado tan bien que ese trozo de comida era él que al verlo desparramado por el suelo tuve el impulso de gritar horrorizado, pero, por suerte, el sentido común fue más rápido y me recompuse.

Fui consciente del ridículo que estaba haciendo y de que era muy probable que alguien estuviera disfrutando del espectáculo que estaba dando involuntariamente y, al alzar los ojos para comprobarlo, vi a decenas de personas a mi alrededor que empezaban a caminar antes de que pudiera verles bien las caras, excepto un soldado que estaba haciendo guardia a unos metros de mí, con la mirada clavada en el suelo y unos lagrimones de risa del tamaño de albaricoques cayéndole por el rostro. Le chisté y le hice un gesto con el dedo para que se acercara. La expresión de su rostro cambió por completo al darse cuenta de que me refería a él. Obedeció y vino hacia mí con las piernas temblorosas.

—¿Ves estos platos de comida? —le pregunté señalando las raciones de carne falsa.

—Sí, señor. Tienen muy buena pinta, señor.

—Bien. Pues quiero que los defiendas con tu vida. ¿Entendido?

—Mmm... No lo sé, señor. ¿A qué os referís?

—Que nadie los toque. Ni tú ni nadie.

—Ah... Por... por supuesto, señor.

—Los he contado... Como falte alguno, haremos hamburguesas contigo. ¿Entendido?

El soldado tragó saliva y asintió visiblemente aterrorizado. Era mentira, no los había contado y, si lo hubiera hecho, habría tenido que cumplir mi amenaza porque era probable que a ratos viera doble. Pero sí que quería que custodiara esos platos. No quería que lo poco que había de Lope desapareciera de mi boda. Aunque ya sabía que había vuelto y lo tenía loco de amor por mí, ese día lo eché mucho de menos. Nos lo habríamos pasado tan bien... pero tuvimos que conformarnos con vernos a escondidas.

Mi palacio era enorme y en él había mil escondites, pero corría un riesgo muy grande si tenía allí mis encuentros con Lope. Después de

que Tiro y yo nos casáramos, descubrí que era muy curiosa y que le encantaba pasearse por todo el palacio, o sea que en cualquier momento podía irrumpir por cualquier puerta y sorprendernos vete a tú a saber cómo. Solo había un sitio al que no vendría jamás y donde Lope y yo podríamos pasar todo el tiempo que quisiéramos juntos: el bosque. Y eso hicimos. Cada día.

Tiro dedicaba las tardes a pasearse por Éfira con un nuevo vestido y a escuchar la música que la sacerdotisa de Apolo tocaba con el arpa. Sí, la misma mujer que amenizaba sus días cuando vivía en Élide. Esa fue la sorpresa que le di. Tal y como me contaron mis espías, a Tiro le encantaba tener a esta mujer tocando música para ella siempre que quisiera y no poder volver a disfrutar de ello iba a resultarle duro. En un principio, la sacerdotisa no podía instalarse en mi ciudad porque, por mucho que Tiro quisiera traerla, no podía venir si no tenía un templo de Apolo cerca, ya que, como buena sacerdotisa que era, invertía la mayor parte de su tiempo en adorar a su dios. Pero, como yo no quería que a Tiro le faltaran distracciones, ordené que construyeran uno. Así que mientras ella pasaba las tardes así, yo las pasaba con mi amado Lope, en las profundidades del bosque más cercano a la ciudad. El amor, el deseo... la idolatría, en definitiva, que Lope sentía por mí, me permitía no hacer el más mínimo esfuerzo. Él era feliz queriéndome y yo dejándome querer.

—¿Cómo sería nuestra boda? —soltó Lope.

Estábamos tumbados debajo de un árbol. Yo apoyaba la cabeza en su regazo y él pasaba los dedos por mi cabello siguiendo la forma de mis rizos.

—¿Cómo te gustaría que fuera?

Sus caricias se detuvieron.

—¿Estás haciendo lo de responder con otra pregunta porque no sabes qué decir?

—¿Lo estoy haciendo?

Nos reímos.

—Me gustaría que fuera aquí —dijo señalando la orilla del río que corría a escasos metros de nosotros.

—Me parece bien. En nuestro sitio.

—Exacto.

—¿Muchos invitados o pocos?

—Eso no lo sé. Me gusta cuando estamos solos, pero odio tener que escondernos...

—Podríamos hacer una boda íntima y una celebración épica con toda la ciudad —dije rápidamente con intención de animarlo.

—No creo que quisieran... No les caigo bien.

Levanté la cabeza y lo miré a sus ojos entristecidos.

—Pues los mataré a todos.

Se empezó a reír.

—Ay... —Suspiró—. Ojalá pudiéramos casarnos.

En esa época los hombres no se casaban entre ellos, ni siquiera se contemplaba seriamente la cuestión. Por eso yo pasaba tranquilamente las tardes con él sin miedo a que Megera, la Erinia que castigaba la infidelidad, fuera a por mí, porque mi romance con Lope no podía considerarse adulterio. El matrimonio, al fin y al cabo, era un acuerdo, un contrato, para unir y/o intercambiar tierras, propiedades, ejércitos y, sobre todo, crear descendientes y herederos, aunque, en mi caso, no fuera así. Por otro lado, las relaciones entre hombres no estaban mal vistas, pero sí que había un prejuicio en cuanto al ámbito sexual y era que un rey no podía tomar un rol pasivo con un hombre jerárquicamente inferior a él...

Estupideces, vamos. Aparte de que lo que hacíamos Lope y yo solo lo sabíamos nosotros... de momento.

—¡Sísifo! —gritó alguien.

Me levanté de un salto y allí estaba, caminando hacia nosotros, furiosa. No, no era Tiro. Era mi madre. Detrás de ella apareció uno de mis soldados.

—Majestad, le hemos impedido entrar en la ciudad, pero no tengo ni idea de cómo ha sabido que vos estaríais aquí.

—Porque soy su madre. Todo lo que sabe de espiar a la gente lo ha aprendido de mí.

—¿Qué haces aquí?

Se plantó delante de mí y me dio tal bofetada que el sonido rebotó por todos los árboles del bosque.

—¡Maldito desgraciado! ¡¿Qué le has hecho a mi nieta?!

—Señora, os aconsejo que os calméis —advirtió Lope.

—¿Que me aconsejas el qué? —preguntó incrédula.

Me giré hacia él. Estaba muy tenso. Apuntaba a mi madre con una mirada frenética, como si fuera un objetivo por destruir. Apretaba fuerte los puños y parecía que la vena del cuello le fuera a estallar.

—Lope, tranquilo, es mi madre —dije apoyando mi mano en su espalda.

—No voy a permitir que nadie te haga daño...

—¡Y yo no voy a permitir que nadie haga daño a mi nieta!

—¡Tiro vino porque quiso! —exclamé volviéndome hacia ella.

—¡No te lo crees ni tú, Sísifo! Algo has hecho... aún no sé el qué, pero lo voy a averiguar y, cuando lo haga, me la voy a llevar de vuelta con su padre.

—No voy a dejar que lo hagas.

—Eso no está en tu mano, hijo mío.

De entre los árboles, espadas en mano, emergieron media docena de soldados de mi madre. El guardia que había corrido a avisarme desenvainó su arma, pero lo mataron antes de que pudiera hacer nada. Lope me agarró del brazo y se puso delante de mí para protegerme.

—Te estás equivocando, madre.

—Dejaré que sea Tiro quien me lo diga una vez sepa el rollito que tenéis vosotros dos.

Lope dio un paso hacia ella, pero los soldados la protegieron apuntándolo con sus espadas y lo obligaron a retroceder.

—No los matéis, pero si tenéis que herirlos para que no escapen, hacedlo —ordenó ella.

—¡Sí, majestad! —respondieron al unísono.

Eran demasiados. Lope podía acabar con dos, pero yo a duras penas iba a poder con uno. Había aprendido a luchar de más joven, como todos los príncipes, pero nunca fui un gran guerrero y tampoco me gustaba, así que cuando me coronaron dejé de practicar y deposité todas mis esperanzas en mis soldados, pero ahora no había ninguno por allí y mi madre se disponía a boicotear todo mi plan. Mientras me lamentaba, una paloma aterrizó delante de mis pies. Sacudió sus alas y, con cada aleteo, un pétalo de rosa caía de ellas como si fuera una de sus plumas.

—¿Afrodita...? —murmuré.

—¡Silencio! —gritó uno de los soldados.

Alcé la cabeza y vi la silueta de seis flechas volando desde donde aún estaba mi madre. Pero esas flechas no eran doradas —ni siquiera brillaban—, sino que tenían un color más oscuro; eran... de plomo. Se oyó un silbido y todos los soldados se dieron la vuelta para mirar a mi madre. Justo en ese momento, las flechas cayeron e impactaron en el pecho de los soldados, igual que le había ocurrido

a Lope. Sin embargo, estas flechas no eran de amor, sino que hicieron que todos los guerreros odiaran de inmediato a mi madre. La mataron allí mismo.

Desperté al día siguiente en mi cama. Al abrir los ojos, me pareció ver a mi hermano abalanzándose sobre mí con preocupación y avasallándome a preguntas sobre cómo me encontraba. Pero no era él, sino mi reciente esposa. Lo único que recordaba era a mi madre siendo atravesada por las espadas de sus soldados. Supongo que perdí el conocimiento, porque Tiro me dijo que un guardia me había encontrado, fuera del bosque, solo y tirado en el suelo. «Lope debió sacarme de allí para que me encontraran», pensé. Era lo mejor que podía haber hecho. Tiro sabía que yo salía a pasear, cada tarde, por las afueras de la ciudad y el bosque, pero no conocía que iba con él, ni siquiera sabía de su existencia. De pronto, mis dos consejeros entraron en nuestro dormitorio sin ni siquiera llamar a la puerta. Tiro se dirigió a ellos furiosa:

—¿iCómo os atrevéis a entrar así!? ¡El rey necesita descansar!

—Disculpadnos, honorable alteza, pero se trata de su abuela —respondió consejero dos.

—Vuestra madre, la reina Enárete, majestad —dijo consejero uno mirándome—. Ha sido asesinada.

Estaba aún tan consternado por lo sucedido que no tenía energía ni siquiera para fingir una reacción a esa noticia. Pero dio igual, porque Tiro soltó un grito de horror y cayó al suelo de rodillas, robando toda la atención de mis consejeros, que acudieron a ayudarla.

—¿iAsesinada!? ¿iPor quién!? ¿iQué ha pasado!? —exclamó Tiro.

—Venía de camino hacia aquí, pero se desvió y se adentró en el bosque, que es donde la han encontrado junto a los cadáveres de sus soldados. Por las heridas estamos bastante seguros de que sus guardias la secuestraron y la mataron allí mismo para después suicidarse. Desconocemos los motivos, pero sospechamos que detrás de este terrible ataque debe haber alguien que quiere arrebatarse el trono a su majestad, el rey Eolo —dijo consejero uno.

Desde luego el motivo no era ese, pero sí me creí que se quitaran la vida al darse cuenta de lo que habían hecho. Aunque los verdaderos responsables de su muerte no habían sido ellos. La paloma con los pétalos de rosa era una señal de Afrodita y las flechas de plomo... eran de Eros. A diferencia de lo que muchos creen, no solo inyectaba amor con sus flechas doradas, también tenía otras que te envenenaban con un odio irreprimible hacia la primera persona que vieras, las de plomo. Eros repartía adoración y desprecio a primera vista.

A pesar de todo, yo amaba a mi madre. Era la persona que me había dado la vida que tanto deseaba, aunque luego no me hubiese dado el amor que tanto necesitaba. Había presenciado su terrible muerte y, de algún modo, me sentía un poco responsable. No merecía aquel trágico e injusto final. No lograba entender por qué Eros y Afrodita habían hecho eso. ¿Para protegerme? ¿Por qué? Solo era un simple mortal. Tenía que haber algo más detrás de todo esto. Pero ¿el qué? Estaba abatido, necesitaba estar solo para poder procesar todo aquello.

—Fuera. Todos —ordené.

Tiro se levantó y me miró asustada.

—Sísifo, cariño... —Sollozó—. Déjame estar contigo, no quiero estar sola.

—Llevala con la sacerdotisa, que le toque un poco de música —ordené a mis consejeros sin ni siquiera mirarla.

No le quedó otra que aceptar mi decisión. Los consejeros la acompañaron hasta la puerta y los tres salieron. En el momento en que cerraron la puerta, como si de un interruptor se tratara, comencé a llorar. Lloré con los bonitos recuerdos en los que mi madre me sujetaba con un brazo, lloré con los malos en los que ella no estaba cuando la necesitaba, lloré recordando cuando nos echó de la ciudad y cuando la volví a ver y nos despedimos enfadados y me desmayé de nuevo al recordar su terrible muerte. Lloré hasta dormirme e incluso soñé que lloraba hasta quedarme sin lágrimas y la pena tan grande que sentía no podía salir por ningún lado y me ardía el corazón. Un ruido me hizo despertar de sopetón y, al abrir los ojos, me topé frente a frente con el rostro de Afrodita. Estaba sentada a mi lado.

—La mayoría de los hombres darían la vida de sus madres por despertarse y verme en su cama.

Si su presencia me dejó en *shock*, este comentario tan repulsivo me acabó de destrozar.

—¿Demasiado pronto? —preguntó.

—¿Por qué...? —dije aún con lágrimas en los ojos.

—Sísifo, querido... Tu madre iba a fastidiarlo todo.

—¿Y?

Me miró incrédula.

—Dime una sola vez que tu madre haya estado a tu lado cuando la necesitabas.

No pude. No me vino a la cabeza ninguna... quizá porque no existía tal recuerdo.

—No por eso merecía morir —insistí.

Suspiró y me cogió de las manos.

—¿Sabes por qué nunca respondí a sus súplicas? Porque una madre no puede pedir que sus hijos se quieran cuando ni ella les da el amor que necesitan.

Me vino a la mente el recuerdo de aquella ocasión cuando mi madre me dio aquel discurso llena de frustración por no lograr respuesta de la diosa. La justificación de Afrodita tenía sentido, pero guardárselo para ella no.

—Pues hubiera estado bien que se lo dijeras... Quizá así no habríamos llegado a esto.

Su actitud cambió de golpe. Me agarró del cuello con una mano y me sacó de la cama como si fuera una simple prenda de ropa. Me quedé con los pies colgando y en sus ojos cambiantes parecía desatarse un terrible maremoto. Estaba enfurecida.

—Cada vez que me hablas así y no descienes al reino de Hades es porque sé que lo estás pasando mal. Pero esta es la última que lo ignoro. ¿Estamos?

Asentí con la poca movilidad que tenía y me bajó hasta el suelo.

—Pero... ¿por qué yo? ¿Por qué me protegéis de esta manera? —pregunté una vez recuperé el aliento.

La diosa sonrió.

—Lo sabrás a su debido tiempo, Sísifo, siempre y cuando, pase lo que pase, no dejes de amar la vida. Es el único amor que ni yo ni mi hijo podemos darte. Así que no olvides que lo único que necesitas para seguir viviendo eres tú. Nada ni nadie más. —Se dio la vuelta para irse, pero, antes de desaparecer, me miró una última vez—. Por cierto, enhorabuena. Vas a ser padre.

Por mucho que deseara que se cumpliera la profecía real, solo me había acostado con Tiro una vez, en la noche de bodas, aprovechando que iba borracho y seguramente no recordaría nada, pero, por suerte, fue suficiente y los dioses nos bendijeron no con uno sino con dos niños que, afortunadamente, se parecían a mí. Además, llegaron en el mejor momento posible. Su nacimiento trajo la felicidad que nos había arrebatado la muerte de mi madre.

Normalmente, en las familias reales, las criadas son las que se encargan de educar y cuidar a los hijos de los reyes, como bien sabía yo. Pero no iba a permitirlo, ni Tiro tampoco. Tanto ella como yo fuimos emocionalmente huérfanos y eso hizo que nos obsesionáramos con que a nuestros hijos no les faltara ni una pizca de amor. Nuestros niños no iban a sentir el dolor, la pena y la soledad que sentimos nosotros. Y tampoco iban a odiarse como mi hermano y yo. Yo les daría el amor que sentía por ellos y el que no me ofrecieron ni mi madre ni mi padre. Quería que fueran felices, que tuvieran sueños y pudieran cumplirlos, que disfrutaran de una vida larga y que, cuando el destino lo considerara oportuno, mataran a mi hermano. Todo aquello nos unió como familia, menos lo último, claro, que no lo compartí con ella y, poco a poco, mis citas diarias con Lope pasaron a ser semanales, luego mensuales... hasta que un día, después de varios meses sin vernos, me di cuenta de que ya no quería estar con él. O mejor dicho, que ya no lo necesitaba. Al principio, él se mostró comprensivo y entendió que debía pasar

tiempo con mis hijos, aunque me echara de menos, pero cuando estuvo tanto tiempo sin saber nada de mí, no pudo aguantarse y cometió la locura de venir a verme a palacio.

—¿Se te ha ido la cabeza? No puedes estar aquí —le recriminé mientras lo llevaba hasta nuestra sala, vigilando que Tiro no nos viera.

—¿Por qué ya no quieres verme?

—Calla, por favor, espera. —Entramos y cerré la puerta—. Te dije que tenía que pasar tiempo con mis hijos, Lope.

—Mientes. Nadie pasa tanto tiempo con su familia. Ya no quieres estar conmigo.

—Sí que quiero estar contigo, pero ahora tengo otras prioridades. Se arrodilló y me abrazó las piernas.

—¿Qué tengo que hacer para ser tu prioridad? Dímelo y lo haré. Lo que sea, Sísifo.

—Nunca serás mi prioridad, Lope. Si quieres, podemos seguir viéndonos, pero cuando yo lo desee y cada cuanto pueda. Y no volverás a pisar este palacio nunca más sin mi permiso. ¿Lo has entendido?

—Pero...

—O aceptas esto, o no volverás a verme en la vida.

La ventaja de que estuviera tan enamorado de mí me permitió llevar al límite el poder que tenía sobre él. No quería perderlo para siempre, porque quizá lo necesitaría en un futuro, pero ahora debía marcarle unos límites. No te pienses, querido lector, que para mí fue fácil hablarle así; yo le quise y lo seguía queriendo, pero un amor tan desbocado necesita medidas extremas. Además, siempre podía recordar su actitud después de nuestro primer beso para calmar mi conciencia.

—Sí... majestad. Perdonadme —dijo poniéndose en pie.

Suspiré aliviado.

—A ver cómo lo hago para sacarte de aquí...

De pronto, la puerta se abrió y apareció Tiro, acompañada de los niños, que, en cuanto me vieron, vinieron corriendo a saludarme. Por aquel entonces ya tenían tres años. Me colapsé unos instantes; Tiro miró a Lope con suspicacia y acto seguido a mí, esperando una respuesta a la pregunta que no hacía falta verbalizar: «¿Quién es ese y qué hace en nuestro palacio?». Mi cabeza iba a mil, intentando buscar una escapatoria, pero no aparecía ninguna que me convenciera. Quizá solo fueron dos segundos los que estuve pensando en cómo salir de esta, pero, sorprendentemente, antes de que mi silencio fuera motivo de sospecha, Lope dio un paso al frente y se presentó.

—Un placer saludarla, alteza —dijo mientras hacía una reverencia—. Me llamo Mélope, soy un antiguo consejero de su majestad, el rey Sísifo. He pasado a saludar y estaba recordando viejos tiempos junto a su esposo.

No se trabó con una sola palabra. Lo dijo con una serenidad... que me quedé loco. Era increíble cómo pasaba de esa sumisión hacia mí a un estado de seguridad digno de un líder en la batalla.

—Daría lo que fuera por conocer el contenido de esos viejos tiempos, pero no creo que mi marido sea tan generoso —respondió ella con unas carcajadas.

Lope también se rio. Yo seguía asombrado por lo bien que había salvado la situación.

—Y supongo que estos dos jovencitos deben de ser los príncipes. A sus pies, majestades —bromeó con un tono cariñoso.

Los niños sonrieron con timidez y volvieron con su madre. E incluso yo me ruboricé un poco. Con todo lo que había pasado, se

me había olvidado lo verdaderamente encantador que podía llegar a ser Lope y por qué me gustaba tanto pasar tiempo con él.

—Bueno, un placer —dijo Tiro.

—El placer es mío, alteza.

Y le dedicó otra reverencia.

—Voy a jugar con los niños, querido.

—De acuerdo. Ahora voy.

—No hay prisa, poneos al día —dijo con una sonrisa.

Y se fueron. Lope suspiró aliviado y se giró hacia mí. Yo estaba absolutamente embobado, absorbido por su saber estar y la belleza que irradiaba cuando desataba su encanto. Ese era el Lope del que yo me enamoré... Uy, eso son palabras mayores, ¿me enamoré acaso? No lo sé, no hace falta etiquetarlo. Pero no era esa sumisión sino su seguridad, su fortaleza y su calma lo que me hacía estar a sus pies. Y sus ojos... sus oscuros y hermosos ojos que me transportaban a un futuro ficticio en el que los dos jugábamos con mis hijos como si fuéramos una familia. Nunca supe conformarme con lo que tenía, siempre aparecía algo potencialmente mejor que me hacía replanteármelo todo. Vivía obsesionado con no desperdiciar ni una sola oportunidad que pudiera brindarme otra dosis, por muy pequeña que fuera, de felicidad. Pero el problema, querido lector, es que la felicidad no está fuera, sino en uno mismo... y yo no lo sabía.

—¿Sucedó algo? ¿No lo he hecho bien? —preguntó confundido.

—No, Lope... Lo has hecho muy, pero que muy bien.

Y me abalancé sobre él.

No ha existido día ni noche en la que no haya maldecido la existencia de Zeus. No hay dios más sobrevalorado que él. Siempre ha creído que con sus rayos podía dominar el mundo, que ser el dios del cielo conllevaba tener el mayor poder y que el resto de las divinidades estábamos a su merced. Pero ¿cómo se atreve? ¿Acaso las lucecitas y ruiditos que hace en el cielo tienen algún impacto en la vida de los mortales? Dímelo tú, mortal que estás leyendo, ¿qué te mueve a ti? ¿Un rayo? ¿O el amor? Exacto.

El amor es algo que nos afecta a todos y ese poder recae en mí y en mi hijo. No en él. En fin. Otra demostración de que no por ser el jefe eres el más inteligente. El problema es que cuando ordenó a Prometeo crear a los hombres a su imagen y semejanza, pero sin sus poderes, lo hizo a la perfección y el mundo se llenó de mortales mini-Zeus: como Sísifo y Mélope. Los hombres como ellos creen que las mujeres somos idiotas. Manipulables, inocentes y presumidas: así nos ven y así nos fuerzan a ser. Y muchas veces eso nos lleva a competir entre nosotras. ¿Cuántas veces te has peleado con otra mujer por un hombre? ¿Cuántas veces has sentido envidia de una amiga? Seguro que muchas. Yo también... aunque la mayoría de las veces he sido la envidiada, todo hay que decirlo. Una vez, un mortal tuvo que entregarle una manzana dorada a la diosa que le pareciera más bella y me la dio a mí, pero Hera y Atenea se ofendieron tanto que se formó una guerra entre mortales y olímpicos. Aún me siguen culpando de ello, como si yo fuera responsable de mi belleza... Hubo

otra ocasión en la que tuve que pelearme con Perséfone por un hombre, se llamaba Adonis. No la culpo, era el hombre más hermoso que había pisado la tierra. Pero era mío.

Lo que nunca me ha pasado es tener que pelearme por un hombre con un hombre... Pobre Tiro. Me dio pena tener que provocar la muerte de su abuela, pero cuando el fin es tan grande, las muertes de los humanos son para nosotras, las diosas, lo que las muertes de los insectos son para los propios humanos: un daño necesario para no desviarte del camino. Pero, cuidado, que en ese momento no quisiera que las mentiras de Sísifo salieran a la luz no significa que aquello fuera algo que no debía suceder, al contrario. Simplemente había que esperar el momento idóneo para descubrir si había elegido bien al mortal que podía hacer temblar el mismísimo Olimpo y aprovechar esa oportunidad para hacerme con el trono. Porque lo merecía más que él y, por qué no decirlo, también por venganza. Me jodió la vida, ¿sabes? Yo estaba enamorada de su hijo Ares, el dios de la guerra, y él de mí. Éramos felices, pero Zeus me obligó a casarme con el dios Hefesto. ¿Cómo puedes hacerle esto a la diosa del amor? Llevaba mucho tiempo esperando este momento. Y, ahora, tal vez había llegado. Parece que a Zeus se le había olvidado que la principal amenaza de un dios son sus hijos... y todos los hombres lo son. Esta pequeña parte de la historia de Sísifo la voy a contar yo:

A Tiro le pareció extraño ver a su esposo tan nervioso cuando ella entró. Al irse dejó a los niños con una criada y esperó escondida, en la esquina del pasillo, a que Sísifo y Mélope salieran de la sala. Se oyeron algunos ruidos, pero en ese momento no se dio cuenta de qué los provocaba. Pobrecita mía. Al cabo de un rato, la puerta se abrió. Primero salió su marido y luego el supuesto exconsejero. Caminaron hacia donde estaba ella, que tuvo que ocultarse tras unas

largas cortinas. Ambos iban hablando en voz baja, pero, al pasar por su lado, pudo oír parte de la conversación.

—Nos vemos mañana en el bosque, donde siempre, que quiero contarte algo —dijo Sísifo con cierto temblor en sus palabras.

—No puedo esperar —contestó el otro emocionado.

Cuando finalmente se fueron, Tiro salió de su escondite. Estaba pálida como el mármol del Olimpo. Ella misma parecía no entender por qué estaba tan asustada, al fin y al cabo; no había escuchado nada concreto que le diera motivos para escandalizarse... ¿O sí? Todas sabemos que cuando tu marido se esfuerza tanto en ocultarte algo, es motivo más que suficiente para preocuparse. Por mucho que te intenten hacer ver que exageras. No, amiga, no... Ojo de loca no se equivoca. Acababa de aparecer un hombre que no había visto ni del que tampoco había oído hablar en todos los años que llevaba en Éfira y, por si eso fuera poco, habían quedado «donde siempre». En un lugar del que tampoco había oído hablar nunca y que, casualmente, estaba en el bosque. La reina Tiro, para conocer la verdad de lo que había entre ellos dos, solo podía hacer una cosa: seguirlos. Pero para ello tenía que enfrentarse a uno de sus mayores miedos y adentrarse en el impredecible bosque. Aunque si no había sido capaz de hacerlo para escuchar lo que el oráculo tenía que decir sobre su futuro... ¿lo sería para conocer qué escondía su marido?

Recién empezaba la tarde del siguiente día cuando Sísifo fue a despedirse de Tiro.

—Querida, hace tiempo que no voy a dar uno de mis paseos. ¿Te importa?

Ella pudo haber replicado que no le parecía bien, avasallarlo a preguntas o incluso decirle que lo había escuchado hablar con ese antiguo consejero. Pero no lo hizo, no quería que le mintiera más, sino ver lo que sucedía con sus propios ojos y no a través del filtro

de su esposo. Seguro que alguna vez te has preguntado cómo se comporta tu marido cuando no sabe que lo estás viendo. Pues ella también, y estaba dispuesta a descubrirlo.

—Me parece estupendo, mi amor. Pero ¿me puedes dejar a tu conductor?

—¿Perdón? —preguntó él confundido.

—Es que... no me apetece mucho caminar hoy, pero quiero dar una vuelta por la ciudad y, últimamente, no me gusta cómo conduce quien suele llevar mi carro... Pero si eso tiene que suponerte un problema...

—Para nada, querida, por ti lo que sea. —Se acercó y le besó la frente—. Me llevo al tuyo y de paso le diré cuatro cosas para que conduzca con más cuidado.

Y le guiñó un ojo. Tiro le rio la gracia y esperó a que se fuera para iniciar su plan. Cuando lo vio alejarse con su carro, ordenó a las criadas que vistieran a los niños, que prepararan un poco de comida rápida para llevarse y fue en busca del cochero de Sísifo, que la estaba esperando fuera.

—¿A dónde queréis que os lleve, alteza? Prometo conducir con extremo cuidado —dijo él seguido de una reverencia.

La reina le dedicó la más inocente de sus sonrisas.

—Adonde vaya el rey. Sus hijos y yo vamos a darle una sorpresa. ¿Verdad que sí, preciosos?

Los niños gritaron eufóricos al unísono y al conductor se le cambió la cara. Claramente sabía qué era lo que hacía Sísifo en el bosque, pero no era muy ágil con las palabras y, mientras pensaba qué decir para disuadirla, la reina y los pequeños príncipes ya se habían subido al carro.

—Bueno... majestad... Ahora que lo pienso... no estoy muy convencido de adónde quería ir... —dijo finalmente intentando salvar

la situación.

Tiro se acercó al cristal que lo separaba de él.

—Donde siempre. Quería ir «donde siempre» —susurró.

El hombre se giró hacia ella y se topó con una mirada amenazante que nunca había visto en el rostro de su reina.

—De-de acuerdo... alteza.

—Y ni se te ocurra intentar engañarme o le diré a mi marido que me has lanzado improperios delante de nuestros hijos.

—¡Jamás haría eso, alteza! —exclamó asustado.

—Pues de ti depende que él piense lo mismo, o no.

El cochero prefirió llevar a la reina hasta el escondite de Sísifo y Mélope antes que tener que defenderse de semejante acusación. Normal. Salieron de la ciudad y se adentraron en el bosque. En cuanto pasaron el primer árbol, Tiro clavó la mirada en el suelo del vehículo y se agarró con fuerza de las manitas de sus hijos, que, al contrario que ella, estaban embobados mirando la arboleda a través de las ventanas. Uno de ellos señaló a los árboles y le preguntó a su madre repetidas veces: «¿Qué son?». A la novena vez, la reina se vio obligada a alzar la mirada con sumo cuidado y se dio cuenta de que había temido tanto lo desconocido que, cuando se encontró en la boca de ese monstruo, no era tan terrible.

—Se llaman árboles, cariño.

—Oh, *áboles... áboles, áboles, áboles...* —repetía el niño.

De pronto, el carruaje disminuyó la velocidad y se detuvo a los pocos metros. El cochero abrió la puerta rápidamente y Tiro también.

—¿A dónde vas? —preguntó ella.

—A decirle que venga, ¿no queréis darle una sorpresa, alteza?

—Sí, pero ya se la daré yo —respondió tajante—. Dime dónde está mientras tú te quedas aquí con los niños.

—Alteza... no creo que sea buena idea...

—Es una orden —lo interrumpió.

El hombre agachó la cabeza y señaló hacia lo que parecía la orilla de un río.

—Allí están, alteza.

—¿«Están»?

El hombre hizo el ademán de responderle, pero Tiro ya se dirigía hacia allí. Estaba tan angustiada que se olvidó de los miedos del bosque, de arremangarse el vestido y de sus zapatos, que se quitó para no hacer ruido y dejó tirados en mitad del camino. Mientras se acercaba al lugar que le había señalado el cochero, oyó la voz de su marido. Buscó de dónde provenía y lo localizó casi al instante. Sísifo estaba sentado en el suelo con la cabeza apoyada en el hombro de Mélope. Ambos estaban desnudos. Su marido había estado yendo allí todos los días con ese hombre, mientras ella, ingenua, se paseaba por las calles de la ciudad luciendo peinados y vestidos. Esa imagen fue devastadora. Pude oír el corazón de la reina quebrarse un poco, pero absolutamente nada podía prepararla para lo que estaba a punto de escuchar.

—Te mentí —dijo Sísifo—. En realidad, os mentí a todos.

—¿De qué estás hablando?

—De la profecía.

Mélope se apartó un poco para mirarlo a los ojos.

—¿Qué quieres decir...? ¿No existe la profecía?

—Sí existe... pero no era esta.

—¿Y cuál era?

Sísifo dio un gran suspiro y se puso frente a Mélope, permitiendo que Tiro pudiera verle el rostro y, entonces, le contó la verdad. Y ella lo escuchó... todo.

—Las palabras de la sacerdotisa fueron: «Los hijos que tengas con ella matarán a Salmoneo». Pero como nadie iba a apoyarme en eso... tuve que inventarme que si no me casaba con ella, moriríamos todos —dijo Sísifo.

Cada una de las palabras de su marido era una puñalada que despedazaba el corazón de la reina y el amor que un día le brindamos desapareció. Yo le avisé: «No olvides cuidar sus corazones, como cuidas mis plegarias, porque del amor al odio hay un paso que se escapa de mi poder». Pero él no sabía que su esposa estaba escuchándolo, ni siquiera que estaba a punto de realizar un acto que iba a cambiar su vida por completo y que ahora había llegado el momento de descubrir si era el mortal capaz de alterar el orden de los dioses... o iba a ser otra decepción más. El drama estaba servido. Solo tenía que esperar. Y eso hice.

Las mentiras pesan, pero no puedes descargarlo hasta que no encuentras a alguien con quien poder sincerarte. Ese, para mí, fue Lope. Le conté que había engañado a toda mi ciudad, incluso a él, y le hablé de la verdadera profecía. Le costó bastante procesar toda esa información. Su largo silencio me tuvo en vilo hasta que, finalmente, me abrazó.

—Siento mucho que hayas tenido que pasar por todo esto para poder vengarte de tu hermano —me dijo.

A decir verdad, me esperaba un comentario juicioso, pero recordé que seguía profundamente enamorado de mí.

—Gracias por entenderlo, Lope... ¿Me guardarás el secreto?

—Por supuesto, la duda ofende.

Sonreí.

—Habrá que cuidar muy bien a estos niños, entonces.

—Y que lo digas. Ya estoy pensando maneras de decirle a Tiro que deberían aprender a luchar lo antes posible.

—La muerte de tu madre podría ser una buena justificación... ¿Por qué no iban a intentar atacar a más miembros de tu familia?

Lo miré gratamente sorprendido.

—Eres muy bueno, Lope. ¿Lo sabías?

Se rio y me acerqué a darle un beso, pero unos gritos nos interrumpieron.

—¡Majestad! —exclamó alguien.

Ambos nos levantamos de un salto y nos vestimos a toda prisa. Cuando vi que era mi cochero, me enfurecí.

—Pero ¿i qué haces aquí, pedazo de inútil!? ¿iNo tenías que estar con la reina!? —le recriminé.

—Ma-majestad... yo... la reina... sus hijos...

Estaba muy nervioso: no podía acabar una frase que ya empezaba la siguiente.

—¿Qué dices? ¡No te entiendo!

—La reina, majestad... ha venido aquí.

—¿iQué!? —exclamamos Lope y yo, prácticamente, al unísono.

—¿iPERO CÓMO SE TE OCURRE TRAERLA!? —grité.

Tenía ganas de atarlo por los pies en la parte posterior del carruaje y que los caballos lo arrastraran hasta convertirlo en polvo.

—Yo no quería... Me ha amenazado...

—¿Cómo que te ha amenazado? Pero ¿qué estás diciendo? Eso no tiene ningún sentido, le da miedo el bosque... ¿Dónde está? ¿Y los niños?

—Me ha dicho que... quería darle una sorpresa y que... mirase ahora al río.

—¿Al río?

El relincho de unos caballos nos interrumpió, seguido del ruido de unas ruedas moviéndose a toda prisa.

—¡El carruaje! ¡Se lo está llevando! —exclamó el cochero corriendo hacia allí.

Yo hice ademán de seguirlo, pero Lope me agarró del brazo. Me giré hacia él y vi el horror en su rostro. Las lágrimas caían de sus ojos, abiertos como dos faros, y chocaban con sus temblorosos labios. Miraba al frente. Poco a poco alzó una mano y señaló lo que le había aterrorizado. Su dedo llevó a mis ojos hasta el río, que discurría con calma, pero no vacío. Me deshice en un grito. Intenté

correr hacia allí, pero Lope no me soltaba. Lo golpeé, le escupí, le insulté hasta que me liberó y pude lanzarme al agua y sacarlos de allí, pero ya era demasiado tarde. Mis hijos... mis preciosos niños. Cada vez que los recuerdo... allí... bajando por las aguas de ese maldito río, flotando como si fueran dos trozos de madera... Tiro los mató. Esa asesina, monstruo, bestia sin alma... escuchó la profecía y decidió ahogar a mis hijos. Y luego huyó con el carruaje hasta la ciudad de su maldito padre. Y mientras tanto yo, en la orilla de esas aguas, sujetaba a mis dos criaturas sin vida.

—Lo siento mucho, Sísifo... yo... —dijo Lope.

—Si no hubieras venido... —lo interrumpí.

—¿Cómo dices?

—¿Por qué no esperaste?

—Sísifo...

—Mis hijos estarían vivos.

—¿Qué estás diciendo...?

—Todo esto es por tu culpa... Mélope. Mis niños están muertos... por tu culpa.

—Pero... ¿cómo puedes...?

Los dejé caer y me abalancé encima de él. Intenté pegarle de nuevo, pero me agarró de las muñecas y apenas podía mover los brazos.

—¡Si no hubieras venido! ¡Si no me hubieras convencido de volver a vernos! ¡Mis hijos...! ¡Estarían vivos!

—Sísifo, jamás querría algo así para ti... Yo te amo.

—¡Pues desaparece! ¡Si tanto me quieres, vete y no vuelvas a buscarme nunca más! ¡Me da igual lo que hagas! ¡Me da igual adónde vayas! ¡Como si te mueres! ¡Pero no quiero volver a verte EN LA VIDA!

Lope se arrodilló, suplicó mi perdón mientras lloraba desconsoladamente, pero seguí gritándole que se marchara. Me dio igual no ser justo, me dio igual que él no fuera el verdadero responsable, me dio igual todo. Necesitaba liberar mi ira, mi odio, mi dolor, y le tocó a él. Y al final se fue. Me tumbé al lado de mis hijos y lo maldije. A él y a todos. A mi padre y a mi madre, por darme la vida, pero no el amor necesario para vivirla; a mi hermano por jodérmela; a Tiro por arrebatarme la de mis hijos y a Afrodita... sobre todo a Afrodita. No los necesitaba... Todo iba como tenía que ir hasta que ella y su hijo se metieron en medio. ¡No necesitaba la ayuda de ningún dios!

—¡Afrodita! —grité al cielo—. ¡Afrodita, mis hijos!

Seguí llamándola, pero nada. Ni una paloma, ni un pétalo de rosa... ni la más mínima señal de que iba a venir a ayudarme. Me había abandonado. Había llegado a lo más alto y en un suspiro volvía a estar abajo del todo. De nuevo, solo me tenía a mí... y eso nunca había sido suficiente. No sabía estar solo, me invadía la tristeza, necesitaba a alguien que me quisiera, que llenara el vacío de las carencias afectivas que había provocado mi madre. Y un motivo, un objetivo que cumplir, algo que me hiciera pensar que si lo conseguía sería feliz. Y ya no tenía ni lo uno ni lo otro. Observé a mis hijos y contemplé seriamente la opción de unirme a ellos. Mandarlo todo a la mierda y ponerle fin a mi vida. Había tocado fondo. Me levanté del suelo y caminé hacia el río. «Es imposible salir de esta —me decía mientras entraba en el agua—. No voy a poder superarlo.» Y cada uno de estos pensamientos eran rocas enormes que añadía a mi espalda y me iban hundiendo en la más absoluta miseria a medida que el agua me cubría el cuerpo. Las lágrimas me resbalaban por las mejillas hasta juntarse con el río y yo también estaba dispuesto a unirme a ellos. El arroyo bajaba sereno y, antes

de seguir, me detuve un instante a mirar mi triste rostro reflejado en el agua.

—Ha sido un placer —le dije a mi reflejo.

—No hace falta que te despidas, en el inframundo también hay ríos —me contestó con cierta frialdad, o sea, contesté... Bueno, ya me entiendes, no es la primera vez que me desdoblo.

—Ya, pero no creo que las almas se reflejen en el agua...

—Pues yo creo que sí.

Resoplé.

—No es un buen momento para que me lleves la contraria, lo acabo de perder todo.

—Ah, ¿y yo no? ¿Te piensas que eres el único que está sufriendo?

—No te veo muy afectado...

—¿Y cómo cojones quieres que esté? ¿Cuál es la manera correcta de gestionar esto? ¿La tuya?

—Déjame en paz, no debería haberte dicho nada.

Alcé la mano para remover el agua con la intención de borrar mi rostro y finalizar la conversación, pero mi reflejo me detuvo.

—¿Y si lo consigues? —preguntó.

—¿El qué?

Al igual que un pensamiento podía derribarme, otro podía frenar mi caída. Y, como una brisa fresca en un día caluroso, la esperanza sacudió mi mente.

—Ya no tienes nada que perder... ¿verdad?

Asentí levemente.

—Pues inténtalo. No puede ir a peor.

—Pero... es que no quiero. Ya no tengo ganas ni fuerzas para seguir...

—«Ellos nos han dado la vida y pueden quitárnosla cuando les plazca» —me interrumpió—. ¿Te acuerdas?

—Sí... eso lo dijo madre.

—¿Y te parece bien?

—Claro que no, pero ¿a quién le importa mi opinión?

—A mí, imbécil. Y a ti, aunque ahora te cueste verlo. —Suspiró—. Somos sus mascotas... sus juguetes. Nos usan para sus propios fines y nosotros hemos sido unas de sus muchas víctimas. No sabemos qué quería Afrodita y quizá no lo averigüemos nunca, pero va a ser la última diosa que intente manipular nuestro destino. ¿iDe acuerdo!? —exclamó.

Yo asentí con fuerza. Su vehemencia era como una cuerda que me ayudaba a salir del pozo en el que me había metido.

—Nuestro final aún no ha llegado y lo hará cuando nosotros, y solo nosotros, lo decidamos. Nos han arrebatado a nuestros amados hijos, pero no olvides que aún quedamos tú y yo —finalizó.

Alcé la mirada al cielo y en silencio sentencié: «Seguid infravalorándome, dioses, porque os juro que recordaréis a este rey durante el resto de vuestra eterna vida. Palabra de Sísifo».

Éfira estuvo de luto durante quince días. Mis consejeros sugirieron hacer unos juegos fúnebres en honor a los pequeños príncipes, pero yo me negué. Estas tonterías solo las hacían los reyes más estúpidos, adictos a la adrenalina de las competiciones. Yo quería música, poesía y esculturas, en todo caso, y no carreras de carros y duelos con espadas. Yo quería que lloraran a mis hijos, no que se emborracharan y celebraran victorias de competiciones que nada tenían que ver con la tragedia que acababa de suceder.

La versión oficial fue que se desconocía quién los había asesinado, pero que seguramente tenía algo que ver con la muerte de mi madre. No podían saber que había sido su reina. Habrían pedido su cabeza, o incluso la mía, si supieran que todo lo habían provocado mis encuentros con Lope. La gente aceptó esa versión indefinida de los hechos, pero lo hizo porque fingí ir a rezar al templo de Apolo, el mismo que había construido para la sacerdotisa que tocaba el arpa para Tiro, donde me habían dicho que la profecía se había eliminado en el momento en el que nuestra boda había tenido lugar. Y eso calmó a mis ciudadanos. Les había mentido tanto que ya no tenía sentido ser sincero.

Poco a poco, la nueva normalidad se estableció y llegó una temporada de gran aburrimiento. No tenía nada que hacer. Mis niños no estaban, Lope tampoco... y los recuerdos comenzaron a invadir mi mente. No quería pensar en ellos ni tampoco echarlos de menos, porque me hundía y mi deseo de seguir viviendo, junto con las

palabras de mi reflejo, no tapaban el dolor que sentía. Cuando pasaba eso, me entraban ganas de buscar a Lope, de traerlo de vuelta, pero sabía que no me haría ningún bien. Esa parte de mi vida tenía que quedarse en el pasado. Necesitaba ocupar mi mente con otras cosas. Pero, de pronto, sucedió algo.

—¡Majestad!

—¡Mi bello rey!

Mis dos consejeros entraron en mis aposentos, en mitad de la noche, prendieron todas las velas y gritaron como si les hubiera tocado la lotería. Casi me da un infarto.

—Peeero ¿qué coooojo...? —Carraspeé—. ¿Estáis looccos? ¿Queréis queee os ejecute? —exclamé arrastrando algunas palabras de lo dormido que estaba.

—¡Salmoneo ha muerto! —dijeron casi a la vez.

Madre mía... Me levanté tan rápido de la cama que casi me desmayo. Tuvieron que sujetarme.

—¿E-estáis...? ¿Seguros...? —pregunté conteniendo mi alegría.

—Segurísimos, majestad —dijo consejero uno.

Por primera vez en su vida, Salmoneo me había hecho feliz. Su muerte no podía haber llegado en mejor momento. Me sentí radiante, desbordaba alegría. Después de tanto tiempo deseándolo, por fin la había palmado. Mi hermano había estirado la pata, se había quedado muñeco, había cerrado sesión, picado billete, dejado de madrugar, colgado su túnica... Qué maravilla. Mi reflejo tenía razón, debía seguir viviendo. Si me hubiese matado, me lo habría perdido... ¡Menos mal que me convenció! En cuanto se me pasó el mareo, hice un gesto a mis consejeros para que me soltaran. Obedecieron y comencé a corretear por la habitación. Salté, di puñetazos y patadas de celebración en el aire, grité de euforia mientras ellos se reían y aplaudían.

—Y pensar que llegamos a contemplar la idea de matar a su difunta esposa para herirlo, mi bello rey...

«Y más cosas que no sabéis», pensé.

—Pero... ¿qué ha pasado? ¿Cómo ha muerto...? —pregunté agotado de tanto saltar.

—Se ve que vuestro hermano, cuando vos os casasteis con su hija, se volvió loco. Comenzó a decir que era tan poderoso como el dios Zeus...

—¿Qué...? —pregunté incrédulo.

—Como lo oís, majestad —siguió—. Ordenó construir un puente de metal, alejado de la vista de sus ciudadanos; ató cazuelas, cascos y otros objetos de metal a la cola de su carro y lo conducía a toda velocidad por el puente, arriba y abajo, durante horas, mientras sus soldados disparaban flechas con fuego hacia el cielo.

—No me digas que estaba intentando imitar el sonido de los truenos...

Mis dos consejeros asintieron y yo empecé a partirme de la risa.

—Y esta tarde lo ha fulminado un rayo de los de verdad, majestad. Creemos que ha sido el mismísimo dios de los cielos.

Alecto, la Erinia que castiga la soberbia, no lo hubiera matado, sino que lo hubiera torturado con su látigo de hierro, pero parece ser que Zeus se adelantó y lo hizo estallar por cometer *hubris*, que es ese orgullo que siente un mortal que se cree igual o superior a los dioses. «Maldito Salmoneo, qué tonto —pensé—. Si te crees un dios, no lo digas... eso es sentenciarte a muerte.» Sinceramente, me creo más que hiciera esos ruidos para ver si podía molestarme, como cuando éramos pequeños, que no para intentar convencer a sus ciudadanos de que era tan poderoso como Zeus. «Aunque quizá sí que quería morir —pensé de nuevo—. Quizá hizo todo eso para acabar con su vida por todo lo alto... e intentar darme envidia hasta

en su último aliento.» Al fin y al cabo, Zeus había sabido de su existencia, pero aún no de la mía. Plantearme esa posibilidad no me hizo tanta gracia. ¿Le estaba dando demasiadas vueltas a todo el asunto? Seguramente. Mi hermano había muerto, por fin, y no era momento de rayarme, sino de celebrarlo.

—Hay que hacer una fiesta.

Mis dos consejeros se miraron confusos.

—¿A qué os referís con una fiesta, majestad?

—¿No sabes lo que es una fiesta?

Se miraron de nuevo, esta vez más preocupados. Consejero dos se dirigió a mí con su típica postura de «estás loco y te lo tengo que hacer ver de manera sutil, porque eres mi rey».

—A vuestros ciudadanos les parecerá raro que celebréis la muerte de vuestro hermano, estimado rey... La gente sabe que no os llevabais especialmente bien, sobre todo después de casarse con la reina...

—Exreina —lo corregí.

—... exreina... sí, disculpad... pero la cuestión es que quizá no lo entenderán...

—¿Y unos juegos sí?

—¿Majestad?

—Queríais hacer competiciones de lanzamiento de jabalina, carreras y no sé qué tonterías más por la muerte de mis hijos, pero ¿ahora no podemos celebrar un festival?

—Bueno, majestad, lo de las «tonterías», como vos decís, son juegos fúnebres, algo que la mayoría de los reinos celebran cuando fallecen miembros de la realeza o héroes.

—¿Tengo cara de que me importen la mayoría de los reinos?

Negaron con la cabeza.

—Pues nosotros vamos a celebrar unas «fiestas fúnebres». Serán cinco días de música, comida y bebida, sin parar. Y nadie trabajará, a ver si eso también les parece mal.

—Pero...

—¡Ni peros ni peras! ¡Joder! Llevo toda la vida esperando este momento y no voy a permitir que me lo jodáis. ¿Estamos?

Ambos asintieron.

—Qué aguafiestas que sois... Y ahora largo, que tengo que coger fuerzas porque me voy a beber hasta el agua de los caballos.

Hicieron una reverencia a toda prisa y salieron cagando hostias de mi habitación. Iba a decir que dormí como un bebé, pero esa expresión solo la usa la gente que no tiene hijos, así que os diré que dormí como un oso en plena hibernación. ¿Sabes cuando oyes un ruido incesante durante horas y al final desaparece? Pues ese fue el alivio que sentí, pero en vez de ruido era mi hermano y en vez de horas, toda mi vida.

Tuvieron que comerse sus palabras porque no hubo ni una sola persona que dijera «Oh, no me parece bien, quiero ir a trabajar». Y se armó un festival grandioso. Nunca me lo había pasado tan bien, aunque, siendo sincero, cinco días fueron demasiados. La noche del tercer día me fui a dormir con una borrachera que había hecho que hasta se me olvidara andar. Por suerte, mis criados me recordaron que era el rey y me llevaron hasta la cama... Los plebeyos borrachos no tuvieron la misma suerte y acabaron durmiendo tirados por las calles de Éfira. Pero valió cada maldito segundo. Me desperté la tarde del quinto día, dormí casi cuarenta horas... No sabía que eso era posible. Eso sí, me levanté con un hambre y una sed que bajé directamente a la cocina sin esperar a que me llevaran comida y bebida a la mesa del comedor. Después de lamer hasta el último plato, salí al jardín a que me diera un poco el sol y madre mía... menuda sensación. Como si hubiera vuelto a nacer. El césped estaba más verde, las flores más coloridas e incluso olían mejor, el aire era más puro...

—¡Majestad!

—¡Mi bello rey!

Pero la voz de mis consejeros seguía siendo la misma. Venían corriendo hacia mí.

—Sea lo que sea, puede esperar a mañana, que ya está a punto de anochecer.

—Me temo que no, majestad.

—Pues no temas tanto.

—Ha habido un robo... —soltó consejero dos.

—¿Un robo? ¿De qué?

—De bueyes, majestad. Alguien ha aprovechado estos días de fiesta para robarlos.

—¿Cuántos?

—Disculpad, mi admirada alteza, pero creo que más que el número de bestias robadas, le interesará saber quién ha sido el único al que no le han robado ninguna...

Aún me estaba despertando de la gran dormida, pero me tomó pocos segundos pensar en alguien capaz de hacer eso. Solo había una persona que también tenía ganado, que no había asistido a la fiesta, principalmente porque no había sido invitado... y que no era la primera vez que robaba a mi gente. Un hombre tan miserable como para aprovechar un funeral para usurpar sus posesiones a los propios asistentes.

—Autólico, el hijo del dios Hermes —dije apretando los dientes.

—Así es, majestad. Pero eso no es todo. Varios de los afectados por estos robos aseguran que Autólico tiene más ganado que antes.

Resoplé.

—¿Pues a qué esperáis? ¿Hace falta que os dé la orden de arrestarlo?

—Es que hay un problema...

—¿Qué problema?

—Los animales robados son bueyes, majestad... Y Autólico solo tiene vacas.

—Aunque conozcamos sus poderes, no podemos demostrar que ha sido él quien los ha robado, mi bello rey.

Ellos veían un problema, pero yo vi una oportunidad para acercarme al juramento que hice el día que murieron mis hijos.

Autólico podía transformar cualquier cosa en lo que quisiera y estaba claro que sus vacas nuevas eran los bueyes robados. Pero se me ocurrió una forma bien simple de pillarlo.

—Llebadme con los ganaderos, debo hablar con ellos antes de que anochezca. He tenido una idea.

Así lo hicieron y les expliqué mi plan. Todos accedieron a despreocuparse de su ganado durante las siguientes noches y, como era de esperar, se repitió el delito. Pero esta vez podíamos atraparlo. Finalmente, junto con mis consejeros y un par de soldados, fui a visitar a ese desgraciado.

—Pero ¿qué ven mis ojos? ¿Rey Sísifo? ¿Seguís vivo? Al paso que va vuestra familia debéis de ser el único... ¡Ha, ha, ha! —dijo Autólico con su particular risa.

—¿Cómo te atreves? ¡Ladrón! —exclamó consejero dos.

—Cálmate —le dije.

—Eso, haz caso a tu amo. ¡Ha, ha, ha!

Ganas de cortarle la cabeza y ponerla en el techo de mi carroza no me faltaban, pero la posibilidad de haber engañado al hijo del dios del engaño me ofrecía una victoria más sabrosa.

—Qué barbaridad, Autólico, qué rápido se reproducen tus vacas y qué rápido crecen. ¿Cómo lo haces? —le pregunté con sarcasmo.

—Quien puede, puede, y quien no puede, soporta, querido rey. ¡Ha, ha, ha!

Imité el estúpido sonido de su risa.

—Me había olvidado de lo gracioso que eres, Autólico. ¿Puedo pasar?

Me miró extrañado.

—¿Qué ocurre? ¿Tienes algo que esconder?

—¿Yo? ¡Ha, ha, ha! En absoluto, rey, pasad a ver mis vacas.

—Eso voy a hacer —dije entrando por la puerta del vallado—. ¿Te has enterado de que ha habido varios robos de bueyes? —le pregunté.

—¿Qué me decís, señor rey? ¿Hay un ladrón de bueyes? Menos mal que yo solo tengo reses —respondió con un exceso de ironía.

La impunidad con la que creía que podía llevar a cabo estos robos le permitía hasta confesar su delito si quisiera, porque, total, no se podían demostrar. O al menos eso pensaba él. Me paseé entre las vacas un rato, las observé de arriba abajo y di con un grupo de ellas especialmente sospechosas.

—¿Te importa acercarte un momento?

Autólico resopló como si fuera un niño pequeño y vino hacia mí.

—¿Qué pasa? ¿Queréis una vaca, señor rey? Venga, va, escoged una, que os la regalo, pero volved ya a vuestro palacio, que tengo cosas que hacer.

Le dediqué una sonrisa burlona y le señalé la vaca que tenía a mi izquierda.

—Quiero esa, me gusta lo que pone en sus pezuñas.

Autólico me miró confundido.

—¿Cómo?

—¿No te has fijado? Mira.

Me acerqué al animal y, con mucho cuidado, levanté una de sus patas.

—¿Qué es eso? —preguntó acercándose.

—Léelo en voz alta.

—«Autólico me ha robado.» Pero... ¿qué? ¿Cómo has hecho eso? —exclamó.

Levanté los hombros y le dediqué otra sonrisa traviesa.

—Quien puede, puede y quien no...

Soltó otra de sus risas y algún aplauso.

—Bien jugado, Sísifo. Me enorgullece haber perdido de esta manera.

—Sí, sí, lo que tú digas, pero devuélvenos los bueyes.

Autólico chasqueó los dedos y una treintena de vacas volvieron a ser bueyes. Lo único que había hecho era decirle a los ganaderos que grabaran la inscripción «Autólico me ha robado» debajo de las pezuñas de sus animales, ya que era poco probable que se fijara en eso en el momento de transformarlas en vacas. Y había estado en lo cierto. Querido lector, ¿eres consciente de lo que acababa de conseguir? Había engañado a un semidiós. Pero no a uno cualquiera, no... al hijo del mismísimo dios Hermes. ¡El dios de la mentira y de los ladrones! Eso era como matar de un rayo a un hijo de Zeus. Me había reído en toda la cara del tonto de Autólico. Había barrido el suelo con el príncipe de los embaucadores. ¡Y lo había hecho yo! Un simple mortal, un humano con absolutamente ningún poder divino. Algo estaba cambiando en el mundo y yo era el líder de esa revolución. Y aquello no había hecho nada más que empezar. Acababa de subir de nivel. Engañar a los de mi estirpe se había convertido en un juego de niños para mí. ¿Qué iba a ser lo siguiente? ¿Un dios?

Sabotear el robo de Autólico fue considerado un acto heroico, pero no solo por parte de mis ciudadanos. Al parecer se viralizó. Bueno, ya me entiendes, que llegó a los oídos de otros reinos y, de pronto, me convertí en una especie de héroe intelectual, me llovían ofertas de todo tipo y las aceptaba. ¿Un rey trabajando de más? ¿O trabajando? ¿Y para otros reyes? Lo sé, es rarísimo, déjame explicártelo. Ellos me ofrecían grandes sumas de dinero, propiedades, joyas... a cambio de dar solución a problemas aparentemente muy complejos, pero que yo enseguida resolvía.

Yo no tenía ningún «poder» del que el resto de los humanos careciera, simplemente era más listo. Me daba cuenta de cosas en las que los demás no se fijaban. Quizá porque durante toda mi vida me había visto obligado a hacerlo para poder destacar por encima de mi hermano o, directamente, fastidiarlo. Se podría decir que mi trauma era mi «poder». Es curioso... Mientras que los dioses tienen poderes porque sí, los humanos debemos pagar un precio por ello. Y estoy seguro de que tú, querido lector, también posees alguno... aunque es probable que pienses que el dolor no ha valido la pena y no seré yo quien te intente convencer de lo contrario. Al fin y al cabo, estos «poderes» se desarrollan para ayudarnos a sobrevivir. O también para sanar nuestra herida, como en mi caso.

A mí, el dinero y todo lo material que recibía a cambio me daba exactamente igual; era rey, tenía muchísimo más dinero, joyas y tierras de las que necesitaba. No lo hacía por eso, sino por la

admiración que provocaba en la gente. Me aclamaban, me querían, me veneraban. Así debían sentirse los dioses, pensaba, y si quería dejar huella para que me recordaran, debía entenderlos, empatizar con ellos. Era una sensación increíble, normal que estuvieran obsesionados con que los mortales les rezáramos. Yo me iba a dormir cada noche sabiendo que había alguien que me adoraba y eso era una locura, algo que no había sentido nunca. Y era un amor merecido, porque los había ayudado de verdad, no como cuando mis ciudadanos pensaron que los había librado de una terrorífica profecía o cuando Afrodita hizo que Lope y Tiro se enamoraran locamente de mí. Aquello era real y me hacía sentir bien, feliz. Pero no puedo evitar preguntarme... Si mi madre y mi padre me hubiesen hecho sentir querido, ¿habría sabido ser feliz con menos? Nunca lo sabré. Y por culpa de eso, ahora tenía que sobreexplotarme para encontrarle un sentido a mi vida y cuanto más lejos llegaba, más necesitaba superarme y conseguirlo no me satisfacía... Era un bucle: cuanto más tenía, más quería y más hacía.

Me acostumbré a esa fama, la normalicé, como si fuera respirar; no eres consciente de que respiras de manera automática... Bueno, ahora que lo he dicho quizá te haya hecho pensar en ello, te pido disculpas. La cuestión es que llegué otra vez al punto de no poder avanzar porque todo era igual. Los mismos problemas, las mismas soluciones... pero hay veces que uno debe confiar en el proceso y tener paciencia, de lo contrario podría perderse algo que cambiaría el rumbo de su vida para siempre.

Un día, volviendo a palacio después de ayudar a otro de esos reyes inútiles, mientras el carruaje me llevaba por un camino que atravesaba un río, vi a una preciosa ninfa bañándose en el agua. Era una náyade, para ser más concreto, que son las ninfas de agua dulce. La belleza de estos seres era más una losa que una bendición

para ellas, ya que todos los hombres, o sea dioses, semidioses, humanos, sátiros, centauros, cíclopes... se volvían locos y muchos de estos llegaban a perseguirlas, secuestrarlas e incluso violarlas, como el dios de dioses, por ejemplo.

—Qué cruel es tu belleza, hermosa ninfa, ojalá el bosque te proteja de ser vista por Zeus —murmuré.

De pronto, un espectacular chillido retumbó en el cielo. Miré arriba y vi a una impresionante águila, de dimensiones imposibles, descender a la velocidad de un rayo hacia el arroyo. La ninfa quiso gritar, pero antes de poder emitir sonido alguno, las garras de la bestia la sacaron del río y se la llevó volando. «¿Qué cojones acaba de pasar? —me pregunté—. ¿Las casualidades existen en un mundo gobernado por dioses? ¿O me había oído?» Porque esa increíble criatura no podía ser otro que el mismísimo Zeus. El águila era la forma que tomaba para secuestrar a sus víctimas desde el cielo. Independientemente de si me había oído, la información es poder y tenía la intuición de que lo que acababa de presenciar podía sacarme de mi estancamiento.

—Ve más rápido —ordené a mi nuevo cochero.

Sí, el antiguo lo dejó. Normal.

—A la orden, alteza.

Aumentamos la velocidad y fui dándole indicaciones hasta que tuvimos que detenernos al toparnos con el mar. Por suerte, los árboles ya no obstaculizaban el recorrido del dios del cielo y logré ver cómo aterrizaba en una isla lejana. No sabía quién era esa ninfa, pero que Zeus la quisiera esconder significaba que alguien la echaría de menos y yo era el único que sabía dónde estaba. Ahora solo hacía falta esperar.

—Rey Sísifo, alguien de mi palacio está robando mis joyas y no logro averiguar quién es. He renovado a todos los miembros del

servicio, a los soldados, los cocineros... ¡y los robos no cesan! Por favor, ayudadme, esta situación es desesperante.

Una vez por semana recibía a reyes que solicitaban mi ayuda. Cada vez era más aburrido, ya que, como te he dicho, los problemas eran siempre los mismos y, por lo tanto, las soluciones también.

—¿Habéis probado de renovar a su familia?

—¿Cómo decía...?

—Si no son los criados, ni los soldados ni los cocineros...

—¿Qué insinuáis, rey Sísifo?

«Que eres tontísimo», pensé.

—¿Vos qué creéis?

Iba a contestarme, pero en ese momento se armó un barullo entre los reyes que estaban esperando para hablar conmigo. Me levanté de mi trono para averiguar qué estaba sucediendo y vi a un hombre con una espesa barba y una larga melena, completamente desnudo y empapado como si acabara de salir de darse un baño, avanzando hacia mí y obligando a los demás a apartarse de su camino. Mis guardias desenvainaron sus espadas, pero del agua que chorreaba ese señor emergieron mangueras que rodearon sus cuerpos hasta dejarlos completamente inmovilizados. Aquel no era un simple hombre mojado.

—Échalos —dijo con una voz muy grave.

—¡Fuera todos! —ordené al instante.

Soltó a los soldados y se retiraron a toda prisa junto con los demás reyes. Nos quedamos solos. Se deslizó hacia mí con el agua que iba derramando y aguanté la respiración. No sé si fue miedo o euforia lo que sentí, pero me temblaban hasta las pestañas. No era la primera vez que alguien con un poder divino me hacía una visita, pero la forma humana de Afrodita era fácil de entender, no como

esta criatura que había optado por presentarse así. Parecía un río con forma de hombre y no iba mal encaminado con mi suposición.

—Mi nombre es Asopo, soy un dios-río y acudo a ti, Sísifo, en busca de ayuda.

Su voz rebotó por toda la sala. Tardé en responder, necesitaba unos segundos para procesar el hecho de que un dios me estuviera pidiendo ayuda.

—Cla-claro... decidme... cómo... ¿qué puedo hacer...?

Me maldije por haberme trabado tanto. Creí que el dios daría media vuelta entonces. Pero no.

—Mi hija —respondió.

—¿Qué ocurre? —pregunté, esta vez sin mostrar mis nervios.

—Ha desaparecido.

¿Un dios-río que había perdido a su hija? El momento había llegado.

—¿Cómo se llama vuestra hija?

—Egina. Es una hermosa náyade. La última vez que alguien la vio fue caminando por el bosque, dijo que iba a bañarse en el río. Mi río.

—Soberano Asopo... permitidme decir que esa no fue la última vez que alguien vio a vuestra hija. Sé dónde está y quién se la ha llevado.

Le conté todo lo que había visto. Se mostró tan agradecido que me prometió que si él lograba rescatarla me otorgaría un poder de su ámbito: caminar por encima de los ríos, respirar bajo el agua... el que quisiera. Pero eso nunca sucedió. Asopo se lanzó al mar y nadó a toda prisa hasta la isla en la que se encontraba su hija, pero, cuando apenas llevaba la mitad del camino recorrido, un rayo celestial le impactó en la cabeza y lo mató al instante. Zeus había fulminado a un dios que quería salvar a su hija de sus asquerosas garras y era cuestión de tiempo que averiguara de dónde había

sacado esa información. Debía prepararme: su siguiente objetivo era yo.

Estuve días sin pegar ojo. Me confiné en mi palacio y prohibí que se abriera ni una sola ventana por miedo a que el dios de los cielos aprovechara la menor oportunidad para lanzarme uno de sus rayos, como si eso fuera a impedirlo. La mayor parte del tiempo la pasaba en el baño, donde no había ventana alguna, hablando con la única persona que podía ayudarme, o eso pensaba.

—¿Voy a morir? ¿Y, encima, como mi hermano? —le pregunté a mi yo del espejo, al borde del sollozo.

—Sí, eso es exactamente lo que va a pasar.

—Se supone que debes consolarme.

—Tú a mí no me dices lo que tengo que hacer y, ahora mismo, considero que debes sufrir un poco.

—¿Qué? ¿Por qué? —pregunté ofendido.

—Porque todo esto es culpa tuya, te lo has buscado tú mismo. No sabes quedarte quieto y ahora tienes que esconderte para que Zeus no te convierta en una palomita.

—Pero ¿cómo te atreves a decirme esto? ¡Fuiste tú el que dijo que éramos sus juguetes y que había que hacer algo al respecto!

—No, no, no... yo solo dije que éramos sus juguetes. Lo de que había que hacer algo lo soltaste tú solito.

Me llevé las manos a la cabeza y resoplé agobiado.

—¡Pero yo no quiero morir! Aún no... ¿Debería rezar a Zeus para pedirle perdón?

—¿Tú estás loco? ¿Has pensado que quizá te estás emparanoiando como un estúpido y que en realidad no sabe que fuiste tú el que desveló a Asopo el paradero de su hija? Suplicarle perdón sería como confesar, como invocarle.

—Puede que tengas razón...

—Lo que tienes que hacer es descansar. En este estado no puedes pensar con claridad y hasta haces que te trate como una mierda —concluyó.

—Vale, vale... pero que sepas que «si no puedo estar quieto» es porque la herida emocional que me provocó madre es tan grande que...

—Sísifo... haz el favor. Que, aunque te veas invertido, sigues siendo tú.

Y salí del baño enfadado. Desde luego, a veces no hay peor enemigo que uno mismo.

Por fin llegó la noche en la que pude dormir. Y soñé. Pero no fue un sueño extraño, ni siquiera fue algo ficticio, sino que se trató de un repaso de toda mi vida, desde que nací y mi madre me sujetó con uno de sus brazos, pasando por las incontables peleas con mi hermano, mi destierro de Eolia, cuando me enteré de que Salmoneo dejó de odiarme, el día que conocí a Lope, el nacimiento de mis hijos, su muerte a manos de su madre... hasta hoy. Fue como vivir mi vida de nuevo, entera y con todo tipo de detalles. Y me pareció un tanto extraño, sospechoso incluso. Mi intuición se despertó antes que mi cuerpo y un pensamiento interrumpió mi sueño: «Que se me pase toda la vida por delante solo puede significar una cosa». Abrí los ojos y vi un dedo a menos de un palmo de mi cara. Retrocedí llevado por el pánico y rodé por la cama en dirección contraria hasta caer al suelo.

—No tengas miedo, Sísifo, a todos os llega vuestro momento — dijo una voz grave, parecida a la de Asopo.

Me liberé de las sábanas a toda prisa y me puse en pie de un salto. A pocos metros, había un ser con forma de hombre. Tenía el torso descubierto y podía verse su piel grisácea. Por detrás le asomaban dos alas del mismo color que intentaba esconder inútilmente, ya que cada una de ellas era tan grande como yo. Me miraba con sus ojos oscuros, que me hicieron recordar a mi querido Lope, aunque, todo hay que decirlo, este dios que estaba en mi habitación era infinitamente más hermoso y me hubiera dejado tocar por él, de no ser porque tenía toda la pinta de que sus intenciones eran otras. En el sueño reviví el momento en el que tuve que presenciar la ejecución de aquel criado que nos dio unas espadas, a mí y a mi hermano, para pelearnos y, ahora, despierto, resonó en mi cabeza parte de la conversación posterior que tuve con mi madre y Salmoneo:

«Ahora mismo, Tánatos se está llevando el alma de ese hombre al reino de los muertos...», dijo mi madre.

«¿Quién es Tán...?», repuse yo

«Es la muerte —me interrumpió mi hermano hablando a toda velocidad—. Es un dios muy bello que si te toca con el dedo te mueres y te lleva al inframundo, que es el reino de los muertos.»

Zeus ni se había molestado en intentar matarme él mismo, sino que, en su lugar, había enviado al dios de la muerte... ¡Como si yo fuera un simple humano más! Esto era mucho peor de lo que me había imaginado.

—Tánatos...

—Sísifo.

—¿Sabes mi nombre? —pregunté esperanzado.

—Qué menos, siempre me aprendo los nombres y un poco de la vida de los pobres humanos a los que les ha llegado su hora.

Eso me dolió más que el menosprecio de Zeus. ¡Yo no era un humano cualquiera! Había conseguido engañar a toda una ciudad, y varias veces; me había venido a visitar la mismísima Afrodita, también varias veces; había ayudado a un dios-río a intentar recuperar a su hija, secuestrada por el dios de los cielos... eso solo una vez, pero porque Zeus ya estaba intentando despacharme. ¡Y por no hablar de cuando boicoteé a Autólico! «Me da igual lo que diga la jodida muerte, me da igual lo que le haya ordenado el maldito Zeus. ¡Yo decido cuándo llega mi hora y aún no ha llegado!», gritaba para mis adentros. Déjame decirte algo, querido lector, la vida es lo más valioso que tenemos los mortales y, aunque haya un dios con poder para quitárnosla, eso no quiere decir que tenga derecho a hacerlo. Mi vida era mía y si ese hijo de puta la quería no le iba a bastar con tocarme con un dedo, iba a tener que arrancármela con los de las manos y los de los pies.

De pronto, mientras Tánatos se acercaba, de la túnica que le cubría de cintura para abajo asomaron unos grilletes dorados y tuve una idea que nadie en su sano juicio hubiera dado por buena, pero yo ya hacía tiempo que había perdido la cordura. Mi orgullo venció al miedo y una sorprendente sensación de confianza en mí mismo me invadió todo el cuerpo. Pero al dios que había en mi habitación no le mostré nada de aquello, sino una falsa admiración que estaba muy seguro de que nunca había recibido por parte de un humano porque, al fin y al cabo, ¿qué clase de mortal venera a la muerte?

—¿Qué es eso? —pregunté boquiabierto señalando los grilletes.

Tánatos se detuvo en seco, confuso por mi nueva actitud, y sacó las esposas de su túnica.

—¿Esto?

Asentí como un fan.

—Unos grilletes —respondió.

—Oh, adorado Tánatos, cuando creía que erais el dios perfecto y no podíais sorprender más, vais y lo hacéis.

El dios se ruborizó y una pequeña sonrisa se formó en la comisura de sus labios.

—¿Por...? ¿Por qué dices eso? Solo son... eso... unos grilletes.

—Qué modesto sois, mi bello dios.

Sin querer, le acababa de hacer un homenaje a consejero dos. Tánatos sonrió de nuevo, pero esta vez soltó un poco de aire por la nariz.

—No hay para tanto... solo son por si algún mortal intenta huir mientras lo llevo al inframundo.

—¿Qué clase de mortal huiría de vos, magnífico Tánatos? Seguro que no los habéis tenido que usar nunca.

—Pues ahora que lo dices, aún no se ha dado la situación...

—¡Lo sabía! —exclamé.

¿Cómo iba a saber yo que no los había usado? Me la jugué y acerté. Estaba en la recta final de mi plan y Tánatos estaba muy receptivo; era ahora o nunca.

—Son tan hermosos... deben quedar tan bien en vuestras muñecas —dije.

—¿Tú crees?

—¿Grilletes dorados envolviendo vuestra preciosa piel gris...? ¡Por supuesto! Un momento... Disculpad la pregunta, excelencia, pero... ¿nunca os los habéis probado? —pregunté incrédulo.

—No se me había ocurrido.

—Pues menos mal que he caído en preguntároslo, dios Tánatos. Sería un auténtico crimen que la sucia piel de un simple humano estrenara vuestros divinos grilletes.

El señor de la muerte quedó encandilado con mis palabras y, sin pensárselo más, se puso uno y luego otro. Había conseguido esposar a la muerte, pero ahora tenía que encontrar dónde tenía escondida la llave e ingeniármelas para robársela antes de que se liberara. Aproveché que se estaba mirando cómo le quedaban para hacer un repaso visual por su túnica, pero no vi nada. Alzó los ojos para buscar mi aprobación e interrumpí mi búsqueda para dársela junto con un breve aplauso y una breve selección de algunos de los síntomas del síndrome de Stendhal. Tánatos sonrió halagado, chasqueó los dedos y los grilletes se sacudieron solos. «Soy idiota», pensé. No había llave porque no la necesitaba. «Es un dios, no un cerrajero.» «Qué estúpido, con lo bien que lo había hecho hasta ahora y con un chasquido todo se ha ido a la...»

—Mierda... —murmuró el dios.

No se habían abierto. Tánatos seguía esposado y la esperanza volvió a mí.

—¿Todo bien...?

—No... —respondió avergonzado.

—¿Puedo ayudarlos en algo?

Intentó forzar los grilletes y resopló.

—No recordaba que también sirven para esposar a criaturas no humanas. Tienen un hechizo para evitar que puedan usar sus poderes.

Yo seguía estático por fuera, pero mi alma estaba de fiesta en mi interior.

—¿Qué me decís, Tánatos? ¿Y ahora qué hacemos? —pregunté, intentando, fervientemente, no sonar irónico.

—Hay que ir a... —Tragó saliva. Se le notaba muy nervioso—. ¿Hay algún templo en tu ciudad? Tiene que ayudarme algún dios... pero que no sea Zeus... A él no le va a gustar esto...

—Por supuesto, excelencia, tenemos un templo en honor al dios Apolo.

—Llévame hasta allí y procura que no me vea ningún humano.

—No os preocupéis, señor de la muerte... —Pasé por su lado y abrí la puerta de mi enorme armario, en el que guardaba mis ropas e indumentarias—. Por aquí.

—Qué sitio más raro... —dijo.

—Es un pasadizo secreto, por si algún día hay una guerra y tengo que sacar a mi familia de la ciudad sin ser vistos.

—No sé por qué, pensaba que no tenías familia, Sísifo —dijo metiéndose en el armario.

—Pues porque no tengo.

Cerré la puerta de golpe, la aguanté con una mano y con la otra cogí la llave que colgaba del lateral del armario, la metí en la cerradura y di cuatro vueltas mientras él gritaba y daba golpes. Me aparté y observé el armario, que, por muchos golpes que diera, no se movía ni un milímetro. Estaba a salvo. Lo había conseguido. No me lo podía creer. Me empezaron a temblar las piernas, luego los brazos y la vibración se extendió por el resto de mi cuerpo. Me senté en el suelo completamente abrumado y todas mis emociones acumuladas salieron en forma de lágrimas.

—He... engañado... a Tánatos. Yo... Sísifo... he engañado a la muerte.

Estaba yo tranquilamente tumbado en la orilla de una remota isla, muy lejos de mi esposa y junto a mi querido Ganimedes, que me acariciaba la cabeza. Completamente desconectado de mis responsabilidades olímpicas, disfrutando de unas merecidísimas vacaciones y sin nada ni nadie que pudiera molestarme, básicamente porque no los había avisado. Dos semanas estuve desaparecido. Ni un día más ni un día menos. Pero cuando volví de este pequeño descanso y pisé el monte Olimpo, vino corriendo hacia mí la pesada de mi mujer para avasallarme a preguntas.

—¿Dónde estabas? Te he buscado por todas partes —preguntó sacudiendo su púrpura melena.

Ya me estaba arrepintiendo de haberme ido.

—En una isla de por ahí...

—¿Cómo que en una isla? ¿Y con quién? ¿Estabas con otra?
¡Responde, adúltero!

—¡Que no, joder! ¡Que estaba solo!

—¡A mí no me grites, idiota!

—¡Has empezado tú!

—¡No! ¡Empezaste tú cuando me fuiste infiel!

—Oh, qué pesada eres... ¡Supéralo ya!

—¡Lo superaré cuando dejes de hacerlo!

De pronto, apareció nuestro hijo Ares corriendo también hacia nosotros, con esa cara de estar permanentemente en guerra. Sus

ojos rojos me molestaban profundamente, me recordaban al fuego que el grandísimo idiota de Prometeo le había dado a los humanos.

—¿Se lo has dicho ya, madre?

—¿Decirme el qué? —pregunté confundido.

—No, parece que tu padre no quiere escucharme. Tendré que decírselo en otro momento.

Rodeó a Ares por el hombro e intentó alejarlo de mí.

—Pero ¿de qué habláis? ¿Qué pasa? —pregunté avanzando hacia ellos.

—Esto no puede esperar, madre, los humanos no la palman... —dijo él rascándose su cabello con forma de casco.

—¡Te quieres callar! —lo interrumpió Hera.

—¿Qué acabas de decir, Ares?

—No ha dicho nada.

—¡Hera! ¡Deja de tocarme los cojones! ¡No he estado con nadie! —le mentí.

Se giró hacia mí y me abofeteó la cara.

—Te he dicho que no me gritaras.

Se puso a llorar y se fue corriendo, supongo que hacia su habitación. Lo de siempre, vaya.

—Es muy loco que os habléis así, padre, no me gusta...

—A mí no me gustan muchas cosas y me aguanto.

—Cero unidades de verdad en lo que acabas de decir, padre; cuando algo no te gusta, lo cambias o te lo cargas...

—Porque soy tu dios y el de todos los seres y tú no, así que deja de tocarme los cojones tú también o te reduciré a cero unidades de dios Ares.

—... no me ha hecho gracia.

Qué hijo más tonto. En momentos como este entendía perfectamente por qué mi padre había intentado matar a todos sus

hijos.

—¿Qué has querido decir con que «los humanos no la palman»?

—Pues eso... que no se mueren.

Seguí sin entender lo que me estaba diciendo, ya que carecía de sentido; los humanos no podían convertirse en inmortales así como así. Le pedí al zopenco de mi hijo que me mostrara lo que le había hecho pensar eso y me llevó hasta una ciudad que estaba siendo atacada por un ejército enemigo. Me bastaron dos segundos para ver a lo que se refería. Guerreros empapados en sangre atravesándose unos a otros con sus espadas, pero sin que su cuerpo cediera ni un milímetro. Otros, con tantas flechas clavadas en el torso y la espalda que parecían erizos, recibiendo aún más proyectiles como si fueran meras gotas de lluvia.

—Esto no está bien... Esto no debería estar pasando...

—Lo sé, padre, es una locura, por eso te lo he dicho.

Agarré a Ares del cuello y lo empecé a sacudir con fuerza.

—¿¡POR QUÉ NO ME HAS AVISADO ANTES!?

—Pa-padre... por-por que-que...

—¡NI DESCANSAR PUEDO! ¡JODER! ¡PANDA DE INEPTOS!

Estaba furioso. Alguien tenía que darme muchas explicaciones y ese alguien estaba en el inframundo. Pero no iba a bajar solo, antes debía hacer su maldito trabajo. Me transformé en una gran nube que cubrió toda la ciudad y el campo de batalla, descendí a la velocidad de un rayo y me llevé por delante a todos esos humanos que ya debían estar muertos. Yo mismo separé las almas de sus cuerpos como si fueran cáscaras de plátanos y los arrastré hasta el reino de los muertos. Volví a mi estado previo y aterricé encima de la orilla del río Estigia con tanta fuerza que hice temblar todo el inframundo. Allí no había ni un alma, literalmente, solo las que acababa de

recoger. La única criatura que vi fue al barquero Caronte, que me miraba patidifuso desde su barca aparcada en el agua.

—Dios... Zeus... ¿qué hacéis...? ¡Qué agradable sorpresa! ¿A qué debemos el honor...? —dijo fingiendo alegría y con su odiosa manera de pronunciar las eses.

—¿Por qué los humanos no están muriendo? —lo interrumpí caminando hacia él.

—Esa es una muy buena pregunta, dios Zeus... y me encantaría poder contestárosla, pero...

—No tienes ni idea, ¿verdad?

Tardó un poco en responder.

—Está todo bajo control, dios Zeus...

Resoplé.

—¿Dónde está mi hermano?

—Amo Hades está intentando solucionar el problema...

—Pero ¿cómo!? ¿iQué sabéis que yo no sepa!?

—Tánatos está desaparecido, dios Zeus —dijo finalmente.

—... ¿Perdón?

—Amo Hades lleva dos semanas buscándolo...

—¿iDOS SEMANAS!? Pero... ¿Por qué no me habéis avisado? Maldito Tánatos... pero, un momento, ¿y las Keres? ¿También han desaparecido?

Las Keres eran tres mujeres horribles con garras y dientes que se encargaban de dar muertes terriblemente dolorosas, al contrario de Tánatos, que servía la muerte plácida. Aunque iba a ser yo quien los matara como no aparecieran ya.

—No... —contestó.

—¿iY dónde están!? ¡Todas las almas que he traído son de una guerra en la que deberían haber sufrido la peor de las muertes!

—Ya... lo entiendo, dios Zeus, pero las Keres dicen que si Tánatos no trabaja... ellas tampoco.

—Yo es que me cago en...

—Si queréis, podéis hablar con la reina Perséfone, dios Zeus.

—¿¡Acaso tengo otra opción, viejo?! ¡Tráela aquí!

El barquero me miró confundido y negó levemente con la cabeza.

—Con todo el respeto, dios Zeus, si queréis hablar con la reina del inframundo deberéis ir hasta su palacio...

—Mira, Caronte... No estoy para tonterías...

Caronte mostró un atisbo de ira al apretar con fuerza su remo, pero lo controló de inmediato. Más le valía.

—Insisto, dios Zeus... la reina Perséfone no sale de palacio para hablar con nadie.

Esto se estaba alargando demasiado y tuve que resignarme.

—Tantos hijos y todos tontos o mimados... Qué desesperación.

Me sentí ofendido, ya que por muy reina del inframundo que sea, yo soy el jefe y si te digo que vengas, vienes. Aunque no fuera ella quien me lo dijo, sino Caronte, al llegar a su palacio, en vez de ir por la puerta que daba al exterior, opté por entrar, directamente, a la sala donde estaban sus tronos, que estaba en el primer piso. Sobrevolé el palacio y vi una ventana por la que podría acceder sin dificultad y sin provocar ningún estropicio, pero ¿dónde estaba la gracia en eso? Así que preferí reventar la pared y fastidiar un poco a Perséfone.

—¡Hija mía! —grité acompañando el estruendo del destrozo.

Estaban los dos tronos vacíos. Allí parecía no haber nadie.

—¿Es que no hay puertas en el Olimpo? —dijo una voz detrás de mí.

Me giré: era mi hermano.

—¿Tú no estabas buscando a Tánatos?

—Acabo de llegar.

—¿Y lo has encontrado?

—Nop.

—¿Cómo que «nop»...? ¿iY qué cojones haces aquí!?

—Se acerca la primavera y tengo cosas más importantes que hacer que buscar a la muerte, Zeus.

—No eras tan chulito cuando viniste aquí por primera vez, ¿eh?

Era un cagón, se pasaba el tiempo muerto de miedo y cada vez que bajaba a verlo temblaba como un flan.

—Los dioses, como los humanos, cambian. Lo raro sería seguir siendo igual ahora que cuando era adolescente, ¿no crees, «bro»?

Sonrió con sarcasmo y pasó por mi lado rozando su hombro contra el mío.

—Por mucha autoestima que tengas ahora, sigo siendo más poderoso que tú, Hades.

Se volvió hacia mí.

—¿Y qué quieres que haga? He buscado por todo mi reino, por la superficie y nada. Quizá se ha cansado o deprimido, yo qué sé, debe ser agotador ir a buscar almas todo el rato.

La puerta del fondo de la sala se abrió. Era mi hija.

—¿Qué son esos gritos...? ¡Hades, querido! —Se alegró mucho de verlo, demasiado para mi gusto, y corrió hacia él para abrazarlo, pero se detuvo en seco nada más verme—. Padre... ¿Qué...? ¿Qué haces aquí?

—No estés tan contenta de verme, hija... —respondí irónicamente.

Puso los ojos en blanco y soltó un gran suspiro.

—Si hubieras hecho de padre, hasta te echaría de menos —dijo.

—Lo que tú digas, Kore...

—¡No me llames así! ¡Me llamo Perséfone!

Hades se acercó a ella y le agarró de las manos.

—No le hagas caso, sabes que lo hace a propósito...

Tenía razón, he, he. Mi hija apoyó su cabeza en él.

—Oh, qué monos que sois... y pensar que todo empezó con un secuestro...

—¡Vale ya! —gritó mi hermano.

Se picó. Normal. Como diría mi hijo, había cero unidades de mentira en lo que yo había dicho.

—¿Nos puedes dejar en paz? —preguntó mi hija.

—Claro... cuando encontréis a Tánatos.

—¡Te he dicho que lo he buscado por todas partes!

—¡Pues lo sigues buscando! —grité furioso—. ¡Este es tu reino y tu obligación es mantenerlo en orden!

—También es mi reino, padre —irrumpió Perséfone—. Y déjame decirte que la última vez que vi a Tánatos me contó que tenía que ir a por el alma de un hombre elegido por ti. ¡Así que no puedes decir que es nuestro reino y nuestra responsabilidad y, al mismo tiempo, alterar su orden!

—¿... un hombre elegido por mí? —pregunté, un poco desconcertado.

—¡Tse! Como si fuera la primera vez que lo haces...

Mi mente daba vueltas intentando recordar quién podía ser ese hombre, porque mi intuición me decía que era importante saberlo.

—Dos semanas... ¿Qué estaba haciendo hace dos semanas...? —me pregunté—. Me fui con Ganimedes, pero eso fue después... justo después de...

De pronto, recordé a la ninfa Egina y a su padre, Asopo, nadando como un loco a por ella. Antes de matarlo, le pregunté: «Si me dices cómo sabías que estaba aquí, la libero». Y él dijo: «Sísifo». Y lo maté igualmente.

—Sísifo... No puede ser.

—¿Quién es Sísifo? —preguntó Hades.

No respondí. Me fui de allí como un rayo y volé hasta el palacio de ese desecho humano. Recorrí cada pasillo, cada habitación, hasta llegar a la suya, y no lo vi por ningún lado. No estaba. Cuando iba a salir para seguir buscándolo por el resto de la ciudad, alguien habló.

—¿Sísifo...? ¿Eres tú...?

La voz venía de un gran armario empotrado. Pensé en ignorarlo, quizá era un amante o vete tú a saber quién, y a mí estas cosas me daban exactamente igual, pero la intuición seguía condicionando mis decisiones y decía que abriera esas puertas. Caminé hacia ese gran mueble, giré la llave que estaba puesta en la cerradura y abrí el armario. No sé si soy capaz de transmitirte la vergüenza que sentí al ver lo que había dentro, pero no creo que fuera tanta como la que sintió la criatura que había en su interior al ver que era yo su liberador.

—Zeus... yo...

Tánatos se sentía tan humillado que hasta estaba feo. Salió del armario cabizbajo, con las alas encogidas, lleno de polvo y esposado con sus propios grilletes.

—¿Cómo... has acabado aquí? —pregunté con miedo a saber su respuesta.

Tánatos se puso de rodillas y sollozó.

—Lo siento...

—¡Contesta! —ordené.

—Sí... sifo... ha sido... Sísifo.

No me lo podía creer. Un simple mortal había encerrado a la mismísima muerte en una mierda de armario de madera. «Una de dos...—me dije—, o ese humano es capaz de engañar a un dios, o Tánatos es más idiota de lo que creía.» Opté por lo segundo, porque

no estaba preparado para asumir lo primero, y pisé la cabeza de Muerte hasta llevarlo de vuelta a su reino.

La vida se convierte en algo mucho más valioso cuando has estado a punto de morir. Hay gente que dice que es una pena que tengas que casi perder algo para apreciarlo, pero a mí no me parece que sea algo de lo que lamentarse. No es lógico ni sano que si no tienes de que preocuparte... te preocupes. Después de encerrar a Tánatos hui de palacio y, durante meses, me escondí en diferentes ciudades a cambio de ayudar a sus gobernantes, viviendo con el miedo de que la muerte viniera en cualquier momento a buscarme, pero el tiempo pasaba y Tánatos no llegaba, al menos a mí. En todos mis viajes oía comentarios de gente que enterraba a sus difuntos seres queridos, muchos de los cuales habían muerto plácidamente. Eso significaba que Tánatos había conseguido salir del armario, pero, por algún motivo, aún no había venido a por mí. Llegó un momento en el que me cansé de ser el «solucionador de problemas» de esos hombres inútiles e indignos de gobernar nada y decidí que era el momento de regresar a casa. Una vez más, mi orgullo volvió a vencer al miedo.

A mitad de camino le pedí a mi cochero que se detuviera cerca de un río. Hacía calor y necesitaba refrescarme. Me quité la ropa y me lancé al agua. No pude evitar recordar a mi Lope y todos los momentos que pasamos en nuestro río previos a... ya sabes. Lo echaba mucho de menos.

—Quizá pueda buscarlo...

—Odio cuando te pones así —me interrumpió mi yo reflejado en el agua.

—¿Así cómo?

—Pues melancólico. Como si tu pasado fuera mejor que tu presente, cuando claramente no es así.

—Yo era feliz con Lope...

—Bueno... A ratos. Además, ¿tú estás seguro de que podrías estar con él sin acordarte de los niños?

Le pegué un manotazo al agua y mi rostro se esfumó.

—Aguafiestas... —murmuré mientras salía del río.

Fui a buscar mi ropa, pero no estaba.

—Pero si la había dejado aquí... ¿¡Tienes tú mi túnica!? —le grité a mi cochero, que aguardaba en el carruaje.

—¡No me he movido de aquí, majestad! ¿¡Queréis que os ayude!?

—¡No! —respondí—. Que después le contarás a todos los del servicio cómo me veo en pelotas...

Eso último lo dije en voz baja, pero no lo suficiente.

—Se lo puedo contar yo también.

Me giré asustado y vi a una mujer sujetando mi túnica y repasándome de arriba abajo. Yo ya no era tan joven, pero tengo que reconocer que mi físico seguía siendo envidiable. Y el de esa hermosa mujer también. Sacudió su larga cabellera ondulada, oscura y con reflejos azulados que le iban a juego con el color de los ojos, y me hizo un gesto con la mano para que me acercara. Obedecí: había algo en ella que me hizo sospechar que no era del todo humana.

—¿Me la devuelves, por favor? —pregunté con una mezcla de miedo y cachondeo.

—Mmm... ¿Y qué consigo a cambio?

—Mmm... ¿Qué quieres? —dije imitándola.

Se rio.

—Un baño.

—El río no es mío, pero, por supuesto, puedes bañarte.

Se rio otra vez.

—No, idiota. Los dos. Quiero que nos bañemos juntos.

Solo un loco diría que no a bañarse con una mujer tan bella y que, claramente, tenía intenciones sexuales. Pero yo soy un loco que siempre va más allá y todo aquello era, como mínimo, sospechoso. Necesitaba más información de ella.

—Vas un poco rápido, ¿no? No me has dicho ni tu nombre.

—Uy, es verdad, perdón... —Se carcajeó—. Me llamo Mérope.

El corazón me dio un vuelco.

—¿Cómo dices?

—Mérope.

—¡Ah! Mérope. Con erre.

Estaba flipando. ¿Es que no había más nombres o qué?

—Sí... con erre, pero mis amigas me llaman Mero.

—¿Mero? ¿Como el pez? —pregunté aguantándome la risa.

—Sí, dicen que es un pez muy feo con un nombre muy bonito y que yo puedo darle la belleza que merece.

—Bueno, razón no les falta a tus amigas... Mero.

Se rio y extendió su mano.

—¿Vamos?

Accedí. Mientras caminábamos hacia el agua, los nudos de su vestido se desataron solos hasta caer al suelo y se quedó también completamente desnuda, pero intenté no desviar la mirada. Nos metimos a la vez y me puse a flotar, en silencio, esperando a que ella diera el primer paso o mostrara sus verdaderas intenciones.

—Acércate —ordenó con un tono cariñoso.

Pude ver de reojo cómo mi reflejo sacudía la cabeza intentando decirme que no era buena idea, pero, francamente, no sé si negarme hubiese sido mejor. Fui hasta ella y me rodeó la cintura con sus piernas. Ambos nos pusimos tontorrones y me acerqué para

darle un beso, pero entonces la expresión de su rostro cambió radicalmente. Me puso las manos en la cabeza y me hundió con fuerza en el agua. Mis gritos sumergidos no llegaban a los oídos de mi cochero ni de nadie. Me sacudí con todas mis fuerzas, pero era inútil, esa mujer tenía una fuerza sobrehumana, la golpeé en las costillas y en la barriga, pero no sirvió de nada, era como zurrarle a un muro. No podía respirar, el agua empezó a entrar en mis pulmones y sentí que me iba, aunque esta vez de verdad. Y perdí el conocimiento.

Me desperté al cabo de muchas horas. Abrí los ojos y, rápidamente, miré a mi alrededor. Estaba al aire libre. Había cielo y por él surcaba el titán Helios con el carro del sol. No estaba en el inframundo, seguía vivo. Al menos, de momento.

—... te prometo que es él, el mismo que engañó a Tánatos y boicoteó a Zeus...

Esa voz era de Mero. Estaba a unos cuantos metros de mí, hablándole a un pie del tamaño de una casa que, cuando seguí subiendo la mirada, me di cuenta de que pertenecía a una criatura de dimensiones estratosféricas a la que apenas llegaba a ver las facciones de la cara, pero tampoco los brazos, que los tenía alzados como si sujetara algo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó una voz grave que hizo temblar todo el suelo.

La cabeza de la criatura comenzó a girar despacio, haciendo un ruido ensordecedor, y se detuvo cuando ya me tenía en su campo de visión. Sentí un miedo terrible, esa cosa podía matarme con un solo dedo.

—¿Es a mí? —pregunté a Mero en voz baja y claramente acojonado.

Asintió disimuladamente y me hizo un gesto para que respondiera rápido.

—¡Me... me llamo, Sísifo... señor...! —dije lo más veloz que pude.

—¿Es cierto lo que dice...? ¿Engañaste a la muerte y a Zeus siendo un simple mortal?

—Sí... señor. Mero... dice la verdad, señor...

—Lámame Atlas, chico.

Miré a Mero boquiabierto y asintió orgullosa. ¡Jo-der! Ahora entendía por qué tenía los brazos levantados.

—¿¡Atlas!? ¿¡Sois vos el titán que fue castiga...!? ¿¡... injustamente castigado por Zeus con aguantar el cielo!? —pregunté como si fuera un fan.

—Así es, Sísifo. Cualquiera que joda, aunque sea un poco, al dios Zeus es amigo mío. Y ahora tú puedes ser mi yerno.

«¿Yerno?»

—¿Cómo decís...? —pregunté desconcertado.

Mérope vino hacia mí y me abrazó con fuerza.

—Nos moríamos de ganas de poder estar juntos, pero para ello necesitábamos vuestra bendición, padre. ¿Verdad, querido?

«¿Padre? ¿Qué cojones está pasando?», me preguntaba angustiado.

—Sí... claro... —contesté.

¿Qué se supone que iba a decir? Tenía al mismísimo Atlas delante de mis narices y a su hija abrazándome, ambos capaces de ponerle fin a mi vida, justo cuando había conseguido alargarla un poco más.

—¡Ay, qué ganas de que te conozcan mis hermanas! ¡Se comerán sus propias palabras! —exclamó despidiéndose de su padre, mientras nos alejábamos de él.

—¿Qué...?

—Ellas decían que eras demasiado listo para ser mortal, por eso te he ahogado, para comprobarlo. ¿Me perdonas, querido...?

—Oh... mmm... sí, claro... aunque podrías habérmelo preguntado...

—Gracias, querido, sabía que lo entenderías —me interrumpió y me dio un beso.

—Un momento, Mero...

Me detuve. Estaba rozando el ataque de pánico. Acababa de conocer a una mujer que al principio quería enrollarse conmigo, luego comprobar mi mortalidad y ahora convertirme en su marido. ¿Qué estaba pasando? No era capaz de soportar no tener el control de la situación, no estaba acostumbrado y no me sentía para nada cómodo.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella.

—¿Quién eres? ¿Quiénes son tus hermanas? ¿Sois todas hijas de Atlas? ¿Qué...? ¿Qué sois?

Me miró con cierta condescendencia y suspiró.

—Perdóname, querido, tienes razón. Para empezar una relación con buen pie, hay que conocerse.

—¿Relación...? —murmuré.

—Mi nombre es Mérope, soy hija de Atlas y de la oceánide Pléyone, tengo seis hermanas y nos llaman las Atlantes. —Hizo una breve pausa en la que miró de reojo a su padre—. Aunque se nos conoce más como Pléyades, por mucho que a nuestro padre le moleste —concluyó en un susurro.

Había oído hablar de las Pléyades y de su increíble belleza, estaba claro que no eran exageraciones. Siendo sincero, me hacía sentir importante tener a una de ellas tan colada por mí, pero su posesividad me daba miedo y más sabiendo que era mucho más fuerte que yo y me podía mandar al inframundo de una bofetada.

Además, era tan hermosa que podía estar con cualquier dios... ¿Por qué le interesaba yo?

—¿Una de tus hermanas no es Maya? La madre del dios Hermes, junto con... ¿Zeus?

—Calla, calla... Fue tan tonta como para confiar en Zeus y acostarse con él y al final tuvo que esconderse en una cueva para que la diosa Hera no la encontrara. Quería matarla a ella y a su hijo... pero se salvaron.

—Pobre...

—Bueno, pobre... Estaba avisada: Zeus ya había estado con nuestra otra hermana Electra y luego con Taígete.

—¿Qué me dices? —pregunté siguiéndole el rollo.

—Sí. ¡Pero no te lo pierdas! ¡Que las otras estuvieron con el dios Poseidón! Y no les fue precisamente mejor... Menos Estérope, que se lio con Ares... o, como dice ella, «se enamoró». En fin, unas ridículas todas.

—¿Y tú? ¿No has estado con ningún dios?

—¿Después de ver lo muchísimo que han sufrido mis hermanas por ellos? Ni loca. Y menos teniéndote a ti... —dijo acariciándome los labios con un dedo.

—¿A mí...?

—¿Un humano, sin poderes para hacer daño, pero con un intelecto tan grande como para burlarse de los dioses...? Ni en mis mejores sueños te habría imaginado, querido. Eres el hombre perfecto y no me voy a separar de ti nunca.

Si es que ya lo dicen... segundas partes nunca fueron buenas.

Mi engaño a Tánatos fue algo de lo que solo algunas divinidades se enteraron. Para mi gente de Éfira desaparecí, sin motivo alguno, y volví al cabo de un año con una Pléyade para hacerla su reina. Yo no quería casarme con ella, solo quería darme un baño en el río, pero me vi envuelto en todo ese berenjenal.

Dicen que cuando te haces mayor pierdes capacidades, quizá fue eso o que su presencia me intimidaba tanto que me anuló por completo... o ambas cosas. La cuestión es que no tenía fuerzas ni ideas para librarme de ella, estaba colapsado y apenas conservaba orgullo. No me quedó otra que someterme a la espera de que se me ocurriera algo, pero el momento no llegaba. Eso provocó que, al poco tiempo de casarnos, se adueñara del liderazgo que yo había tenido hasta ese momento, y con su labia y su belleza se ganó el corazón de los ciudadanos, de mis criados, soldados, cocheros e incluso consejeros. De la noche a la mañana pasé de ser el rey que los había salvado de una terrible profecía a convertirme en «el esposo de la gran reina Mero». Y viví bajo su sombra el resto de los años que me quedaban. En un intento desesperado de recuperar mi notoriedad me planteé contarles a todos que había encerrado al dios de la muerte en un armario, pero ¿acaso me hubieran creído? Preferí ser recordado como el rey que les salvó la vida y luego fue eclipsado por su nueva esposa, antes que el rey que se volvió loco.

Este parecía ser el triste final de mi vida. Decepcionante, ¿verdad? ¿Si hubiera vivido más, habría conseguido tener una idea que me

sacara de esa situación? Puede. Hasta ese momento, en todas las ocasiones que había tocado fondo, me había levantado, pero esta vez no fui capaz de hacerlo de nuevo. Es que, a ver, entiéndeme: intentó matarme para comprobar si era mortal, me obligó a casarme con ella anunciando nuestro compromiso delante de su padre... y todo esto el mismo día en que nos habíamos conocido y después de haber hablado no más de cinco minutos. ¡Es que no me dio tiempo ni de huir! ¿Qué se supone que debería haber hecho? ¿Decir que no? ¿Delante del titán Atlas? ¿O después? Si no me mataba él, me hubiese matado ella. Tenía miedo... De Mero, de su padre, de morir a sus manos después de todo lo que había conseguido. Y para evitarlo no tuve otra opción que resignarme.

Aunque después de apoderarse de mi ciudad y mi gente, sentí que, de algún modo, me había matado igualmente. A veces pienso que a Mero la envió mi madre. Me la imagino diciendo: «¿No querías a alguien que estuviera pendiente de ti? ¡Pues toma dos tazas!». En fin. Tarde o temprano tenía que pasarme algo así. No iba a poder salirme con la mía siempre. Pero no podía evitar sentir impotencia al pensar que había conseguido burlar a la muerte para acabar desperdiciando el tiempo añadido de esa manera. Y esa rabia que se ancló en mi subconsciente hizo que, poco a poco, brotara una posibilidad que hasta el momento no había contemplado.

—¿Qué opinas de lo que estoy pensando? —pregunté al espejo de mi baño.

—Pues que estoy de acuerdo.

—¿Sí? —pregunté emocionado.

—Claro, es mucho mejor hablar a través de un espejo que a través de un río. Aquí no hay interferencias.

Resoplé.

—No, me refiero a lo otro.

—¿El qué? ¿Que estamos mayores? Y que lo digas, parecemos dos pasas hablando a cámara lenta.

—¡Tampoco! Joder... lo otro... lo de... —dije señalando al suelo.

—Ah... ¿lo de escapar de...?

—¡Chist! No lo verbalices, que nos pueden oír —lo interrumpí haciendo referencia a los dioses.

—¿¡Estás hablando solo, querido!? —preguntó Mero, que justo acababa de entrar en la habitación.

—Mierda... —susurré—. ¡No! ¡Estaba pensando en voz alta! ¿¡Te molesta, querida!?

—¡Es un poco raro! ¿¡Puedes dejar de hacerlo!?

—¡Por supuesto, querida!

—¡Gracias! ¡Te espero en el comedor, que ya están sirviendo la cena! ¡Tienes al guardia en el pasillo, para que te ayude a bajar! A ver si consigues llegar antes de que se pudra...

—¡De acuerdo! ¡Hasta ahora, mi amor!

Oí la puerta del dormitorio cerrarse y volví a respirar tranquilo.

—Qué vergüenza verte tan dócil... con lo que tú has sido... —dijo mi yo del espejo.

—Tengo que irme. ¿Puedes darme tu breve opinión sobre... eso?

Suspiró agobiado y se frotó la frente.

—Creo que estás loco...

—¿Pero...?

—... has llegado a un punto en el que no hay nada que puedas hacer que empeore nuestro destino.

Sonreí aliviado.

—Gracias, eso es exactamente lo que quería oír. Nos vemos ahí abajo.

—O no.

—Ya verás como sí —dije saliendo del baño lo más rápido que pude.

Tenía una idea y un plan especialmente difíciles de conseguir que salieran bien. Principalmente porque necesitaba a Mero.

Ya habíamos cenado y ahora estábamos en nuestro despacho: yo postrado en un sillón y ella paseándose arriba y abajo con una lista en la mano.

—Querida...

—Ahora no, Sísifo, que tengo que organizar la fiesta que vamos a dar la semana que viene. ¡Por cierto! ¿Te puedes creer que ayer pillé a un vagabundo durmiendo en los alrededores del palacio?

—¿Un vagabundo? ¿Por casualidad no estaría detrás de ese manzano que plantaste en el jardín?

Se giró hacia mí muy sorprendida.

—Exactamente allí... sí. ¿Tú también lo has visto? ¿iY no me has dicho nada!? —exclamó.

—A ver... cálmate... Hace meses que, de vez en cuando, veo a alguien pasearse por allí al ir a acostarme, pero pensé que podía ser cualquiera y no le di importancia. Ya sabes que me hago viejo y mi visión ya no es la misma.

Para ser honesto pensaba que era ella, pero eso no se lo dije porque se hubiera enfadado y estaba a punto de pedirle el favor más importante de mi vida.

—¡Maldito seas, Sísifo! Sabes que me gusta tenerlo todo bajo control.

—Per-perdóname querida, no volverá a ocurrir, lo siento muchísimo... —dije mostrando arrepentimiento.

Mero suspiró.

—No pasa nada... Por suerte era un anciano, pero si hubiera sido un espía de otro reino y no lo llego a ver quizá te habría matado. Le

grité para que se fuera y mandé a unos soldados para que lo echaran, pero no lo encontraron, así que debió hacerme caso.

—Precisamente de eso quería hablarte, Mero... —dije.

—¿De qué? ¿De hacerme caso? Genial, cuéntame, ¿por qué no lo haces nunca? —preguntó con sarcasmo.

—No, querida... de mi muerte.

—Uf... Tengo que hacer lo de la lista de invitados...

—Siento que me muero —exageré.

—Bueno, querido, pues cuando venga Tánatos, lo engañas otra vez —dijo sin despegar los ojos del papel.

—No voy a poder y lo sabes. Estoy muy mayor.

Mero resopló, dejó la lista y se sentó en la silla que había a mi lado.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—¿Tú...? ¿Me amas?

—¡Sísifo! —exclamó ofendida—. Por supuesto que te amo, ¿acaso lo dudas?

Obviamente no iba a responder a eso. Era una de sus tácticas para hacer que la conversación girara en torno a ella.

—Pues quiero que, cuando muera, hagas algo por mí.

—Claro, querido, lo que desees, piénsatelo y me lo dices.

Hizo ademán de levantarse para seguir con sus cosas, pero hice un gran esfuerzo y la agarré del brazo antes de que se pusiera de pie.

—Ya lo sé —dije.

Puso los ojos en blanco y resopló de nuevo antes de volver a sentarse.

—Soy toda oídos.

—Cuando muera... quiero que tires mi cuerpo por la ventana trasera del palacio.

Mero se rio incrédula.

—Qué graciosos os ponéis los mortales cuando envejecéis.

—No bromeo.

—Pero ¿qué dices, Sísifo?

—Nunca te he pedido nada...

Me miró unos instantes, en silencio, y se dio cuenta de que se lo decía en serio.

—Pero... querido... ¿Por qué quieres que haga eso? Esa ventana da a la calle por la que pasan todos los carros de mercancías, ni se van a fijar en que hay un cuerpo ahí tirado. ¡Te van a destrozar!

—Esa es la idea... El estado de mi cuerpo aquí será el mismo que en el inframundo. He hecho daño a mucha gente y he hecho enfadar a muchos dioses. Si quiero que no me reconozcan, debes hacer esto.

—Yo sí que no te reconozco.

—¿Qué...?

—No eres como me contaron... Nunca lo has sido.

Apartó mi mano y se levantó haciendo caer su silla.

—Mero... tienes que hacer esto por mí.

—¿¡Y tú!? ¿¡Qué has hecho por mí!? —gritó.

—¿Perdona...? He hecho todo lo que has pedido.

—¡Pero yo no quería eso!

Me estaba poniendo de los malditos nervios y con la adrenalina del momento me puse de pie muy rápido y, por una vez, me atreví a gritarle.

—¿¡Y qué coño querías!?

—¡Te fui a buscar porque me hablaron de un mortal que había engañado a un hijo de Hermes, delatado a Zeus y encerrado a la muerte en un armario! ¿Dónde está este hombre tan valiente e inteligente? Porque yo no lo veo. No lo he visto ni un segundo desde que te encontré en aquel río.

—Vaya... siento mucho no ser lo que te vendieron... La próxima vez estaría bien que conocieras a la persona antes de fiarte de lo que te digan otros.

—¡Uau! ¿Ahora que te estás muriendo te sale la bravura?

Iba a contestarle, pero del esfuerzo que hice me mareé. Se me nubló la vista y comencé a tambalearme.

—Ayuda...

Perdí el equilibrio y caí golpeándome la cabeza contra el suelo. Mero no llegó a tiempo.

—¡Sísifo! ¿Estás bien?

Me levantó y agitó un poco mi cabeza esperando una respuesta. Yo la escuchaba, pero no veía nada. Notaba como la sangre me bajaba por la nuca y mi peso caía encima de sus brazos. No tenía fuerzas. Me acordé de aquel soldado que resbaló en el jardín mientras corría para decirme que mi hermano iba a ser padre y de cuando Lope cayó de espaldas contra el suelo y también le salió sangre. Pero entonces ellos eran jóvenes y yo, ahora, un anciano. Siempre me había parecido una muerte de lo más estúpida y ahora, por ironías del destino o por las risas de las Moiras, estaba a punto de experimentarla. Pero tenía toda la eternidad para lamentarme de mi mala suerte y no podía morir sin asegurarme de que Mero haría lo que le había pedido.

—Prométeme... que lo harás.

—No hablemos de eso ahora... Te vas a poner bien.

—No. Es la hora. Siento a Tánatos cómo se acerca...

Escuché como Mero emitía un leve sollozo y apoyó su cabeza en mi pecho.

—Pero eres el rey Sísifo, no puedes acabar así. Tienes que ser enterrado junto a tus hijos.

Tenía razón. No pude evitar emocionarme un poco al recordar a mis niños preciosos... pero mi objetivo era mayor que cualquier otra cosa.

—Prométemelo.

Mero resopló y aceptó mi petición.

Obviamente, querido lector, el motivo real por el que le pedí que hiciera eso era otro. ¿Acaso crees que iba a aceptar quedarme en el inframundo después de haber malgastado los últimos años de mi vida? Ni loco. Mi plan era distinto, pero, para que funcionara, Mero no debía saberlo. Después de todo, qué mejor manera de despedirme de ella que con una mentira.

Cuando recuperé la visión, lo primero que vi fue a mi cuerpo yaciendo sobre mi cama. Acababa de morir y ahora era un alma que vagaba por el dormitorio. Era una sensación muy extraña: me movía como si estuviera vivo, aunque con más agilidad, pero notaba un vacío en mi interior.

—Es como tener ganas de llorar y no encontrar las lágrimas —dijo alguien.

Me giré y vi a Tánatos, que me puso los grilletes en las muñecas antes de que pudiera abrir la boca.

—Eso es lo que decís todos cuando solo sois almas —añadió.

Me sorprendió la tranquilidad con la que hablaba, teniendo en cuenta que la última vez que nos habíamos visto lo había encerrado en un armario.

—Yo siento más bien como si quisiera respirar, pero ya no necesitara hacerlo —dije.

Tánatos arqueó una ceja.

—Tú y tu obsesión con destacar, ¿eh, Sísifo...?

—¿No estáis enfadado conmigo?

—El rencor no es para mí.

—Nadie lo diría, teniendo en cuenta cómo he muerto...

Sonrió.

—Zeus ordenó que fuera tu propio cuerpo de mortal el que pusiera fin a tu vida, en vez de yo con una muerte plácida. Y,

aunque te cueste creerlo, tu muerte ha sido fruto de la vejez... por muy oportuna que te haya podido parecer.

Apreté los labios. Me molestó un poco no haber muerto a manos de un dios.

—¿Y eso? ¿No se fiaba de vos?

Tánatos tiró con fuerza de los grilletes y caí al suelo de espaldas.

—Ten cuidado con lo que dices, Sísifo. No seré rencoroso, pero no tengo ningún problema en convertirte en el nuevo juguete de Cerbero.

La imagen del temible perro de tres cabezas usándome de mordedor era verdaderamente terrorífica.

—Lo... lo siento. No iba con maldad —mentí.

—Permíteme que no crea ni una sola palabra que salga de tu boca.

—Lo entiendo, pero es cierto, no pretendía ofenderos.

—¿Y qué pretendías?

—Conocer la magnitud del daño que os provocó mi artimaña... para ser consciente del perdón que estoy pidiendo, dios Tánatos.

Me miró de arriba abajo, como si pudiera encontrar alguna pista para saber si esta vez estaba siendo sincero. A medias. Quería averiguar lo que había ocasionado, pero no para empatizar con él... Al menos esa no era mi intención en un principio. Me agarró de las esposas y ayudó a reincorporarme.

—Me pisó la cabeza y me envió de vuelta al inframundo mientras me gritaba todo tipo de improperios.

Agaché la cabeza fingiendo arrepentimiento.

—Debió de ser muy duro.

—No tienes ni idea. Fue humillante, pero al menos lo hizo antes de llegar al reino y no lo vio nadie. Aunque Zeus no sería capaz de desprestigiarme delante de las almas de los mortales. Si lo hiciera...

si me sometiera delante de quienes deben respetarme, habría provocado la ira de mi madre. Y no hay dios que no la tema.

No lo recordaba. Tánatos era hijo de la temible y poderosísima Nix, la noche, uno de los primeros seres, junto a Gea, nacidos directamente del Caos.

Siendo honesto, no me daba tan igual todo el malestar que le había provocado. Al fin y al cabo, él solo hacía su trabajo cuando vino a matarme. Así que decidí regalarle un poco de mi vulnerabilidad.

—Qué suerte... Ojalá mi madre hubiera sido tan protectora como la vuestra —dije.

Me miró sorprendido.

—¿No os llevabais bien?

—Yo la quería, pero ella nunca me priorizó. Primero iban sus intereses y luego los de mi hermano.

—¿Salmoneo?

—Sí... ¿Cómo lo sabéis? —pregunté extrañado.

—Esta vez me he informado mejor. De hecho, hace poco fui a buscar el alma de su última esposa, ¿cómo se llamaba...?

—¿Sidero?

—Eso es.

—Oí hablar de ella. Trató muy mal a Tiro, mi primera esposa... aunque no tenga mucho sentido que yo diga eso.

Tánatos soltó una leve carcajada.

—Si te sirve de algo, la odiaba más a ella que a ti.

—¿Qué os hace pensar eso?

Se sentó en mi cama y dio un par de golpes en ella para que lo acompañara. Lo hice.

—Cuando Tiro volvió al reino de tu hermano, logró atraer la atención de todo tipo de divinidades, ya que la muerte de vuestros

hijos, a sus propias manos, estaba considerada como un terrible crimen de sangre...

—¿Tisífone? —lo interrumpí mostrando el pánico que me provocaba tan siquiera pensar en ella.

—Exacto.

El odio que sentí por Tiro no me permitió preocuparme, en su momento, del terrible castigo que iba a sufrir a manos de esa Erinia. Pero ahora me invadió un sentimiento de culpabilidad... como si yo hubiera provocado que cometiera esa abominación.

—¿Le hizo algo...?

—No.

Suspiré aliviado.

—Ella no.

—¿Qué quieres decir?

—Como te he dicho, llamó la atención de todo tipo de deidades, pero el primero que se atrevió a dar un paso al frente fue el dios del mar.

—¿Poseidón?

Asintió.

—Le prometió que convencería a las Erinias de que la librarán de su castigo, a cambio de que tuviera hijos con él y los criara en secreto. Tiro estaba tan destruida por lo que les había hecho a vuestros hijos que pensó que tener a otros le haría olvidarlo y aceptó.

—¿Y lo hizo? ¿Le ayudó a olvidarlo?

—Eso habría que preguntárselo a ella, aún vive... pero lo que sí te puedo decir es que los dos hijos que tuvo, Pelias y Neleo, querían tanto a su madre que cuando ella les contó lo que su madrastra le había hecho sufrir, no dudaron en ir a por ella y matarla.

—¿¡Qué!? Pero... no lo entiendo... ¿Y yo no la hice sufrir? ¿Por qué no vinieron nunca a por mí?

—Yo también me pregunté lo mismo al saberlo, incluso pensé que así iba a ser tu final. Pero puede que de verdad olvidara esos años contigo o que no se atreviese a contarlo a sus hijos por miedo a que la juzgaran por haber asesinado a los vuestros. Como ya te he dicho... solo ella lo sabe.

Se levantó de nuevo y extendió su brazo para ayudarme.

—¿Por qué me habéis contado todo esto? O sea, después de todo lo que os he provocado...

—Los mortales que herís sois los más heridos y yo no puedo más que mostraros clemencia.

—Pero... ¿por qué? ¿Acaso la merecemos? —pregunté genuinamente.

Tánatos me agarró de las manos y el suelo comenzó a temblar.

—Yo no soy quién para juzgarte. Pero, tranquilo..., lo que te aguarda ahí abajo compensará mi bondad.

Un inmenso agujero se formó bajo nuestros pies y la propia tierra nos aspiró como si fuéramos motas de polvo. En un abrir y cerrar de ojos llegué a mi nuevo hogar.

Toda mi vida había temido tanto ese momento que nunca fui capaz de imaginármelo. A decir verdad, hasta mis últimos años de vida no pensé que fuera a sucederme. Y ahora estaba allí, en el inframundo, el reino de los muertos, donde acabamos todos los humanos cuando los que nos dieron la vida deciden quitárnosla. El suelo era de una piedra oscura y un relieve irregular. Y seguro que estaba frío, aunque no podía sentirlo. El techo y los lados eran exactamente iguales. Estaba en un sitio hostil, como si el propio lugar no quisiera que me quedara aquí, y no podía estar más de acuerdo. Miré al frente y vi una larga cola de almas que llegaba hasta unas aguas, un río, concretamente el Estigia. Tenía que ponerme ahí detrás y, cuando llegara el momento de subirme a la barca de Caronte, comenzaría mi plan.

Me toqué el bolsillo derecho de la túnica para confirmar que la moneda que llevaba días ahí guardada y debía entregar al barquero para cruzar el río seguía en su sitio. Una vez hecha la comprobación, caminé hacia el resto de las almas. Me sorprendió la facilidad con la que podía volver a mover mis piernas, ya no recordaba que podía ser tan ágil. Lo bueno de estar muerto es que la vejez no afecta al alma. Eso sí... estaba muy nervioso. Lo que pretendía conseguir era extremadamente más complicado que cualquier cosa que había logrado en el pasado, que ya es decir. Sentía que el cuerpo me temblaba, pero me miré las manos y me quedé tranquilo al ver que

no se movían. Al menos, durante lo que tardé en darme cuenta de que seguía intacto.

—¿Por qué aún no has tirado mi cuerpo, Mero? —me pregunté—. ¿Aún es pronto? ¿Sigues durmiendo? ¿O me mentiste?

Disminuí la velocidad de mi paso. No podía iniciar el plan si mi cuerpo seguía indemne. Pero tampoco podía quedarme quieto; todas las almas, en cuanto llegaban, iban directas a la cola, menos yo, que caminaba a un sospechoso paso de tortuga. De pronto noté una presencia a mi lado y, al mirar, me topé con el rostro furioso de un viejo de larga barba, vestido con una túnica roñosa, que me observaba apoyado en un largo remo. Era el temible barquero del inframundo.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó.

Tenía un hablar peculiar. Arrastraba las erres y las eses.

—No, señor... —dije con un hilo de voz.

Estaba acojonado. Por mucho que en vida hubiera conocido a diferentes deidades, no podía acostumbrarme a ello.

—¿Y por qué no estás en la cola como el resto de tu estirpe?

—¿Eh? Sí... Yo... Ahora iba...

—¿Te crees muy listo? —me interrumpió.

—No, señor... En absoluto... Yo solo quería tomarme mi tiempo...

—Tu tiempo ya ha pasado, estúpido mortal. Si tienes miedo de lo que te aguarda aquí, haberlo pensado antes. ¡Tira!

Extendió su remo y me azotó en la espalda con tanta fuerza que volé hasta la cola y choqué con varias almas, que cayeron al suelo conmigo.

—¿¡Qué haces, idiota!? —me gritó un chico demasiado joven para estar aquí.

—¡Si no estuviéramos muertos, te mataba ahora mismo! —me amenazó una anciana con el rostro completamente desfigurado.

Me disculpé torpemente, pero seguían insultándome. De pronto, de entre toda esa antipatía, emergió una mano amable que me ayudó a ponerme en pie y me sacó de allí. No logré verle el rostro hasta que conseguí apartarme de la rabiosa muchedumbre. No me soltó ni un segundo. Era mayor, casi tanto como yo, pero, pobre hombre, debía de ser un vagabundo: estaba muy sucio y con cicatrices por todas partes.

—Muchísimas gracias, eres muy amable... Pero, si me disculpas, debo ir hasta el final de la cola antes de que el barquero vuelva a azotarme —dije echando la vista atrás para comprobar que Caronte no venía a por mí.

—¿Me permitís acompañaros, majestad?

Un escalofrío recorrió toda mi alma. Su voz me resultaba muy familiar. Me olvidé del peligro y lo miré detenidamente. Detrás de esa piel quebrada por la edad y la pobreza, había alguien a quien ya había visto con anterioridad.

—¿Nos conocemos? —pregunté intrigado.

—No os culpo si me habéis olvidado, majestad... yo también lo hubiera hecho.

Mientras recorría su rostro en busca de una pista que esclareciera la identidad de ese hombre, me detuve en sus ojos y no pude avanzar más. Esos faros negros como la oscuridad más profunda me atraparon... pero sentí que no era la primera vez que lo hacían. Y entonces me di cuenta.

—¿Lope...? ¿Eres tú...?

Las lágrimas que resbalaron hasta su espeso bigote me lo confirmaron.

—Dijo que no quería verme en la vida... —Sollozó—. Pero no comentó nada de la muerte.

Se me escapó una carcajada acompañada de un llanto, me abalancé sobre él y lo abracé con fuerza.

—No ha habido día en el que no haya pensado en ti...

—Pues anda que yo, majestad.

—No me hables de vos, idiota. Estamos muertos.

Nos reímos.

—¡Respetad la cola! ¡Mortales inútiles! —gritó Caronte.

Corrimos hasta el final de la cola como si fuéramos dos niños escondiéndonos del profesor. Por suerte, había muchas almas y pudimos hablar de todo y ponernos al día.

—¿Qué posibilidades había de que mi última esposa se llamara Mérope? ¿Me lo explicas?

Lope contenía la risa.

—Es como si yo me hubiera casado con una tal Sísifa —dijo.

Me hizo tanta gracia que resollé como un cerdo. Por suerte, Caronte ya había marchado con un alma en su barca y no me escuchó. Cómo nos reímos... qué barbaridad.

—Bueno, ahora cuéntame tú, que apenas hemos hablado de ti... ¿Qué ha sido de tu vida? —pregunté intrigado.

Su felicidad se desvaneció en un instante.

—No hay mucho que contar.

—Seguro que sí.

—No es muy agradable de oír y lo estábamos pasando muy bien...

Le agarré de las manos.

—Lope... —insistí.

—Pero ¿es que no me ves, Sísifo? —preguntó señalando su aspecto—. Cuando pasó... aquello... me fui de Éfira, a pie, sin nada más que lo que llevaba puesto. Estuve mendigando de ciudad en ciudad.

—No lo entiendo... ¿No encontraste trabajo? Eras joven aún... Y podías haber recuperado tu antiguo empleo.

Lope suspiró y clavó su mirada en el suelo.

—Me sentía tan culpable por lo que les había pasado a tus hijos que no creía merecer otra cosa que sufrir. Era la única forma de apaciguar ese dolor.

Su confesión me dejó consternado. Estar muerto no me estaba gustando nada. En vida nunca había sentido tanto remordimiento como siendo un alma. Ahora me sentía responsable por su sufrimiento, porque había sido yo el que le dije que aquello era culpa suya. Fui injusto, lo sé, pero en aquel momento me dio igual y no quería volver a verlo porque lo odiaba y creía que su mera presencia iba a hacerme revivir el momento más traumático de mi vida. Pero ahora no estaba siendo así: solo me venían recuerdos bonitos en los que había sido feliz y no había pensado en mis hijos hasta que él los mencionó. Me estaba dando cuenta de que había sido un monstruo. ¿Qué cojones me estaba pasando?

—Siento mucho que hayas sufrido todo esto, Lope...

—No hay nada que sentir y menos tú, que sufriste más que nadie.

Tragué saliva y fingí una sonrisa de agradecimiento, aunque por dentro no sentía más que vergüenza.

—No me has dicho cómo moriste —dije en un intento de cambiar de tema.

Lope se puso nervioso y balbuceó un poco:

—Igual que tú, de mayor y en la cama.

—Pero... ¿cómo sabes que yo he muerto así?

Me percaté de que estaba mintiendo.

—¿Qué? Bueno... me lo has dicho...

—¿Por qué estás aquí, Lope? —lo interrumpí—. ¿Cómo es posible que hayamos muerto a la vez?

—¿Eh? ¡Ostras! Es verdad... Qué casualidad... Co-como lo de Mérope... ¿Verdad? —respondió intentando disimular.

Aquello era rarísimo. No podía ser casualidad. ¿Cómo podíamos haber llegado al mismo tiempo con la de gente que muere cada segundo? Y entonces me di cuenta: su aspecto, el estilo de vida que dijo que llevaba... ¡Por todos los dioses! Lope había estado mucho más cerca de mí de lo que yo pensaba.

—¡Eras tú! —grité.

Todas las almas se giraron hacia nosotros y algunas nos chistaron.

—No hables tan alto, Sísifo...

—¡El vagabundo! —exclamé forzando el susurro—. ¡Te vi! ¡Estabas durmiendo en aquel manzano! ¡Por eso los soldados que mandó Mero no te encontraron! ¡Yo mismo te enseñé cómo entrar y salir del palacio sin que te vieran! No puede ser... Por eso sabes cómo morí, me estabas espiando...

—Necesitaba poder hablar contigo una última vez... aunque fuera aquí abajo.

Me quedé petrificado.

—No... dime que no has hecho lo que creo que has hecho...

Lope comenzó a llorar de manera descontrolada. Apoyé mi mano en su hombro e intenté calmarlo.

—Sabía que ya estabas mayor y que tu vida no iba a alargarse muchos años más... así que comencé a... observarte. Hasta que esta noche he visto cómo te llevaban en brazos hasta la cama, con la ropa manchada de sangre. He esperado a que tu pecho dejara de moverse y entonces... me he quitado la vida. Era la única forma... Siento haberte espiado, Sísifo... No me odies... no ahora... por favor...

Sollozaba como un niño pequeño y yo no fui capaz ni de abrazarle del terror que me provocaron sus palabras.

—¡Siguiente! —gritó Caronte.

Me giré y vi que era nuestro turno. Ahora, ¡precisamente ahora!

—Ya voy yo... que no tengo moneda y acabaré con esto rápido —dijo Lope secándose las lágrimas.

Lo agarré del brazo, saqué la mía del bolsillo y se la di sin ni siquiera pensármelo.

—Si algo puedo hacer por ti, después de todo lo que has vivido, es esto.

Subirse a la barca de Caronte sin una moneda para darle te condenaba a nadar por el indomable río Estigia durante cien años antes de poder llegar a tu destino. No podía permitir que Lope sufriera ni un segundo más.

—No. Ni se te ocurra, Sísifo. La necesitas tanto como yo...

—Tengo otra. Me guardé dos, por si acaso —mentí.

—¡Como me hagáis perder un segundo más...! ¡Me dará igual cuál sea vuestro destino, que os dejaré a los dos en lo más profundo del Tártaro! —gritó Caronte.

Lope me agarró de la túnica y me dio un beso.

—Te quiero, Sísifo... siempre lo he hecho.

«Yo también», pensé, pero no se lo dije. ¿Lo quise? Sí, pero ¿desde siempre? No. Y no quería despedirme de él con una mentira. Así que lo abracé con fuerza y lo empujé hacia la barca para que fuera él primero. No quería que viera cómo el barquero me tiraba al río de un golpe de remo. Me hizo sentir como una mierda que se hubiera visto obligado a hacer que su muerte coincidiera con la mía para intentar que hablásemos una última vez, pero tengo que decir, con todo el dolor de mi corazón, que menos mal que lo hizo. Lope fue la persona más especial que pasó por mi vida. Fue mi primer beso, mi primer amor y también mi primer desamor. Lo fue todo. Y nos merecíamos una despedida en condiciones. A veces pienso en

cómo habría sido lo nuestro si yo no hubiera tenido esa obsesión con mi hermano... pero fue precisamente eso lo que me llevó hasta él. No puedo lamentarme toda la eternidad por lo que pudo haber sido, pero sí alegrarme por los momentos bonitos que hubo y que me hicieron sentir que no necesitaba más, que era suficiente. Gracias, Lope. No te quise siempre, pero sí al que más. Y te estaré eternamente agradecido.

Mientras agitaba mi brazo, aún intacto, y me despedía por última vez de Lope, pensaba en cómo iba a lograr cruzar el río sin una moneda que darle a esa avariciosa criatura. Y, por si fuera poco, mi alma reflejaba un cuerpo perfectamente protegido. Si mi misión ya era complicada, ahora se había convertido en algo casi imposible.

—Ya deben de haber pasado muchas horas... —murmuré hacia mí—. Maldita seas, Mero... ¿por qué me traicionas de esa forma? ¿Por qué no haces lo que te he pedido?

Mientras me lamentaba, la calma del Estigia llamó mi atención y recordé aquella discusión que había tenido conmigo mismo. «¿El alma se refleja?» Necesitaba que así fuera: mi reflejo era el único que podía ayudarme a salir de esta. Solo había una forma de saberlo. Me acerqué con sumo cuidado para comprobarlo, pero, antes de que lograra asomarme, el agua empezó a moverse y retrocedí. Alcé los ojos y vi a Caronte volviendo, ya sin el alma de Lope. Se detuvo a pocos centímetros de la sólida orilla y el barquero extendió su larga mano para que le diera una moneda. No sabía qué hacer, no había pensado en nada, así que no me quedó otra que improvisar y hacer lo primero que se me pasó por la cabeza.

—¡Oh! Sois muy amable, querido barquero —dije apoyándome en su mano para subirme a la barca.

—Pero... ¿qué?

Caminé hasta el otro extremo del bote y me senté allí.

—En la superficie se habla muy mal de este sitio, pero de momento hay más orden y generosidad que en la mayoría de las ciudades que he visitado. Y he visitado muchas, ¿eh?

Caronte me observaba con una mirada sospechosa, pero apoyó el remo en la orilla y lo empujó contra ella para ponernos en marcha. «Bien —pensé—. Tengo que seguir hablando.»

—¿Y el río? Una maravilla. No he visto unas aguas tan limpias y cristalinas en toda mi vida. Los de arriba están llenos de mierda, literalmente. Ojalá estuvieran tan bien cuidados como este...

Aproveché ese momento para salir de dudas y al asomarme al agua vi un rostro... pero no era el mío. La mano de un alma perdida emergió del río para intentar agarrarme y yo me metí de nuevo en el interior de la barca gritando como un loco. Caronte se rio y, a los pocos segundos, yo también, aunque estuviera temblando de miedo y aquello no me hiciera ni pizca de gracia.

—Es por momentos como este que adoro mi trabajo... —dijo él.

A pesar del mal rato seguía navegando sin moneda y celebré su intervención en mis adentros como si fuera el mayor de mis logros, ya que parecía haberlo olvidado. Seguí alargando la conversación mientras él remaba y yo intentaba localizar, disimuladamente, el otro lado del río.

—Ah, ¿sí? Qué bien, oye. Cuánto me alegro. Debe de ser muy duro estar siempre trasladando almas sin tener ni un segundo de descanso.

—No te creas, de vez en cuando me dan vacaciones.

—¿Qué me decís? Muy bien. Os lo merecéis.

—Muchas gracias...

—¿Y quién os sustituye? —pregunté fingiendo interés.

—Nadie.

—Ah... ¿Y eso?

—Porque de vez en cuando hay algún mortal que se cree más listo que los dioses y hace cosas como encerrar a Tánatos en un armario. —Clavó el remo en el agua y me lanzó una mirada aterradora—. ¿Crees que no sé quién eres, Sísifo?

Me quedé petrificado. Aquello no estaba saliendo como yo pensaba, no tenía el control de absolutamente nada. Pero no podía

dejarme arrastrar por el pánico y quedarme ahí quieto como un ratón asustado, tenía que pensar en algo, y hacerlo rápido. Por suerte, la corriente del río siguió moviendo la barca y al final pude localizar el otro lado. No estaba tan lejos, pero desde luego no iba a poder llegar nadando y menos si había almas intentando agarrarme. Además, parecía que nos hubiéramos desviado, como si no quisiera llevarme hasta allí.

—¿Por qué no me llevas al otro lado? —pregunté.

—Ese no es tu destino... Al tuyo se va por allí. —Señaló lo que parecía un terrorífico río de llamas—. Por el Flegetonte.

—¿Voy al Tártaro...? —pregunté.

—¿Qué esperabas, Sísifo? ¿Que después de todo lo que hiciste en tu vida ibas a acabar en los Campos Elíseos? ¿Como un héroe? —preguntó riéndose.

—Supongo que no...

Caronte lanzó su remo al interior del bote y extendió su mano de nuevo.

—No me lo digas... ¿También pensabas que te iba a llevar de gratis? ¡Ha, ha, ha! ¡Va! Dame mi moneda o prepárate para darte un baño centenario.

A lo largo de mi vida hubo varias veces en las que pensé que lo había perdido todo. Pero al final me equivocaba, porque seguía vivo. Ahora, en cambio, aquello era real. No me quedaba absolutamente nada más que perder. ¿Qué se supone que debía hacer? ¿Rendirme? ¿Qué sentido tenía eso? Uno se rinde para evitar algo peor de lo que ya está sufriendo, pero mi rendición iba a llevarme precisamente a una eterna tortura. Y es en esos momentos cuando el delirio entra en juego y llegas al pico de la libertad, porque no hay nadie más libre que el que no siente miedo.

Asentí simulando arrepentimiento y me puse en pie mientras fingía que buscaba una moneda en mi túnica.

—No... no la encuentro... se me habrá debido de caer.

—Ay... Sísifo. ¿Crees que por haber engañado a uno puedes engañarnos a todos?

—Os lo digo de verdad, barquero... quizá ha sido cuando me habéis golpeado para empujarme hasta la cola.

—Vaya... qué pena... Entonces tendrás que hacer unos largos — se burló.

—¿Cómo que qué pena? ¡No es justo! ¡Ha sido culpa tuya! —grité enfadado.

Caronte dio un paso hacia mí y la barca tembló.

—No te atrevas a hablarme así, estúpido mortal —dijo conteniendo su furia.

—¿¡O qué!? ¿Me lanzarás al río? ¿Me llevarás al Tártaro?

El barquero dio otro paso y el bote tambaleó aún más.

—Créeme, Sísifo, siempre puedo hacerte sufrir más de lo que los dioses tenían previsto.

—Pero ¿qué vas a hacerme sufrir tú? ¡Si no eres nadie! ¿Qué poder tienes?

—Te estoy avisando...

—¡No, no! ¡Contesta! ¿Cuál es tu poder? ¿Remar? ¿Transportar muertos en esta barca de mierda? ¿Eh?

—Sísifo...

—¡El chófer de nuestras almas es lo que eres! Y encima, ¿a cambio de qué? ¿De una moneda? Pero ¿para qué quieres monedas tú? ¿Eres tan idiota que te cobran un alquiler por la barca?

Caronte gruñó furioso y de sus ojos brotaron llamas como las de aquel río. Saltó hacia mí como un león contra su presa, pero, entonces, me agaché, empujé con fuerza contra el suelo y la parte

trasera del bote se hundió un poco, justo lo suficiente para que el barquero volara por encima de mí y cayera al agua de cabeza. De pronto, todas las almas que nadaban por el Estigia se unieron en un grito de euforia. Al parecer, no estaban contentas con el trato recibido por el chófer de almas. Fueron a por él en masa y se le iban pegando como garrapatas.

—¡Soltadme, almas estúpidas! ¡Fuera! —gritaba Caronte sacudiéndose.

Pero no daba abasto. Por cada dos que se quitaba aparecían diez más. Aquello era muy satisfactorio de ver, pero debía darme prisa antes de que pudiera librarse de todas. Agarré su pesado remo, anclé los pies en la barca y remé con mis infinitas fuerzas de espíritu mientras el barquero me gritaba. Pero no lo escuché; yo solo avanzaba hacia la otra orilla del río y me preparaba para enfrentarme a lo siguiente, ya que aquello, al igual que había sucedido en mi vida, solo había sido un obstáculo más que superar. Pero ¿cuál era mi objetivo?, os preguntaréis. Pues bien, solo había una manera de salir de aquí y dos seres que podían concedérmelo. Tenía que llegar hasta el palacio de los dioses del inframundo.

El suelo era el mismo que en el otro lado, pero, a pocos metros enfrente de mí, había un prado inmenso que emergía de la nada y producía un contraste muy confuso. Estaba lleno de unas flores blancas, y miles y miles de almas vagaban cabizbajas por allí picoteando como gallinas exhaustas. Ese lugar era el prado de los Asfódelos. El destino de los muertos que durante su vida no habían destacado ni para bien ni para mal y que ahora se veían obligados a vivir una eternidad igual de insulsa. Algunos dirán que es mejor acabar aquí que en el Tártaro porque prefieren no sentir nada a sufrir eternamente, pero ¿acaso un perpetuo aburrimiento no es otra forma de tortura? Si en algún lugar estaba el palacio, era tras ese prado, así que debía cruzarlo. Avancé hacia allí, pero, justo cuando estaba a un paso de pisarlo, las hierbas que hacían de frontera entre el frío suelo y el prado crecieron con fuerza y a gran velocidad. Retrocedí asustado y, al apartarme unos metros, esa zona del prado volvió a su forma anterior.

—¿Qué significa esto...?

Me acerqué de nuevo, con cuidado, y sucedió lo mismo. Retrocedí otra vez y se repitió. Avanzaba hacia un lado y la vegetación se alzaba a mi paso. No podía entrar. No era mi destino y el prado lo sabía, así que debía rodearlo. Si miraba a la izquierda, a lo lejos, veía las llamas del río que había que cruzar para llegar al Tártaro, y si miraba a la derecha, solo veía más y más prado, así que tenía que ir hacia allí. Caminé durante lo que supuse que fueron horas, aunque,

ante la carencia de cansancio y noción del tiempo, quizá fueron días y eso me provocaba todavía más angustia porque miraba mis brazos, mis piernas... y seguían intactos. Por suerte, parecía que Caronte aún no había podido liberarse.

Finalmente llegué al límite del prado y, por fin, pude avanzar hacia donde yo creía que debía de estar el palacio, pero al girar por ese ancho camino y dejar las aguas del río atrás, me fijé en que, a mi derecha, a un centenar de metros, había lo que parecía ser otro prado. Si el anterior era el de los Asfódelos, este tenía que ser, ni más ni menos, que el destino de los héroes: los Campos Elíseos. Pero, a diferencia del otro, no se veía el interior del prado, pues el suelo estaba a un par de metros de altura del que yo pisaba. Lo único que llegaba a atisbar eran las copas de algunos de los árboles frutales. Me pregunté si mis hijos estarían allí... «Eso espero», pensé. Luego me pregunté si lo estaría mi madre... «Ni de coña.» Con suerte estaría en el prado de los Asfódelos, aunque si yo merecía ir al Tártaro, ella también, ya que todo en lo que me convertí fue por culpa suya. Ni siquiera intenté acercarme a los Campos Elíseos, no me apetecía enfrentarme a un nuevo rechazo, así que empecé a caminar por ese ancho pasillo. Pero cuando apenas llevaba unos minutos de trayecto, oí el ladrido de un perro. Me llevé un susto tremendo y miré a mi alrededor a toda prisa, presa del pánico, pero por allí no había nadie más que yo. Esperé un rato en silencio y, poco a poco, me tranquilicé.

—Me lo habré imaginado... —me dije.

Reanudé el paso, pero a los pocos segundos volví a escucharlo. Aunque esta vez, al detenerme, siguió ladrando y me di cuenta de que aquello no podía ser fruto de mi imaginación. Miré de nuevo, pero nada. Por un momento pensé en Cerbero, el gigantesco perro de tres cabezas del dios Hades, pero era imposible, aquellos ladridos

eran obra de un perro normal y no de una bestia de esas dimensiones. «Quizá haya un perro en los Campos Elíseos», pensé. Pero, aunque estoy seguro de que tal vez pienses que ese es el sitio al que todos los perros merecen ir, era un lugar solo para humanos. El ladrido no cesaba y cada vez lo notaba más cerca, pero no sabía de dónde venía. Si retrocedía, sentía que iba a hacia él, si avanzaba también y si me quedaba quieto, venía hacia mí. No sabía qué hacer, tenía que tomar una decisión, pero ninguna era correcta. El ladrido estaba cada vez más cerca, pero seguía sin ver a ningún perro ni a nadie que acompañara ese sonido hasta que lo tuve enfrente. Caí al suelo y la luz que iluminaba el inframundo se apagó. De pronto no veía nada. La oscuridad se había apoderado del lugar o, al menos, de mí. Sentía una presión en el pecho y un aliento que cubría toda mi cara. Estaba aterrorizado, tenía una criatura potencialmente monstruosa a menos de un palmo y, aunque ya estuviera muerto, me resultaba muy complicado no temer por mi vida.

—Tran-tranquilo... chist... —susurré al perro invisible, como si eso fuera a calmarlo.

Sonó un silbido y aquella cosa salió de encima de mí. Me incorporé y, a pocos metros, vi un conjunto de luces que se movían y formaban un círculo. En el medio había alguien, una mujer que alzó un brazo y me hizo un gesto con la mano.

—Cierra los ojos si quieres permanecer cuerdo. O la luz de las Lámpades te destrozará el juicio —dijo.

Obedecí al instante en el que escuché el nombre de esas criaturas. Las Lámpades eran las ninfas del inframundo y esas luces que había visto eran el fuego de sus antorchas, que volvían locos a quienes lo miraban fijamente. Pero no llevaban luz porque sí; su misión era iluminarle el camino a una divinidad tan poderosa como

misteriosa y la voz que me había hablado no podía ser otra que la suya.

—Hécate... —murmuré.

—¿Te ha asustado mi perra?

Su voz estaba más cerca.

—Bueno... ya estoy muerto... —respondí como si no me hubiera cagado de miedo.

Creo que sonrió. La escuché sacando aire por la nariz.

—Pero no tienes pensado seguir mucho más tiempo así, ¿verdad, Sísifo?

Ahora la tenía delante.

—¿Cómo...? ¿Cómo sabes quién soy?

—Eres bastante notorio en este reino.

—Entiendo que todos me odian...

—No todos.

—Ah, ¿no?

Tenía mis dudas con respecto a ella. No era una divinidad cruel, pero Zeus la respetaba mucho y quizá el sentimiento era mutuo... o no. Cuando estalló la Titanomaquia, la guerra entre titanes y dioses, Hécate, pese a ser titánide, se negó a enfrentarse a los olímpicos y, al salir estos victoriosos, Zeus le agradeció su no participación otorgándole poderes sobre la tierra, el mar y el cielo, que se sumaron a los que ya tenía.

—¿Qué haces aquí? Dudo que el viejo gruñón de Caronte te haya dejado en este camino.

—Quiero hablar con Hades... y Perséfone —dije con sinceridad.

Soltó una carcajada.

—Realmente crees que todo es posible, ¿eh?

Había algo en ella que me transmitía cierta confianza. Quizá fuese el hecho de que me hubiera avisado de la luz de sus ninfas, no lo sé.

También podía estar equivocado, pero creí que, para poder avanzar, debía ser sincero con ella... al menos un poco.

—Quiero pedirles una segunda oportunidad —respondí ignorando su burla.

—No me digas. Qué interesante... pero me temo que hay un problema.

—¿Cuál?

—Ningún alma puede llegar hasta el palacio por sí sola.

—Pero tú podrías ayudarme, ¿verdad?

Hizo una pausa silenciosa en la que no pude analizar su expresión.

—¿Qué te hace pensar que conseguirás una segunda oportunidad?

—No sé si la lograré... pero si hay algún lugar en el que impera la justicia, es este... ¿no?

Hécate estaba considerada como una divinidad que siempre ayudaba a las víctimas de las injusticias. Sin ir más lejos, fue quien ayudó a Deméter a buscar a Perséfone cuando Hades la secuestró. Gracias a los poderes que le había concedido Zeus, tenía una antorcha con la que podía iluminar hasta la última esquina de la superficie, pero la hija de Deméter estaba en el inframundo y por eso no la encontraban. Cuando por fin la localizaron, y como agradecimiento por la implicación de Hécate, Perséfone usó su autoridad de diosa del reino subterráneo para otorgarle poder sobre los muertos: de ese modo, no solo podría ayudar a los vivos, sino también a las almas de los difuntos que aún tenían cosas que resolver en la tierra. Y con eso, Hécate se convirtió en una divinidad aún más poderosa. Más incluso que Zeus. Así que, quizá, el respeto que él sentía hacia ella podía ser, simplemente, miedo.

—¿Crees que eres una víctima? —preguntó incrédula.

—¿Qué mortal no lo es? ¿Acaso no somos todos sus juguetes...?
—dije señalando arriba.

Hizo otro angustioso silencio que se rompió con un ladrido de la maldita perra.

—Eres el primer hombre que insinúa ser víctima de su creador...
¿No deberías estar agradecido de haber vivido?

—¡Y lo estoy! Amo estar vivo. Pero ¿acaso no deberíamos poder vivir sin pagar el precio de estar a merced de sus caprichos? Los mortales solo tenemos una vida y es demasiado corta como para tener que soportar eso... ¿No creéis, todopoderosa Hécate?

—Tu punto de vista es interesante, Sísifo, pero me resulta curioso que eso venga de alguien a quien no le importaba tener a criados y soldados que estaban «a merced de sus caprichos».

Reconozco que esa no la había visto venir, pero fui ágil con mi respuesta.

—Yo no construí la sociedad ni tampoco elegí nacer en la realeza. Pero los dioses sí deciden cómo usarnos día y noche cuando pueden prescindir completamente de ello.

Se hizo otro silencio y pude oírla caminar a mi alrededor.

—Nunca he visto a un mortal llegar tan lejos como tú y, de hecho, tengo curiosidad por saber hasta dónde eres capaz de arribar. Eso sí... ten cuidado, los dioses no son los únicos de los que deberías preocuparte.

—¿A qué te refieres?

—Tu cuerpo, querido... Alguien lo está destrozando.

Abrí los ojos de inmediato. Mis piernas estaban dobladas hacia delante y mis brazos completamente chafados, como si algo me hubiese pasado por encima.

—Lo ha hecho...

De pronto me di cuenta de que la luz de antes había vuelto. Miré, con cuidado, a mi alrededor y Hécate ya no estaba, ni sus ninfas ni el ladrido de su perra invisible. Y el lugar era distinto. Estaba sentado en el mismo suelo, pero a mis lados ya no había aquellos prados. En cambio, delante, la fría tierra se alzaba en forma de escalinata con irregulares peldaños. A pesar del estropicio de mis extremidades, al no sentir dolor físico pude subirlas. En lo alto me encontré con una espectacular estructura, hecha con el mismo suelo, con torres altas y afiladas, algunas con forma de caracol, ventanas por todas partes y, enfrente de mis narices, dos grandes puertas. En una había un pomo con la forma de una cabeza de perro y en el otro una cabeza de una especie de serpiente monstruosa. «Cerberos y la hidra de Lerna, los guardianes del inframundo», pensé. Puse lo que quedaba de mis manos en ellos, los pomos giraron y las puertas se abrieron. Acababa de entrar en el palacio de Hades y Perséfone.

Por dentro era igual. Lo único que iluminaba su interior eran las antorchas que había cada pocos metros cuyo fuego iba cambiando de color. Primero rojo, luego naranja, amarillo, verde... y así pasando por todas las tonalidades. Con cada paso que daba notaba que las paredes se hacían más altas y el pasillo por el que caminaba más largo. Parecía un truco de Hades para evitar que llegara hasta él... pero no. Resulta que mis piernas eran cada vez más cortas debido a los impactos que estaban recibiendo en la superficie. Supuse que Mero me habría puesto dentro de un saco, porque en ningún momento se separaron del resto del cuerpo. Eso sí, mis piernas parecían dos bolsas de cereales y, al no ser de mucha utilidad, tenía que apoyarme con lo poco sólido que me quedaba de los brazos. Por el rabillo del ojo vi cómo una oreja me colgaba. Mi rostro empezaba ya a deformarse. Había pasado de un extremo al otro.

—Tengo que llegar antes de que me revienten la cabeza del todo y no pueda ni hablar.

Seguí arrastrándome varios metros más hasta que llegué a una especie de recibidor circular. Allí había unas escaleras que llevaban a un primer piso, pero ambas se unían en lo alto y conducían a lo que parecía una puerta con una pequeña luz en el centro. Podía meterme en los pasillos de ese primer piso o probar suerte con ese sospechoso portón. Subí como buenamente pude. No había pomo, en su lugar estaba aquella luz que parecía la llama de una vela. Empujé la puerta, pero no se abría.

—Debe de ser esto...

Apoyé parte de mi brazo en la luz y me quemé. Grité de dolor y me aparté rápidamente, pero arrastré el brazo y la llama giró abriendo la puerta. Eso era el maldito pomo.

—Joder... ¿Cómo puede ser que me haya quemado?

—No es una llama cualquiera —dijo una voz proveniente del interior—. Es del propio Flegetonte.

Detrás de la puerta había una gran sala con dos tronos enormes que emergían del mismo suelo y tenían unas brillantes cenefas de color verde que rodeaban los asientos. Uno estaba vacío, pero el otro no. En él había una mujer gris con una impresionante cabellera verdirroja que vestía una túnica púrpura. Era ella, la diosa del inframundo.

—Perséfone... —dije boquiabierto.

Levantó el dedo índice e hizo un gesto para que me acercara. Obedecí. Comencé a arrastrarme como un gusano, a la mayor velocidad que mi cuerpo moribundo me permitía, mientras ella seguía moviendo el dedo, hasta que, en un momento dado, me señaló y me detuve, en contra de mi voluntad. No podía moverme.

—¿Cómo te atreves a venir hasta aquí? —preguntó con un tono amenazador.

Me asusté.

—Que-quería hablar con Hades...

Señaló el techo y yo subí con su movimiento hasta estamparme de espaldas contra él. Grité otra vez:

—Las almas pensáis que, al carecer de cuerpo, ya no podéis sentir dolor... pero eso puede cambiar cuando a mí me dé la gana.

—Por favor...

—Hades no está. Es una pena... Ojalá hubiera alguien más con quien pudieras hablar, pero supongo que él es el único que manda

aquí, ¿no? —ironizó.

—¡No! ¡En absoluto! Lo que pasa es que no me has dejado acabar...

Bajó el dedo y choqué con el suelo. El dolor era insoportable. No sabía que se podía sufrir tanto.

—Insinúas que tu falta de respeto... ¿es culpa mía?

Negué con la cabeza. Levantó el índice de nuevo y levité hasta quedarme flotando a un par de metros de ella y de sus bellos e intimidantes ojos, de un azul tan claro que al mirarlos sentía que contemplaba el cielo. A pesar de todo había conseguido llegar hasta aquí y tanto Hades como ella tenían el poder de cumplir mi deseo, aunque Perséfone no parecía tener interés alguno en escucharme. Mi cuerpo se estaba destruyendo por momentos y ya no podía esperar más. Era la hora de activar mi plan.

—Os pido disculpas, soberana diosa. Que incluso después de mi error me deis la oportunidad de explicarme demuestra que vuestra clemencia es increíble...

—Mi paciencia no lo es tanto. ¿Quién eres? ¿Y por qué... —me miró de arriba abajo con cara de asco— se te cae el cuerpo a pedazos?

No sabía quién era. Tenía que haber oído hablar de mí, eso seguro, había encerrado a la muerte en un armario. Caronte había sabido quién era, Hécate también... Pero ella no. ¿Por qué? «Mi cuerpo», pensé. Estaba destrozado, era imposible reconocerme. Eso me lo ponía todo un poco más fácil.

—Por eso he venido hasta aquí... La desesperación me ha llevado a cometer esta locura.

Su rostro enfadado se relajó y me bajó hasta el suelo con cuidado.

—Habla —ordenó.

Y comenzó mi actuación.

—Mi esposa... —Fingí un sollozo—. Me humilló en vida y sigue humillándome muerto.

—¿Cómo dices?

—Era mucho más joven que yo y poseía una belleza increíble. Me bastó con verla para enamorarme profundamente. Ella dijo que también, pero aquello era demasiado idílico para ser cierto. Nunca me quiso. Se casó conmigo porque yo tenía dinero y ella era más pobre que una rata. Se lo gastaba todo en vestidos y joyas y, cuando ya no me quedó más dinero, me presionó para que trabajara más. Yo ya era mayor y no podía hacer según qué trabajos, pero a ella le daba igual y me insultaba, escupía en mi comida, me quemaba la ropa... Una humillación tras otra. —Hice una pausa para llorar un poco y seguí—. Oh, todopoderosa Perséfone... Cuando mi cuerpo perdió fuerzas y percibí que la llama de mi vida se apagaba, sentí un gran alivio. Yo amaba vivir, pero esa mujer hizo que deseara la muerte, porque así pensaba que me dejaría en paz. Pero me equivoqué. Antes de morir, dijo que lanzaría mi cadáver al camino más transitado de la ciudad para que no pudiera ser feliz ni siquiera muerto. Así lo dijo, tal cual. Y ahora... soy un alma tullida. Si no hubiera sido tan ingenuo... —Sollocé de nuevo—. Si hubiera pensado con la cabeza...

Me tumbé en el suelo boca abajo y comencé a llorar desesperadamente. Le acababa de soltar una mentira tremenda, pero había un poco de verdad en cómo me sentía, ya que, claramente, había cometido un error al casarme con Mero. Y ese arrepentimiento por malgastar los últimos años de mi vida con ella fue suficiente para provocarme un llanto irreprimible. De pronto comencé a elevarme y vi a Perséfone moviendo la mano. ¿Me iba a estampar de nuevo? ¿Sabía que mentía? Su mirada era,

aparentemente, neutra y yo no tenía ni idea de qué le podía estar pasando por la cabeza. Mientras esperaba a que dijera algo, noté que mi visión cambiaba. Y de pronto dejé de ver, aunque esta vez no había cerrado los párpados. Mi cara había seguido recibiendo impactos y, finalmente, perdí los ojos.

—Ni se te ocurra culparte por haber sido engañado —dijo con voz temblorosa—. Tu ingenuidad no es responsable de la malicia de los demás.

No me lo podía creer. Había empatizado conmigo. Se lo había tragado.

—Oh, amada Perséfone... sois demasiado buena conmigo...

—No soy buena, sino justa y esa mujer debe ser castigada por sus terribles actos.

—No, por favor... No pretendía conseguir eso... No quiero hacerle mal a nadie, yo solo quiero... bueno, da igual.

—No, no da igual. ¿Qué quieres?

—Es demasiado atrevido pedirlos esto, suprema Perséfone... Disculpadme, debería haberlo pensado mejor antes de venir hasta aquí, he vuelto a ser un ingenuo... —me lamenté.

Esta es una pequeña muestra de la pasión que sentía por el engaño. Tenía a la diosa del inframundo en el bolsillo y, en vez de ir directo a lo que quería, me tomé unos segundos para disfrutar de ese momento y marearla un poco haciéndome la víctima.

—¡Te ordeno que me digas qué es lo que querías pedirme! —me interrumpió.

Su voz resonó por todo el palacio y esperé a que el eco de sus palabras desapareciera de la estancia. Era el momento perfecto. Y lo solté.

—Quiero volver a la vida y recuperar los años que esa mujer me robó.

Hubo un silencio de varios segundos y, de pronto, recuperé la vista, pero ya no estaba con la diosa, sino sentado en el suelo de una habitación que no había visto nunca. Me miré las piernas y los brazos: volvían a estar bien. Eché un vistazo a mi alrededor y vi una ventana en la pared. Me levanté y caminé hasta ella. Había cielo... y luz, la del carro del Sol. Ya no estaba en el inframundo, me encontraba en la superficie.

—¿Me...? ¿Me lo ha concedido...? —Observé la ciudad que se veía desde la ventana, pero no la había visto en la vida—. ¿Dónde estoy?

Me volví hacia el habitáculo y abrí la primera puerta que encontré, con la intención de salir, pero era la del baño y lo primero que vi fue un gran espejo en el que había un completo desconocido.

—¿Se puede saber quién cojones soy?

—Iba a preguntar lo mismo —dijo mi reflejo.

Mi rostro era distinto, mis ojos conservaban el color verde y mi cabello la forma rizada y el color castaño, pero mi nariz era diferente, mi boca también y las orejas...

—Somos otra persona.

—Sí... Pero más jóvenes, ¿no?

Al acostumbrarme a ser un alma no me había dado cuenta de que había estado correteando por esa habitación como si ya no fuera un anciano. Y, según el espejo, no lo era.

—Es verdad... ¿Dónde está mi pelo blanco? ¿Y las arrugas?

—¿Perséfone nos ha rejuvenecido?

—No me lo puedo... ¿Lo hemos conseguido...?

—Lo hemos conseguido.

—¡Lo hemos conseguido! —grité borracho de alegría y dando saltos por toda la habitación.

La diosa del inframundo no solo me había dado una segunda oportunidad, sino que al no conocer mi rostro me había bendecido

con uno completamente distinto. ¿Eres consciente de lo que eso significaba, querido lector? Podía ser quien yo quisiera, empezar desde cero, con una nueva identidad y en un sitio completamente distinto. Ningún mortal iba a reconocerme. Eso es el sueño de muchas personas. ¿A cuánta gente le han jodido la vida por un maldito error y ha deseado convertirse en otro individuo para poder comenzar de nuevo?

Lo que acababa de sucederme era algo inaudito y, con el simple hecho de recordar la de veces que había estado a punto de rendirme, se me erizaba la piel del cogote. Menos mal que no lo hice, que confié, que seguí intentándolo... y todo eso fue gracias a una sola persona. ¿Quién estuvo ahí todas las veces que caí? ¿Quién me levantó? ¿Quién creyó en mí y en todas esas ideas loquísimas? Exacto, yo. ¡Fui yo! Todo ese tiempo estuve convencido de que necesitaba a alguien a mi lado que me quisiera, que llenara el vacío enorme que había dejado mi madre, pero no era una necesidad, sino un deseo. La mayor parte del tiempo no lo tuve y lo pasé muy mal, sí, pero salí adelante, ¿y sabes por qué? Porque me tenía a mí. Solo me necesitaba a mí. Desde pequeño tuve miedo a morir y conseguí que el miedo cambiara de bando. Cuéntale mi historia a quien se atreva a decirte que no puedes cambiar tu vida.

Desde que Prometeo dio el fuego a los humanos que no veía a Zeus tan colérico. Un mortal había burlado la muerte, no una sino dos veces, y el magnate del Olimpo estaba tan furioso que había hecho temblar los cielos. Vaya, qué pena. El muy descerebrado estuvo durante días dale que te pego con una terrible tormenta eléctrica, alterando el orden del día y la noche. Helios no podía conducir su carro del Sol; Selene, la titánide de la luna, tampoco estaba nada cómoda saliendo por las noches mientras Zeus lanzaba rayos en todas direcciones... pero no creo ni que se diese cuenta de ello. Estaba tan ido, tan descontrolado... Parecía un niño pequeño que aún no ha aprendido a dominar su furia y no sabe hacer otra cosa que gritar y romper cosas.

Mientras tanto, yo observaba su pataleta desde el Olimpo, escondiendo mi gozo por haber apostado por el mortal correcto. Seguramente te preguntes por qué Zeus no lo fulminó y ya está, en vez de lloriquear de esa forma. Pues porque no podía. Fue una diosa la que le concedió juventud y una nueva vida. Y los deseos que otorgaba una divinidad, nadie podía anularlos, ni siquiera el mismísimo Zeus. Sísifo no decepcionó; al contrario, llegó más lejos de lo que jamás habría imaginado. Ahora solo tocaba esperar a que todo estallara y yo tenía un asiento en primera fila.

—Esto es culpa de Deméter... —dijo Hera, que llevaba un rato a mi lado mirando a su marido azotar el cielo.

—¿Qué tiene que ver ella con todo esto? —pregunté.

Chasqueó la lengua y me miró con desprecio.

—Lo sabes perfectamente, Afrodita. Si mi hermana no hubiera seducido a mi hombre, Perséfone no habría nacido y nada de esto habría pasado.

Te prometo que intentaba empatizar con Hera y la vida tan desgraciada que tenía, pero cuando se ponía en ese modo *victim-blaming* me daban ganas de hacer que se enamorara de un gusano.

—Querida... Zeus violó a Deméter.

Hera resopló y puso los ojos en blanco.

—Además, no es la única que ha sido engañada por este mortal... ¿También dirás que Nix no tenía que haber parido a Tánatos...?

—¡Jamás diría eso! —gritó ofendida.

Por mucho que los olímpicos fuéramos los dueños del mundo, ninguno se atrevía a faltarle al respeto a creaciones tan poderosas y legendarias como Nix, Érebo y Gea... o eso pensaba yo. De pronto, la diosa Hestia apareció delante de nosotras. Estaba muy nerviosa y se rascaba su melena rosa mientras iba mirando al cielo.

—¿Estás bien? —preguntó Hera.

Hestia sacudió la cabeza hacia los lados.

—Atenea... se está peleando con Pose.

Así llamábamos a Poseidón.

—¿¡Qué!?! —exclamó Hera.

Yo también mostré cierta preocupación para ocultar mi alegría. Una guerra entre olímpicos era exactamente lo que necesitaba para derrocar a Zeus, pero no era la primera vez que esos dos se peleaban y podía ser por cualquier cosa.

—¿Por qué? —pregunté.

—Varios de los rayos de Zeus han caído en el océano y han provocado la muerte de muchas criaturas marinas. Pose ha dicho que se iba a enfrentar a él.

De nuevo, oculté mi satisfacción con un gesto de asombro. Atenea era la hija favorita de Zeus y ambos harían cualquier cosa para proteger al otro.

Hera soltó una carcajada de incredulidad.

—¡Que lo intente si se atreve! Mi esposo lo encerrará en el Tártaro de una patada.

—Pero Pose no es el único que está enfadado con él —dijo Hestia—. ¿Os habéis enterado de la bronca que les echó a los seres del inframundo?

«¿Seres?», me pregunté. Era una manera muy extraña de referirse a Hades y a Perséfone.

—No... ¿Qué ha hecho mi marido?

Hestia cogió aire y siguió:

—Ha humillado a Hades delante de todas sus almas...

—¿Qué? —saltó Hera.

—Como lo oyes. Lo ha agarrado por los pies, lo ha arrastrado por todo el reino para que todos los muertos lo vieran y ha acabado lanzándolo al Tártaro. Demencial.

—No me lo puedo creer... ¿Sigue allí dentro? —preguntó su hermana consternada.

—No. Por suerte, Perséfone suplicó clemencia a Zeus y lo liberó. Pero si no llega a ser por ella, ahí se queda...

—¡Ah! ¿Y a ella no le ha hecho nada? —preguntó Hera.

Hestia negó con la cabeza.

—Si es que menudo... ¡Agh! Llega a ser nuestro hijo Ares y lo pone a fregar letrinas de humanos hasta el fin de los tiempos. ¿Verdad, Afrodita?

—¿Eh? ¿Cómo voy a saberlo? Desde que me casé con Hefesto que no hablo con Ares. —Ambas alzaron las cejas porque sabían perfectamente que eso era mentira, pero yo seguí con lo que

verdaderamente me preocupaba—: ¡Centrémonos, chicas! Zeus no ha hecho nada más, ¿no? —pregunté.

—No —respondió Hestia.

Y yo suspiré aliviada.

—Al menos no a él.

—¿A qué te refieres? —pregunté alarmada.

—También ha ido a por Tánatos.

En ese momento mi preocupación empezó a ser real. Una cosa era pelearse con su hermano y otra muy distinta era ir a por un hijo de la noche.

—¿Qué ha hecho...?

—Lo ha arrojado al Estigia...

—¿¡Qué!? —exclamé.

—Junto con Caronte...

—No...

—Y todas sus monedas.

—¡No, no, no!

—¡Lo sé! ¡Hay que hacer algo antes de que todo esto se vuelva en nuestra contra! —exclamó Hestia.

Pero ya era demasiado tarde. Poseidón llegó al Olimpo sujetando a Atenea en brazos mientras ella intentaba librarse de él sin éxito. Tanto el uno como la otra eran muy poderosos y no era normal esa superioridad por parte del dios del mar: debía de haber algo que no permitía a la diosa usar su fuerza. Y entonces lo vi. Estaba maniatada... con unos grilletes de oro. Detrás de Poseidón emergió Tánatos y, con él, las aterradoras Erinias, seguidas del barquero Caronte, el soberano del inframundo, Hades, custodiado por los temibles Cerbero e Hidra, y, por supuesto, la reina Perséfone, quien había sido la última víctima de Sísifo.

—Ay, madre... Voy a avisar al resto —dijo Hestia.

—No, otra guerra no... —murmuró Hera.

Hubo una guerra, hace muchísimo tiempo, que hizo temblar el mundo entero: la Titanomaquia. Dioses contra titanes. La provocó Cronos, el padre de Zeus, Hestia, Hera, Deméter, Poseidón y Hades. Fue comiéndoselos nada más nacer para evitar que se cumpliera una profecía que aseguraba que los hijos que tuviera acabarían con él, pero su último hijo sobrevivió, Zeus, y rescató a los otros del estómago de su padre. Estos dioses ganaron la guerra y desde entonces habían dominado el mundo, pero aquella fue una época terrible y nadie en su sano juicio iba a querer repetir algo similar.

Hestia fue en busca de los demás olímpicos y Hera salió despedida hacia el cielo a por su marido. Aunque Zeus engañara constantemente a su esposa, si había alguien que podía hacer que escuchara era ella. Y así fue. La tormenta se detuvo en seco y Zeus descendió hasta el Olimpo.

—¿¡Qué cojones haces, hermano!? —exclamó Zeus avanzando hacia Poseidón.

—Esto se ha acabado, Zeus.

—¡Tú sí que estás acabado! Suelta a mi hija o te mando al Tártaro con padre.

Hestia volvió acompañada de Hermes, Artemisa, Dionisio, Apolo, Ares y Hefesto, que, rápidamente, se colocaron tras él para darle apoyo. Las tres Erinias alzaron el vuelo y comenzaron a sobrevolar en círculos el bando de Zeus, cuyos miembros las observaban intentando esconder el miedo que sentían al verlas. Estas criaturas estaban aquí antes de su nacimiento, aunque no del mío. Cuando Cronos derrocó a su padre, Urano, y le cortó los testículos, de la sangre derramada en contacto con la tierra nacieron las Erinias y de los genitales que fueron lanzados al mar, y en contacto con este,

nací yo. Pero, a pesar de ser mis hermanastras, me provocaban auténtico terror.

—Llevas demasiado tiempo en el trono, Zeus, y mira todo lo que has provocado. Es hora de que des un paso al lado y me dejes a mí el liderazgo.

No pienses que esto de Poseidón fue porque se le murieron cuatro peces... Él era el eterno segundón y no era la primera vez que intentaba aprovechar una oportunidad para derrocar a su hermano. Ansiaba tanto el poder como Zeus.

—¡Claro que sí! Y ahora me vas a decir que todos estos te apoyan, ¿no? ¿Hades? ¿De verdad, hermano? ¡Ha, ha, ha!

—Ha llegado a un punto en el que cualquier opción es mejor que tenerte a ti como dios supremo —dijo Hades.

—Uau... Eso no habla muy bien de ti, Pose.

—Es más de lo que cualquiera diría de ti.

—¡Eso no es cierto! ¡Mi padre es el mejor dios de todos! —gritó Ares haciendo chocar la espada con su armadura.

Qué guapo estaba.

—Dios Zeus —dijo Caronte con una voz sospechosamente calmada—, habéis faltado al respeto al amo Hades.

—Y a mí —añadió Tánatos visiblemente furioso.

—Hemos venido a arreglar esto por las buenas —siguió el barquero—. De lo contrario, no seríamos nosotros los que estaríamos aquí.

Un apoteósico temblor sacudió todo el monte y el rostro burlón de Zeus se esfumó en un instante. Nunca un «Se lo voy a decir a mi madre» había sido tan terrorífico. El plan se me había ido de las manos. Yo quería una pelea entre dioses que pudiera aprovechar para hacerme con el trono de Zeus. Porque me lo merecía, porque lo que domina el mundo no son los rayos, los truenos y las malditas

lluvias. Es el amor, ¡joder! Sin amor no hay guerras, ni reconciliaciones ni humanos dispuestos a adorarte... Nada. ¡Sin amor no hay nada! ¡Y yo soy su diosa! Pero todo esto era contraproducente. Si Nix decidía intervenir, ningún olímpico volvería a ver el cielo y eso me incluía a mí. Y a Poseidón también, aunque en ese momento pensara lo contrario. Necesitaba a mi hijo para arreglar esto, solo sus flechas podían evitar este enfrentamiento.

—Que venga —dijo Zeus.

Y el monte Olimpo volvió a estremecerse, pero esta vez no cesó, sino que fue aumentando progresivamente y tumbó todas las columnas, mesas y otros objetos y muebles que teníamos hasta que, en un momento dado, nos quedamos a oscuras.

—¿¡Qué ha pasado!? —exclamé asustada.

Pero nadie contestó. No oía nada más que mi respiración.

—¿Hola? ¿Hay alguien? —insistí.

De pronto, a pocos metros de donde estaba, aparecieron unas luces y escuché un ladrido.

—Oh, mierda...

—No te alegres tanto de verme, querida —dijo una silueta que apareció entre las luces.

—¿No tienes mortales a los que asustar, Hécate?

—Ahora mismo no creo que haya nadie más asustada que tú, Afrodita.

Las luces avanzaron hacia mí y, poco a poco, pude contemplar su rostro. Jamás podrás verla sin volverte loca, ya que siempre la acompañan sus ninfas, pero tampoco te pierdes mucho. ¿Es guapa? Sí, pero nada escandaloso. Pelo oscuro, ojos naranjas, los labios sí que son bonitos, bueno, están bien, tampoco... y el resto de su rostro, meh, sin más. Yo soy mucho más bella, así que ni te preocupes.

—Me pillas en un pésimo momento, tía...

—Ese humano ha resultado ser demasiado, ¿no? —me interrumpió.

—¿Cómo dices? —pregunté desconcertada.

—Siempre has tenido muy mal gusto con los hombres.

—¿Cómo...? ¿Quién te lo ha dicho?

Se rio.

—Yo lo sé todo, amiga...

—No soy tu amiga.

—Pues es una pena. Yo que quería ayudarte a no acabar en el Tártaro...

Me reí incrédula.

—No puedes ayudarme, flipada. Nadie puede controlar a Nix.

Se acercó hasta quedarse a un centímetro de mi cara.

—No subestimes mi poder. —Su voz retumbó por aquel misterioso lugar—. Si te digo que puedo ayudarte, es que es así, pero si prefieres pasarte la eternidad con el resto de las criaturas que sufren en el Tártaro, dímelo y ya te acompaño yo misma.

Hécate hablaba sospechosamente en serio y eso solo podía significar una cosa.

—¿Qué quieres?

Sonrió.

—Amor.

—Hija de...

—Es el único ámbito en el que no tengo ningún poder.

—Ni lo tendrás. No puedo dártelo.

—Claro que puedes. El cielo, la tierra y el inframundo no son míos, pero formo parte de ellos. No quiero arrebatarte nada, ni a ti ni a tu hijo. Lo único que quiero es que me incluyas y poder usarlo... como tú.

Hubo un monstruo marino llamado Escila que se comía a los marineros que se atrevían a cruzar por su camino. Muy cerca había otro, Caribdis, que se tragaba a los barcos que pasaban por el suyo. El problema era que cuando los navegantes llegaban a ese punto tenían que ir por uno o por otro, no había más opción. Debían decidir si perder el barco entero o la mayoría de los marineros. Y así estaba yo, entre Escila y Caribdis. Hiciera lo que hiciese, iba a salir perjudicada. Todo esto había empezado por el afán de aumentar mi poder y me había salido tan mal que ahora solo tenía la opción de sufrir eternamente o compartir parte de mis dominios y, por lo tanto, ser menos especial. Mientras pensaba en cuál era la mejor decisión, ¿sabes quién me vino a la mente? Sísifo. Ese estúpido mortal que había tocado fondo tantas veces, pero se había levantado aún más, me inspiró. ¡A mí! ¡A una diosa! Me avergüenza reconocer esto, pero estaba tan angustiada y tenía tanto miedo que me dejé llevar y tomé la decisión de que por mucho que me doliera compartir mi poder, en ningún caso iba a perder el barco entero, porque del Tártaro no iba a poder salir, pero de lo otro podría recuperarme.

—Está bien. Trato hecho.

La titánide y yo encajamos las manos y, como si nada hubiera pasado, reaparecí en el Olimpo y todo había vuelto a la normalidad. Nunca supe cómo lo hizo. A decir verdad, nadie sabía cuánto abarcaba el poder de Hécate, pero si una cosa aprendí de ella es que el ser más poderoso no necesita mostrarlo constantemente.

Pasé mi nueva vida lejos de Éfira, siendo alguien completamente diferente. Ya no era rey, sino un ciudadano más, un plebeyo que tenía que trabajar para poder cubrir sus necesidades básicas. Al principio me pareció todo un reto e incluso me hizo ilusión probar algo distinto, pero el hambre y el cansancio duelen más de lo que podía imaginarme. No había trabajo que me asegurara, algún día, dejar de preocuparme por la comida, así que tenía que currar hasta que me muriera. Fue entonces cuando me di cuenta de lo privilegiado que había sido en mi anterior vida y cómo eso me había permitido experimentar tantas cosas. Si todos trabajáramos, descansaríamos más, pero el sistema estaba hecho para que un sector de la ciudadanía trabajara el triple y los de alta cuna derrocharan a costa de estos.

Pero no te confundas, querido lector, aunque mi carcasa era distinta, yo seguía siendo el mismo y ni me iba a convertir en el salvador del pueblo ni mucho menos a conformarme con mi situación laboral, así que hice lo que mejor se me daba. Había sido rey y había trabajado para otras realezas, así que conocía perfectamente todos sus entresijos, pero ahora era un hombre cualquiera y debía hacerme un nombre entre los míos para tener la oportunidad de que la clase alta se planteara abrirme sus puertas. Así que me convertí en un consejero de la clase trabajadora. Arreglaba disputas, negocios... y todo tipo de conflictos personales. Un manitas emocional, vaya. Y no pasaron muchos meses hasta que

llamé la atención de la reina. Cuando los pobres tienen algo que los ricos no, estos se lo quitan. Y ese fue mi *glow-up* social.

Fui pobre, fui rico, me enamoré, me rompieron el corazón, rompí el de otros y, sobre todo, mentí... como un bellaco y volví a disfrutarlo. Esta nueva identidad, toda ella, era una grandiosa mentira y vivirla sin ningún hermano al que odiar, ninguna profecía que cumplir, ninguna esposa a la que manipular y ningún amante al que esconder, fue lo mejor que me pudo haber pasado. O eso creía, pero qué va. No sé por qué pensé eso... Discúlpame, querido lector, cuando empecé a contarte mi historia te prometí sinceridad y así debo acabarla. Mi segunda vida, en comparación con la primera, fue una basura. Aunque hubiera ascendido de clase, para los de la alta sociedad siempre fui un impostor, un forastero, una oveja intentando encajar con las cabras. Pero siempre hay alguna cabrita a la que le hace gracia la oveja. Fui el fetiche de algunas mujeres y, bueno, eso fue interesante, me saciaba el vacío que aún arrastraba de mi otra vida, pero llegó a un punto en el que me di cuenta de que solo me deseaban porque me veían como algo exótico: era su gorila albino, su cebra de rombos, su pantera atigrada, y eso me hacía sentir como un objeto.

Necesitaba amor, pero el único que había conocido estaba en el inframundo... así que me obsesioné con intentar preparar la receta de la carne falsa de Lope y recordar los momentos más felices de mi vida, pero no me salió nunca. Tenía que haber prestado más atención. Intenté buscar amor fuera, amistades incluso, pero no supe hacerlo; nunca había tenido que esforzarme para relacionarme con gente, eran ellos los que venían siempre a mí y, obviamente, ni se me pasó por la cabeza pedirle ayuda a Afrodita. Estuve solo durante toda esta vida, bueno, me tenía a mí... pero eso no siempre es suficiente. Eché de menos todos y cada uno de los problemas que

había tenido en el pasado. Además, me había vuelto un adicto al peligro, a la adrenalina, a la incertidumbre, al miedo... y no conseguí encontrar nada que apaciguara mi deseo de volver a sentir esas emociones tan extremas. ¿Qué más podía desear? ¿A qué más podía aspirar? No había nada que me motivara, ya lo había conseguido todo.

Y la frustración se fue apoderando de mí a medida que iba envejeciendo. Fui un infeliz. Un fracasado que no supo disfrutar de una oportunidad que no se le concederá jamás a ningún otro humano. Me avergüenzo de ello. Morí en el baño mientras intentaba quitar el espejo, en un arretrato de autoodio: se me cayó encima. Mi alma salió de mi nuevo cuerpo y antes de que pudiera asimilar mi muerte ya habían venido a buscarme, pero, esta vez, no era Tánatos.

—Ya era hora —dijo alguien.

Apoyado en el marco de la puerta, había un chico aparentemente joven. Tenía el pelo corto y muy rizado, así como granate, unos ojos azules como el cielo y su piel era gris.

—¿Quién eres? —pregunté.

Soltó una risa burlona y sacudió sus pies. De cada una de sus sandalias emergieron dos alas y comenzó a volar por la habitación.

—¿Te casaste con una de mis tías, engañaste a uno de mis hijos y no sabes quién soy? ¡Ha, ha, ha! —exclamó.

—¿Dios Hermes? —pregunté boquiabierto.

Su hijo era Autólico y su madre era Maya, una Pléyade como Mero. Me dejó muy descolocado que fuera él quien viniera, pero no porque aquello fuera extraño, de hecho, una de sus labores como dios era ayudar a Tánatos a llevar las almas al inframundo, sino porque hasta entonces había sido el dios de la muerte el que había acudido a buscarme.

—Por fin nos conocemos, Sísifo.

—¿Por fin? ¿Que-queríais conocerme?

—¿Bromeas? ¡Ha, ha, ha! ¡Por supuesto! He tenido que suplicarle a Tánatos que me dejara venir a buscar tu alma, ¡no sabes lo que me ha costado convencerlo! Me han hablado tanto de ti... Bueno, has sido tema de conversación en el Olimpo en innumerables ocasiones. No debería decirte esto, pero mi más sincera enhorabuena. Nunca un mortal había llegado tan lejos.

Me rodeó con su brazo como si fuera mi amigo y soltó otra de sus risas. Yo estaba embelesado con sus palabras. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan... especial.

—Mu-muchas gracias... dios Hermes.

—¡Por favor! No me llames «dios», ¡que no soy Zeus! ¡Ha, ha, ha! Hermes es suficiente. ¡Y no me trates de vos!

—De-de acuerdo... Hermes.

—¡Eso está mejor! ¡Ha, ha, ha!

Chasqué los dedos y, al igual que mi primera estancia allí, la tierra nos succionó y, en cuestión de segundos, aparecí en la orilla del Estigia. Seguía igual que la última vez, tampoco es que creyese que fuera a cambiar, pero parecía como si fuera ayer cuando había muerto con mi anterior cuerpo. Me giré hacia Hermes para despedirme de él, pero ya no estaba. Supuse que, al igual que Tánatos, recogían las almas, las dejaban aquí y se iban a por otra. Di un gran suspiro e inicié mi camino hacia el final de la cola. A medida que avanzaba, comencé a pensar en mi destino, el Tártaro, el eterno sufrimiento. «Al menos sentiré algo», pensé, pero ya lo estaba notando, y era terror. Y ese sentimiento no hizo más que aumentar al darme cuenta de que, al morir de improviso, no llevaba una moneda encima.

—Mierda... —murmuré.

—¿Todo bien?

Me giré y topé con los pies de Hermes, que estaban a la altura de mi cabeza. Descendió poco a poco hasta aterrizar en el suelo y me puso una mano en el hombro mostrando preocupación.

—No llevo moneda... —dije.

—¿Por eso estás así? ¡Qué tontería! Dame la mano.

Obedecí, esperanzado, y la extendí con la palma hacia arriba esperando recibir una moneda. Pero, entonces, él puso la suya encima, me agarró con fuerza y salimos volando.

—¡Ah! —grité asustado.

—¡Tranquilo, hombre! ¡Si ya estás muerto! ¡Ha, ha, ha!

Sobrevolamos el Estigia y aterrizamos al otro lado de la orilla, concretamente enfrente de los Campos Elíseos, el destino de los héroes. Cuando me di cuenta de dónde estaba, lo miré muy desconcertado y él me devolvió una sonrisa.

—¿Qué hago aquí? —pregunté.

—¿Lo has olvidado? Se te ha caído un espejo encima.

Se rio otra vez.

—No, no. Eso ya lo sé... Me refiero a qué hago delante de los Campos Elíseos.

—Pues hablar conmigo, por lo visto, pero cuando te canses puedes entrar.

—¿Cómo que entrar? ¿Este es mi destino?

—No, es el mío si te parece. ¡Claro que es tu destino, Sísifo! ¡Ha, ha, ha! ¿Qué esperabas? ¿Ir al Tártaro después de conseguir lo que ningún mortal ha logrado desde vuestra creación?

Sentía una mezcla de felicidad y confusión.

—Pero... yo pensaba que me odiabais... Sobre todo Zeus...

—Y te odia, no te preocupes por eso, ¡ha, ha, ha! Pero hasta él sabe que por todo lo que has conseguido eres merecedor de pasar

la eternidad en los Campos Elíseos.

—Yo... no... no tengo palabras... No me lo puedo creer... —titubeé.

—Es un sitio increíble, créeme, serás muy feliz aquí... Aunque también puedes... Bueno, da igual, está genial esto.

—¿Qué ibas a decir? —pregunté curioso.

—Nada, nada, tonterías mías. ¡Ha, ha, ha! ¡Que lo disfrutes!

Hizo ademán de irse, pero le agarré del brazo. No podía entrar ahí sin saber qué era eso que «también podía».

—Insisto, Hermes. Dímelo... por favor.

Hermes me miró fijamente y volvió a reírse.

—No sabía si decírtelo porque te has pasado la vida superando obstáculos y debes estar ya harto...

—¿De qué hablas? ¿Qué tiene que ver eso?

—Madre mía, qué impaciencia, ¡ha, ha, ha! A ver... como ya te he dicho, me caes genial, soy ultrafán tuyo y un día le dije a mi padre que si algún humano debía convertirse en dios, ese eras tú.

—¿En serio le dijiste eso? —pregunté atónito.

—Tal cual así. Y, ojo con esto, Zeus me replicó que si te encontraba un reto imposible de superar, accedía.

—Y... ¿lo encontraste?

—Sí. Pero, claro, es imposible...

—Enséñame —lo interrumpí.

—¿Seguro? Está cerca del Tártaro.

—Por echar un vistazo no pasa nada, ¿no?

—No, no, claro que no.

—Pues llévame hasta allí, Hermes, por favor.

—Bueno... tú mandas.

Me agarró de la mano y alzamos el vuelo. Sobrevolamos el río Flegetonte y descendimos cerca de una terrorífica grieta. Allí hacía

un calor horrible y de esa abertura salían unos gritos y gruñidos espeluznantes.

—¿Eso de ahí es...?

—El Tártaro. Allí están los titanes que no juraron lealtad a mi padre después de que los derrotaran en la Titanomaquia.

—Y pensar que allí es donde iba a acabar yo la última vez...

—No lo merecías, Sísifo, por eso escapaste, porque no era tu destino.

—Supongo que sí... Bueno... ¿cuál es el reto? —pregunté ansioso mirando a mi alrededor.

Hermes levantó la mano y señaló una inmensa montaña que había justo detrás de nosotros.

—Ahí lo tienes.

—¿Una montaña? ¿Qué tengo que hacer? ¿Subirla?

—Más o menos. ¿Ves esa roca que hay al pie del monte?

La veía. Era bastante grande, nada exagerado, pero de un tamaño considerable.

—Sí.

—Tendrías que subirla hasta lo más alto de la montaña y dejarla allí, en el pico, sin que se caiga.

Miré a Hermes de reojo esperando a que dijera algo más.

—Mmm... ¿Y luego?

—Pues entrarías en el Olimpo.

Se me escapó la risa.

—Es broma, ¿no?

—En absoluto. Pero no te pienses que es fácil, ¿eh? La roca es muy grande y, aunque seas un alma, te va a pesar. Y el pico muy estrecho, es prácticamente imposible dejarla allí quieta.

—¿Imposible? —pregunté incrédulo.

—Eso he dicho...

—¿Sabes qué es imposible, Hermes?

—¿Qué...?

—Encerrar a la muerte en un armario.

—Sí, es verdad, pero...

—Tirar de su barca al mismísimo Caronte.

—También, aunque...

—Convencer a la reina del inframundo para que te devuelva a la vida. ¿Y sabes qué?

—¿Qué?

—¡Lo he hecho! ¡Todo! —exclamé emocionado.

—Lo has hecho... sí.

—Todo es imposible hasta que alguien lo consigue, y yo voy a ser el primer humano en subir al Olimpo y convertirme en un dios.

Estaba eufórico.

—¿Estás seguro, Sísifo? —preguntó extendiendo su mano.

Cogí aire y miré la montaña. Hermes tenía razón, la cima parecía especialmente estrecha y la roca bastante más grande, había muy pocas posibilidades de dejarla allí y que se quedara estática. Sentía que debía hacerlo, pero cuanto más la observaba menos seguro estaba. De pronto, una gota de agua cayó del techo del inframundo hasta un charco que había justo a mis pies. Miré de reojo y me vi reflejado en el agua, sonriendo, confiado, como un ganador. Y me hablé.

—¿Y si lo consigues?

Eso era lo que necesitaba para tomar mi decisión final.

—Estoy seguro, Hermes.

Y sellamos el trato. Ya no había marcha atrás, escogí un reto para conseguir ser un olímpico, antes que una eternidad de placer en los Campos Elíseos. De lo contrario, no me lo habría perdonado nunca. Me dirigí hacia el pie de la montaña y, a medida que me iba

acercando, me di cuenta de que la roca era más redonda y grande de lo que parecía; estaba apoyada de tal manera que no permitía que se viera entera.

—Bueno, no pasa nada —dije.

Me agaché para levantar la roca, pero apenas pude alzarla medio metro. Pesaba horrores. Mi idea era cargarla en la espalda, pero de momento no parecía una buena idea, así que opté por empujarla aprovechando su forma esférica.

—Venga... yo puedo, vamos.

Iba bien, estaba avanzando a buen ritmo, sin cansarme mucho... hasta que resbalé con un charco, perdí el equilibrio y la roca cayó montaña abajo.

—¡Joder! —grité.

—No pasa nada, es tu primer intento, tranquilo —dijo mi reflejo desde el dichoso charco.

—Es muy fácil decirlo desde ahí, ¿eh?

Bajé corriendo a por la roca, volví a probarlo y tropecé cuando apenas llevaba unos pocos metros recorridos. Lo intenté una tercera vez, una cuarta, una quinta y a la sexta logré superar la mitad del recorrido antes de caer de nuevo, pero eso me dio la motivación necesaria para probarlo una séptima vez, una octava y una novena; fue entonces cuando llegué a lo más alto de la montaña y tuve mi primera oportunidad de dejar la roca en la cima.

—Con cuidado... con cuidado... —Di el primer empuje para subir la roca hasta el pico—. Eso es... un poquito más...

Ya estaba en lo más alto y ahora solo faltaba centrarla para equilibrar su peso. Y en un momento dado, cuando pensé que lo tenía, retiré las manos con mucho cuidado y la roca se quedó quieta.

—Ya está... ¡Ya está! ¡Lo he conse...!

Pero, de pronto, esta empezó a moverse y se precipitó por el otro lado de la montaña.

—¡No! ¡Joder! ¡Casi lo tenía!

—¡Qué poco ha faltado, Sísifo! ¡Ha, ha, ha! —gritó Hermes, que me observaba a lo lejos y parecía estar disfrutándolo.

—¡A la próxima lo consigo! —le dije jadeando.

—¡Claro que sí! ¡Ha, ha, ha! ¡Nos vemos en el Olimpo! ¡Ánimo! ¡Ha, ha, ha!

Las alas de sus sandalias se desplegaron y se alejó volando mientras no paraba de reírse. Con el tiempo le fui cogiendo el truco a la roca y a la montaña. Aprendí a cargarla a la espalda y a esquivar los charcos para no resbalar en ellos. Nunca me rendí. Me caí muchas veces, sí, pero me levanté muchas más. Incluso cuando la frustración me invadía el alma, agarraba la maldita roca y volvía a intentarlo. Si tenía miedo, lo hacía con miedo; si estaba triste, lo hacía triste... estuviera como estuviese, sintiera lo que sintiese, lo seguía intentando. Y menos mal que lo hice. Después de innumerables intentos y de sufrir lo insufrible, llegó el día: conseguí dejar la roca en la cima de la montaña. No puedo expresar con palabras lo que sentí en aquel momento; es más, ni siquiera pude dejar fluir mis sentimientos con naturalidad, tuve que reprimir el tsunami de euforia que me azotaba el alma, porque el más pequeño gesto de celebración podía hacer temblar el suelo de la montaña y mover la roca. No sabía qué hacer, tenía miedo de moverme ni que fuera un milímetro y fastidiar lo que me había costado tanto conseguir. Lo único que se me ocurrió fue intentar llamar la atención del dios que me había traído aquí.

—Hermes... —susurré mirando al techo del inframundo.

No quería crear ni una simple onda de sonido, el miedo que sentía era muy real. Esperé unos segundos y, al no obtener respuesta, lo

intenté de nuevo.

—¡Hermes!

Esta vez susurré fuerte, pero nada.

—Maldito Herm...

De pronto, una luz cegadora apareció en lo alto del reino y, al instante, me encontré en la cima de otra montaña, una muy diferente. Era hermosa, tenía todo tipo de vegetación y lo más parecido a una roca era un hombre con un físico espectacular que estaba escribiendo en una gran libreta, sentado en unas escaleras vestidas con una moqueta de color verde que llevaban a una gigantesca puerta de rejas blancas con un pomo dorado. Miré arriba y vi el cielo: estaba en la superficie. Pero esa no era cualquier montaña, era el monte Olimpo. Y ese hombretón tenía que ser el portero del reino de los dioses...

—¿Hércules? —pregunté.

Cerró la libreta y se levantó de un salto. No se había dado cuenta de mi llegada.

—¿¡Quién eres!? —gritó señalándome.

Hasta sus dedos estaban musculados, cada uno de ellos parecía un culturista secuestrado.

—Pe-perdón, yo soy... me llamo Sísifo... Tenía que dejar una roca en una montaña para subir aquí... y lo he hecho y pues... he subido... con una luz... No sé, ha sido raro, he llamado a Hermes...

—¡Para, para! Demasiada información. Si has llamado a Hermes, ahora vendrá —dijo volviendo a sentarse con su libreta.

—¿Estáis seguro...?

—¡Chissst! Espérate un momento, que estoy a punto de acabar mi... Bueno, nada que te importe. Pero cállate, que me distraes.

Y siguió escribiendo durante unos minutos más hasta que cerró la libreta y soltó un gran suspiro.

—Por fin... —murmuró.

Se levantó y vino hacia mí.

—¿Puedes repetirme quién eres, qué haces aquí y todo eso...?

Abrí la boca para responder, pero una mano me tocó el hombro.

Me giré y vi a Hermes con una sonrisa de oreja a oreja.

—No te preocupes, Hércules, ya me encargo yo de él.

—Oh, qué bien, me daba una pereza tremenda —dijo volviendo a sus queridas escaleras.

—Lo has visto, ¿no? Lo he conseguido, he dejado la roca en la cima de la montaña —le dije ilusionado.

—Muy bien, Sísifo, estaba convencido de que lo lograrías.

Ambos nos miramos sonrientes durante unos segundos.

—Bueno... ¿Puedo entrar ya o...? —pregunté impaciente.

—Me encantaría, Sísifo, de verdad que sí...

—¡Genial, pues va!

Me dirigí hacia las escaleras, pero me agarró del brazo.

—Pero ha habido un pequeño imprevisto...

Su rostro ya no mostraba una sonrisa, sino una expresión de profunda lástima.

—¿Qué...? ¿Imprevisto? ¿A qué te refieres?

—A la roca, Sísifo.

—¿La roca? ¿Qué le pasa...?

—Ya no está.

—¿Cómo que no está? ¿Qué cojones dices, Hermes? —pregunté al borde de la histeria.

—Lo siento mucho...

—¿¡Cómo que lo sientes!? ¿¡Qué sientes, Hermes!?

—Sísifo, la roca... ha vuelto a caer. Tienes que volver al inframundo.

—¿¡Qué!? ¡No! ¡No puede ser! ¡Yo la he dejado arriba! ¡Lo he conseguido! ¡La luz me ha llevado hasta aquí! ¡No puedo volver! ¡Tiene que ser un error! ¡Por favor, Hermes! ¡Te lo suplico! —gritaba angustiado.

—Nunca te rindas, Sísifo. Algún día lo conseguirás, de verdad.

Mientras seguía gritando y llorando desesperadamente, la tierra se abrió y, tal y como había subido, bajé y me encontré de nuevo en el suelo hostil del inframundo. Y a mi lado estaba la roca... la maldita, perversa y despreciable roca que había decidido caerse ¡DE LA PUTA CIMA DE LA MONTAÑA! Te pido, por favor, que me disculpes por mi lenguaje. Cada vez que lo recuerdo... me vienen todos los males. Pero ni siquiera eso hizo que me rindiera; al contrario, me dio más motivos para volver a intentarlo.

Aún hoy, mientras escribo esto, no he vuelto a conseguir dejarla en la cima. A veces pienso que mi felicidad nunca va a estar en conseguirlo, sino en luchar por ello. Cada vez que estoy a punto de dejar la roca en la cima de la montaña, siento euforia, la adrenalina me recorre todo el alma, es mi pico de placer... y cuando cae monte abajo me derrumbo, me enfado, me deprimó, lloro, grito, maldigo, pero lo vuelvo a intentar porque lo que siento cada vez que estoy a punto de conseguirlo vale cada maldito segundo de sufrimiento. Siento que durante toda mi vida he estado empujando una roca que nunca ha llegado a quedarse quieta, pero, al menos, ahora soy consciente de ello. Puedes imaginarme feliz. Porque lo soy.

Querido lector, tú, como el resto de los mortales, también posees una roca que tienes que empujar nada más levantarte y esperas acabar el día sin tener que empujarla de nuevo a la mañana siguiente. No conozco la forma de tu roca ni su peso, así como tampoco el tamaño de la montaña ni la altura de su cima. Pero quiero decirte que con el tiempo te harás más fuerte, más ágil e

inteligente, y dominarás esa piedra y ese monte como si fueran parte de ti. Con esto me despido, que tengo que volver a intentarlo. Créeme cuando te digo que no pienso parar hasta conseguirlo. Palabra de Sísifo.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a todo el equipo de Temas de Hoy por la confianza y el cariño, en especial a Sandra Beltrán por su dedicación, sus consejos y sus amables empujones para sacarme de mi zona de confort. A los lectores de *Hades* y *Hércules* por seguir aquí, por vuestras palabras e ilusión, que me dan fuerzas para continuar escribiendo. A los nuevos por darme una oportunidad. Como siempre, a mis perras por obligarme a salir de casa y a mis gatos por no pisar el teclado cuando dejaba el documento abierto. A Neus por el apoyo incondicional, las ganas, las propuestas, las opiniones, la paciencia, la escucha y el amor por todo lo que escribo. Y a mi hijo, porque sí. Os quiero mucho a los dos.

Sísifo, el hombre que engañó a la muerte

Pol Gise

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04.

© Pol Gise, 2024

Corrección de estilo a cargo de Andrés Prieto

Diseño de la cubierta: Miriam Bauer

© Editorial Planeta, S. A., 2024

temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2024

ISBN: 978-84-10293-15-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**



¡Síguenos en redes sociales!

